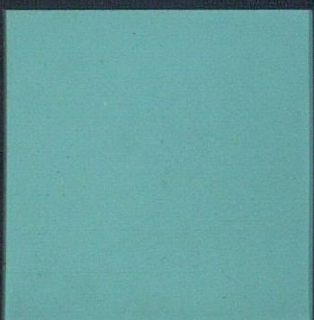
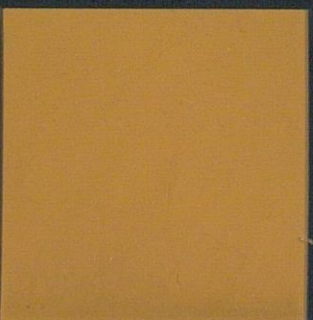
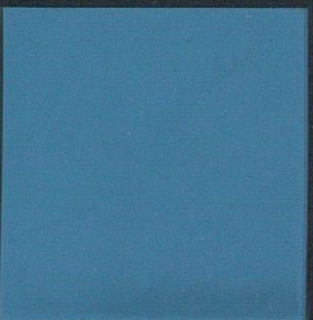
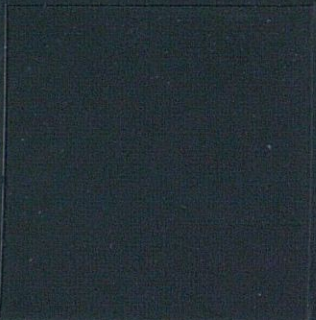
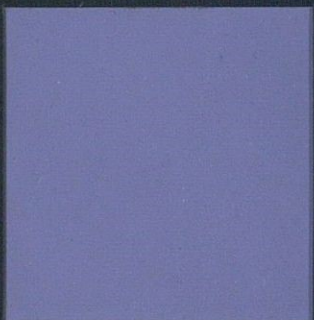
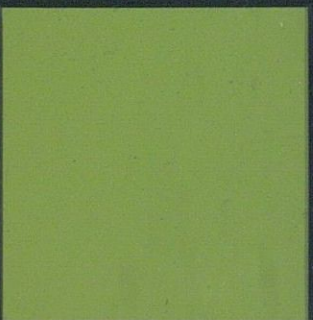
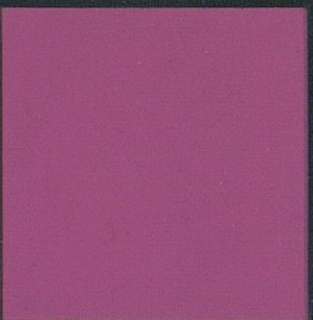
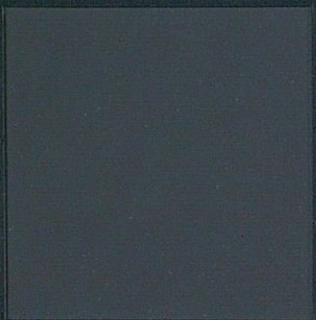
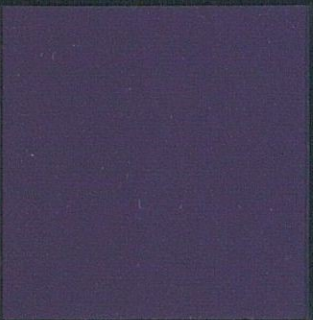
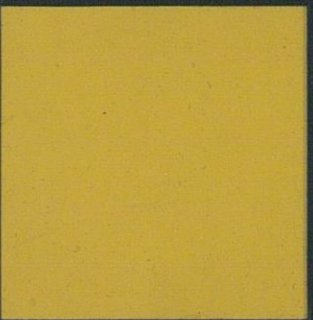
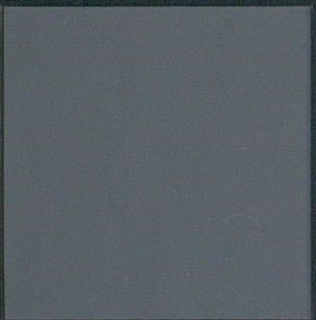
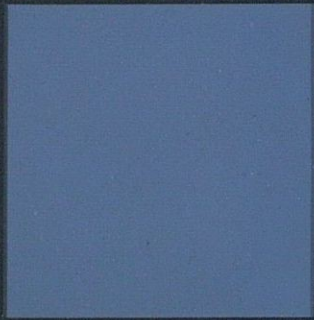
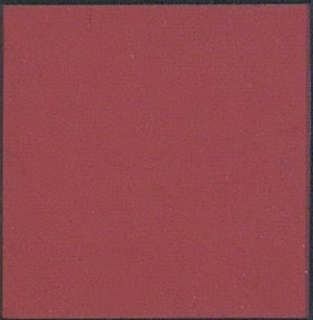
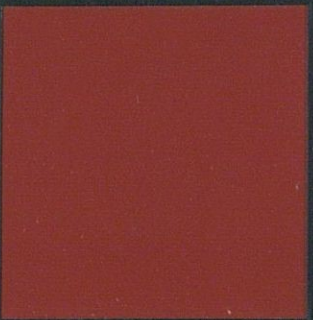
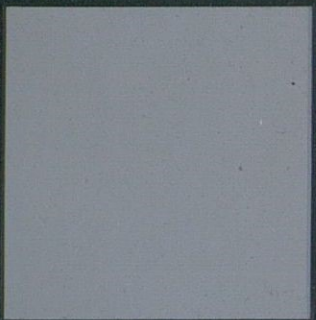
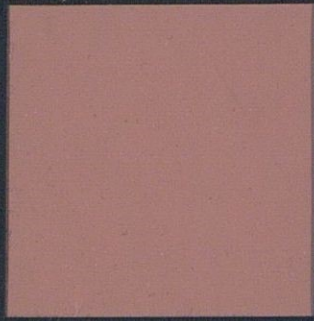
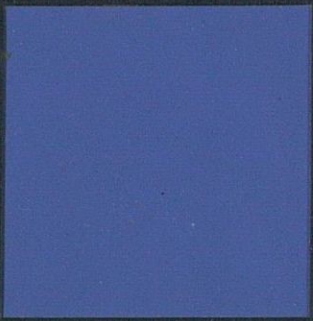
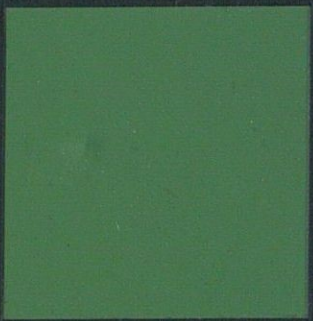
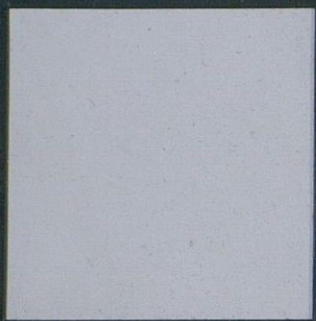
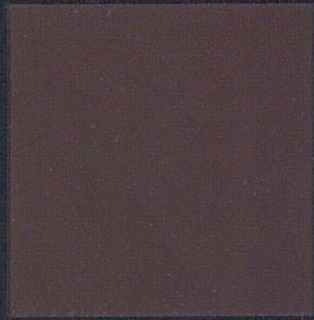
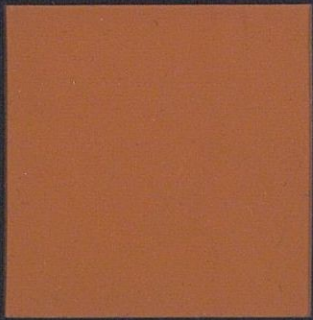
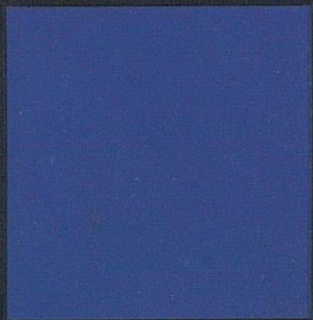
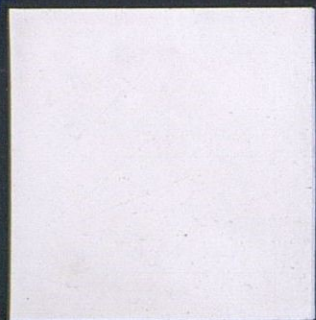


x:rite

colorchecker CLASSIC



M.C.D. 2022

EUSEBIO BLASCO

RECUERDOS

NOTAS ÍNTIMAS

DE

FRANCIA Y ESPAÑA

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FE

Car. de San Jerónimo, núm. 2.

1894

18

M.C.D. 2022

E. BLASCO

RECUERDO

FA-00118

M.C.D. 202

T. 83384

C. 105. 228

EUSEBIO BLASCO

RECUERDOS

NOTAS ÍNTIMAS

DE

FRANCIA Y ESPAÑA

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Car. de San Jerónimo, núm. 2.

1894

A. 265

C.

57348

125

RECUERDOS



Josebio Blanco

R. 31. 565



EUSEBIO BLASCO

RECUERDOS

NOTAS ÍNTIMAS

DE

FRANCIA Y ESPAÑA

— c t a —

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ

Car. de San Jerónimo, núm. 2

—
1894

~~~~~  
Es propiedad.—Derechos reservados.  
~~~~~

Est. tipográfico de Ricardo Fé, calle del Olmo, núm. 4.—Teléfono 1,114



PRÓLOGO

ESTE libro, que no es un libro, sino una serie de impresiones y de estudios del natural, pudiera llamarse crisis patriótica, enfermedad moral, nostalgia incurable...

Yendo y viniendo de Francia á España, he podido observar las hondas raíces que tenía en mi corazón el amor á la patria española. Nadie puede saber si es patriota sincero ó no, mientras no viva ausente de su país muchos años. La primera vez, después de cinco de ausencia, que fuí á Madrid, la patria se me presentó más atractiva que nunca, y las costumbres del país me llenaron el alma, que estuvo, hasta entonces, distraída con impresiones bien diferentes. Al fin y al cabo, cuando se vive en el extranjero, y se hace la vida del extranjero, y llega uno á ser casi extranjero por la fuerza de la costumbre, no se sabe si su patria le parecerá bien ó mal al vol-

ver á ella, sobre todo cuando se está habituado á oír á los compatriotas que vienen á París hablar siempre mal de *aquello*. *Aquello* es España; y me la ponen tal, y la tratan de tal manera, que yo no sé cómo responderles.

Tengo la ventaja de diferenciarme de estos malos patriotas en el deseo constante que siento de volver á ver nuestro cielo, nuestro suelo, nuestras mujeres, nuestros soldados, nuestro pueblo franco y alegre. Desde Irún á Madrid, el viaje me parece el aperitivo de un gran banquete de satisfacciones morales, al que he de asistir en llegando á Madrid, á ese Madrid del que vienen maldiciendo los que no saben á qué atenerse; porque, en verdad, cuando se detesta á la patria no hay más que tomar cartas de naturalización en otra.

Yo, que nunca he querido hacerlo, á pesar de las ventajas que con ello se me ofrecían, y que viviendo la vida del parisién no me acuesto nunca sin pensar en mi rincón de Aragón y en mi tierra de España, he ido recogiendo á cada paso impresiones de nuestro modo de ser, que algún día (me decía yo) podían formar un libro de cosas nuestras, una sucesión de notas locales y de cuadros vivos, hechos sin más pretensiones que las de ensalzar lo que tantos condenan.

Y este es el volumen que hoy ofrezco á mis lectores habituales. Cosas españolas, maneras de ser nuestras, fotografías instantáneas de lo que se oye y se ve cuando se vuelve al país, á ese país que será todo lo atrasado, pobre, mal educado que aseguran los españoles que por aquí vienen; pero que á mí me parece, por ser el mío, el más atractivo, y el más rico, y el más hermoso de todos. En Pamplona cantan á la guitarra:

«Navarritos son mis ojos,
Navarritos han de ser,
Y han salido de Navarra
Y á Navarra han de volver.»

Y así digo yo, y en buen hora lo diga. Periodista aquí, hablando español rara vez, y metido de hoz y de coz en esta vida parisiense, español soy, y español seré, y de España salí, y á España volveré, para que en ella me entierren, y mis huesos vuelvan á la tierra misma de donde salieron.

Y es cuanto tenía que decir, según la expresión de los oradores que no dicen nada.

EUSEBIO BLASCO

París. Enero 1894.



¡MI MADRID!

EL emperador de Alemania, cuando recibe á un extranjero, habla siempre tan en *posesivo*, que no se diría sino que todo lo que le rodea es suyo.

Dice siempre *mi* ciudad de Berlín, *mi* teatro de la Opera, *mis* soldados...

Quisiera yo hablar hoy del mismo modo, aunque con intención distinta. Quisiera yo repetir mil veces que estoy en *mi* Madrid, tomando *mi* sol, viendo á *mis* chulas y abrazando á *mis* madrileños.

Porque aquí todo es *mío*. El aire, la lengua, las afecciones, el tiempo, el espacio.

Y este es el mismísimo Madrid que yo dejé, con sus calles llenas de gente, que va andando sin prisa, y sus plazuelas llenas de encapotados tomando el sol, y sus balcones llenos de jaulas y de ropa tendida y tiestos de albahaca, y los vendedores que gritan á la mañana el

«De Miraflores, y á prueba», y la ristra de ajos y el conejo de monte. Siguen aquellos organillos despertándome con los vales de Chueca, y las billeteras ofreciéndome el gordo, y los pobres pidiéndome limosna, teniendo *todos* siete hermanitos; y los novios hablando desde la calle con la novia, que está en el primer piso; y todo ello está bañado por un sol, ¡oh, el sol! Por él vine, y el día me lo paso bebiendo sus rayos, sin comprender ya por qué se vive aquí de noche, siendo tan hermosos los días.

Contraste melancólico forma todo esto con las grandes ciudades modernas. Somos, sin duda, más antiguos, pero tenemos nuestro sello especial y nuestro color, que no hay para qué perder, porque si fuéramos como los demás, ya no seríamos nosotros, y yo creo que los pueblos deben tener su *personalidad*.

Pues desde que vine andan buscándome unos y otros, no comprendiendo dónde me meto. Mis primeras salidas han sido á los sitios aquellos donde pasé mis juventudes, y mis primeras visitas á los rincones que encierran mis grandes recuerdos. Otros vienen á Madrid á ver los museos y los palacios y las novedades de la ciudad. Todo eso lo hay en París, y en Berlín y en Viena. Yo me salgo por el Campo del Moro al camino de El Pardo y me paro ante

San Antonio de la Florida, y paso al puente de Segovia y de allí á ver á las que lavan y cantan, y luego vengo dando la vuelta por el cerro de las Vistillas y contemplo mi Madrid de siempre, siempre igual, siempre tomando el sol y cada vez más nuevo cuanto más viejo.

¿Pues qué diré de la familiaridad con que trato á las gentes y me tratan ellas, que no parece sino que todos seamos una familia? El cochero simón que ni regatea ni discute la propina, el mozo del restaurant que habla conmigo de Cánovas y Sagasta mientras almuerzo, el conductor del tranvía que guía sus caballos y canta tangos ó malagueñas, la chula de los tres pañuelos y medio, uno para el cuerpo, otro para el cuello, otro para la cabeza y la mitad del mantón para tapar la cara, el centinela que dice en voz baja, aunque lo fusilen: «¡Benditas sean las personas *así!*», el transeunte que me pide ó me da fuego y la criada del hotel que me cuida como una madre... todo esto me hace olvidar la vida vertiginosa de allá, el ruido y la balumba del Gran Boulevard, la prisa de la vida moderna...

Porque en este Madrid mío de mi alma, no hay nunca prisa, y una de las cosas que más me llaman la atención es la lentitud con que todo el mundo anda... Dijérase que todas las

horas del día son horas de paseo, y que todo el mundo es millonario.

¡Y lo son, vaya si lo son cuantos van por la calle!

¿Qué es, en qué consiste la riqueza sino en la carencia de necesidades? En la plaza de la Armería ó en la entrada del Retiro he visto sentadas al sol personas de todas las clases sociales. Un cura, tres militares, seis amas de cría, uno así como cesante con buena ropa, viejos bien vestidos y niños sueltos cantando y bailando; gente *sobrada*, que toma el aire y el sol sin afanes ni ambiciones. Bástale al día su propio afán, dice el Evangelio, y ellos también.

Mi Madrid ha mejorado por el Prado y parece ya gran ciudad, ¿A mí qué me importa? Mi Madrid es el otro: el de los merenderos y los barquillos, de los paveros y de las capas, de la parada y del sereno. A medida que progresa, perderá su color, y el día en que no se vean por las calles niñas bonitas que lo venden todo, pero acompañadas de una vieja, que es la dueña aquella de las comedias de capa y espada, se parecerá á Londres ó á París y adiós mi dinero. En mi Madrid, los pobres piden limosna con guitarra, me llaman democráticamente y con lenguaje cristianísimo *hermano*; los balcones de las casas están siempre con mujeres

asomadas, viendo pasar á la gente, lo mismo el día de fiesta que el día de trabajo; por donde quiera que se pasa hay una iglesia, una taberna y un ciudadano arrimado á la pared sin hacer nada; chiquillos que juegan al toro y voceadores de la Lotería. ¡Madrid puro!

Las guías impresas en francés ó en castellano indican á los viajeros lo que hay que ver en Madrid y dan el programa de un día ó de una semana. Mi guía es otra, y á todo el que haya pasado años sin ver la capital de España, le diré yo lo que ha de hacer, que es lo que hago yo para descansar de otras capitales, refrescar la memoria, renovar los afectos y gozar de la vida.

Por la mañana temprano. Abrir el balcón, recibir una ducha de sol, oír á los vendedores con sus músicas especiales. Tomar chocolate, *con buñuelos*.

A las diez. Ir á oír una misa española en una iglesia apartada, donde no haya sillas ni suizos con cachiporra y sombrero de tres picos, ni curas que pidan dinero tres veces durante la celebración del Santo sacrificio, ni pronuncien el latín sino como es. Una iglesia con bancos, y ruedos de estera, y monaguillos colorados y vírgenes rodeadas de flores. ¡Eso!

A las once. Ir á ver relevar la guardia. Oír

las marchas de Chueca ó de Barbieri á las músicas de regimiento, ver marchar á los pistolos, que marchan como ningunos y pasan atronando la calle.

A las doce. Almorzar cosas de acá, aceitunas *zapateras*, huevos *revueltos*, bacalao á *la vizcaina*, chuletas requemañas, almendras tostadas, queso manchego; y dejar decir.

Por la tarde. Dar una vuelta por aquella sala del Museo, donde están los Velázquez, los Murillos y los Goyas, y donde no entrarán jamás, ni lo permita Dios, los impresionistas, realistas, pardistas y obscuristas modernos.

Ir al Retiro á ver caras bonitas; esas facciones finas, esos ojos negros, esos pies chiquititos. Lástima que se vean tantos sombreros sobre las cabezas femeninas, porque aunque sean de París, caen siempre mal. La mantilla se inventó por algo y olvidarla es pecado. Volver por la Carrera de San Jerónimo y oír al paso las conversaciones. Si el viajero ha corrido mundo, podrá observar que en todas las ciudades del mundo la gente va de prisa y habla siempre de dinero, negocios, francos, dollars, libras esterlinas. ¡Aquí no! Balanceándose y arrastrando los pies, los transeuntes hablan de *lo otro*. Que si el Gobierno caerá; que si la Fulana está con Fulano; que estoy perdido por la

tal; que al tío aquél le voy á dar dos bofetadas.
¡Cosas naturales!

Comer en el seno de una familia de esas que tienen siempre su puerta abierta y ni convidan ni desean otra cosa que ver llegar gente á comer. Una de esas casas ó de grandes de España, que son democráticos sin saberlo, ó de compañeros que parten con gusto su pan y su buen cocido. Comer el plato nacional, hablando de todo y todos á la vez, con vino del país y con ruido.

¡Por la noche, á los teatros donde se hagan dramas ó comedias escritas en versos españoles, ó zarzuelas de esas en que los compositores populares han echado todo lo que saben, y después del teatro... á todas partes! A empezar á vivir, hablando, y chismorroteando, y riendo hasta las cuatro de la mañana, como si el tiempo no fuera nada, ni el sueño no fuese necesario, ni al día siguiente hubiese que hacer algo...

¿Ni quién piensa en trabajar, ni en hacer nada con esta luz? ¿Ni qué falta hace? Ved los lirios del campo como crecen... decía el Cristo, y así decimos nosotros, eternamente los mismos. Y así dirá el que vuelva, como yo ahora, á esta tierra de promisión, y tendrá que volver á repetir el posesivo y gritar con toda su alma: ¡Oh, cielo mío, tierra mía, Madrid mío!...



LA PEPA

LA Pepa es mi antigua portera. ¡Singular asunto para capítulo de un libro!—dirá quien lo diga. Téngolo por muy interesante, porque la Pepa en mis páginas íntimas es de primera intimidad.

La Pepa es ante todo una mujer de bien, aunque portera; y cuando al volver de Francia, he comparado yo su *chiribitil*, no mucho más grande que el espacio que le darán cuando se muera, con aquella portera de mi casa de allá, que parece el salón de algunos particulares de aquende el Pirineo, he sentido por ella más afecto aún que antaño.

Sin sol, sin luz y sin moscas, guisando su estofado en el rellano de la escalera, tarareando un cantar madrileño y volviendo á meterse en aquel antro diminuto, mezcla de calabozo y zapatería de viejo, allí está la que diez años ha

me daba consejos y ahora me ha dado abrazos; porque para mí, casi casi, constituye parte de la mermadísima familia.

¡Qué alegría la suya al verme aparecer en el portal después de larga ausencia! ¡Y qué pasión de ánimo la que á mí me dió al encontrarme frente á frente otra vez de la honrada vieja!

Y allí no hay cumplidos, ni palabras demás, ni rodeos poéticos para decir las cosas. Una silla en el mismísimo portal, entre la Pepa y su marido, ex guardia de orden público, y junto á una vecina; Todos ¡ay! contándome cosas de mi madre y haciéndome palpitar el corazón y arrancándome lágrimas del alma.

—Porque mire usted, cuando la señora bajaba despacito, despacito, las escaleras, que retemblaban con su peso, ya estaba yo saliendo á darle bromas á la probrecita... ¿Y á que no sabe usted por qué bajaba? Pues á buscar antes y con antes la carta de su hijo; porque á ella se le figuraba que bajando los 80 escalones, llegaría antes el cartero y sabría de usted. ¡Vamos, le digo á usted, que el día que salió para Francia, Gómez... lloró!

Y Gómez, grande como un gigante, sentado allí, en mangas de camisa, junto á nosotros, se enjuga los ojos con el dorso de su enorme mano.

La Pepa me cuenta todo lo que la madre no me escribía. Sus afanes, sus impacencias, los comienzos de la enfermedad... El día de los agninaldos me quiso dar una peseta; *pus miste*, ¡no la quise! Y se da una gran palmada en la rodilla...

Y aquella peseta rehusada, así, de mala manera, contrasta de tal modo por su cariñosa disimulada expresión, con las pesetas solicitadas aún en los momentos más amargos de la vida, por nuestros antípodas morales los franceses. Hay en esta vida de confianza y de franqueza españolas, que convierte á todos los individuos de un barrio en una familia, algo á que no pueden llegar los habitantes de las grandes capitales de Europa. Y ese algo es el fundamento de las pasiones nacionales que en momentos determinados admiran al mundo. El amo, amigo del criado; la portera, llorando la muerte de la vecina; el conocido, prestando servicios al que no se los ha de agradecer... ¿Pues no es esta la cohesión, madre del patriotismo?

Y vuelvo á mi Pepa.

Es vieja, ella, alta, ella, canosa, ella, como dicen las de su clase. Con su moño pelado y su pañuelo al cuello, limpia en su modestia y comunicativa como pocas, me parece á mí cosa propia la tal, y me complazco en contemplarla

y en evocar recuerdos del cuarto piso, de aquel cuarto piso donde madre regaba los tiestos dejando caer con su mano temblona el agua á las aceras.

Y la Pepa se ponía furiosa.

—¡Quien me diera á mí verla ahora, aunque me echaran la multa!

Allí están las ventanas donde los pájaros cantaban al ver venir por la calle del Arenal á la viejecita de vuelta de misa. La primera persona que salía á recibirla era la portera, con su escoba en la mano...

—Buenos días, señora.

—Buenos días.

—¡Lo que es hoy el cartero, ya no vendrá!

Y al oírla suspirar, soltaba la Pepa la cajada y sacaba del bolsillo la carta impregnada con la pringue del tocino comprado por la mañana y guardado aún en el bolsillo.

—¡Qué quiere usted! ¡A modo que me gustaba hacerla penar!

Y en aquella portería, en el sitio mismo donde se la ponía la silla á la enferma del corazón, en la misma silla quizás, hágole yo á la Pepa el *interview* que los poderosos de la tierra temen á veces.

—Pepa.

—Señorito.

—¿Qué opina usted de estas cosas?

—Que el pan cada día está más caro.

—¡Ahí le duele!—observa su marido.

—¿Cree usted que caerá el Gobierno?

—Todos tenemos que morir.

—¿Pero pronto?

—Si usted oyera lo que dicen en la plazuela...

—¡Ahí le duele!—repite el portero.

—Diga usted, Pepa, y si hubiera guerra, ¿usted qué haría?

—¡Echar agua hirviendo por la ventana!

—¿Y cuántos soldados cree usted que hay en España?

—¡Pus tantos como hombres!

Gómez y su señora, ó lo que es lo mismo, la portera y su hombre, no quisieran dejarme salir nunca del umbral de la puerta; y yo no quisiera marcharme nunca, porque aquel portal me parece el salón de una gran señora.

La otra mañana, para recordar mañanas de otras veces, pasé por la portería á tiempo que las campanas del templo vecino tocaban á misa.

Me parecía ver salir al alma de mi alma andando despacio y con su libro de oraciones en la mano, dejándome durmiendo el primer sueño después de la noche pasada haciendo versos.

La Pepa cantaba, acompañándose con la escoba y su *chis chis* inolvidable:

La aduana es móbile
cual pluma al viento,
muda de asiento
con Monpensier.

Las ventanas del cuarto piso estaban abiertas; no había en ellas ni pájaros ni flores... La portera me pareció la última persona de la línea materna.

¡Lo contenta que ella se pondría de haber salido en los papeles!

Pero la pobre amiga se murió el mes pasado...



LA MURGA

ALLÍ estaban! Les ví. ¿Qué digo les ví? Les adiviné, medio ocultos en el pasadizo de la puerta falsa de San Luis... Eran ellos, los cuatro embozados, por bajo de cuyas capas asomaban el figle y el cornetín que celebran todos los acontecimientos de familia...

Eran ellos, los murguistas madrileños, institución secular que no cae, último resto de la musiquilla de nuestros mayores...

Tipo nacional, esencialmente madrileño, este profesor callejero ha sido el indicador de mis alegrías, aunque, para darme tono, haya dicho en muchas ocasiones:

—¡Que les den un duro *á esos hombres* y que se vayan!

—¡Hipócrita!—me dice ahora una voz interior, que es la del patriotismo que se despierta después de la ausencia.—¡Hipócrita! ¿Dónde

has encontrado tú media docena de hombres que estén siempre pensando en tí, cuando te casas ó cuando te ascienden, cuando cumples años ó cuando te nace un hijo? ¿Qué puedes decir? ¿Que tocan muy mal? ¿Que el figle te da dolor de estómago, y que el cornetín te pone carne de gallina? Pero, ¿y la satisfacción de que por *medio triste duro* sabes que anoche hubo quien, al leer el calendario, dijo:

—En tal parte vive don Fulano, que se llama así y que es generoso...

Porque los murguistas no acuden á donde saben que no les darán nada...

¡Ah! La murga suele ser en más de una ocasión un gran consuelo; por ejemplo:

Yo tenía lo que se llama en el lenguaje político-administrativo una alta posición, allá por el año de no sé cuántos.

El día de mi cumpleaños se llenó mi casa de gente: los oficiales, los auxiliares, los porteros y los pretendientes, los futuros electores, los parientes que esperaban algo de mí. Llovieron los regalos, las tarjetas, ¡qué sé yo! Casi era para creer en la sinceridad de las afecciones humanas.

¡Al fin de aquel año... caí! Todos caemos. La alta posición se la llevó el diablo. Llegó el día del cumpleaños... ¡La campanilla de mi casa crió telarañas aquel día!

¡Qué soledad! ¡Qué decepción! ¡Qué doloroso contraste para quien no supiera atenerse, como yo sé, á lo que da de sí esta pobre humanidad, que hasta en sus olvidos es desvergonzada!

Pero, por la noche, cuando, al amor del fuego, meditaba yo sobre la inestabilidad de las cosas humanas, sonó en la calle, á la puerta de mi casa, una *Marsellesa* de doce reales, de las más irritantes que imaginarse pueda..

¡Eran ellos! ¡Los músicos de la calle! ¡Los primeros que se acordaron de mí! ¡Los únicos! Cuando, al día siguiente, recordé que sólo les había dado tres pesetas, sentí ganas de llorar. Aquellos hombres me parecieron dignos de mejor suerte.

Y lo son, sin duda ninguna.

¿Acaso no pasan la vida viendo la felicidad ajena?

¡Agréguese á eso que tienen que celebrarla á *traición*, es decir, ocultándose en el rincón, y saliendo de pronto por *peteneras* ó por himnos patrióticos!

Gente discretísima, que sabe dónde hay que tocar el *Trágala* y dónde aquella música que, cantada, dice:

«Si Torrijos murió fusilado,
no lo fué por cobarde ó traidor.»

Ellos han visto nacer á toda una generaci3n. Los primeros amigos que el hijo de Madrid encuentra á su paso al venir al mundo, son los murguistas, que le esperan á dos pasos de la pila bautismal para darle la bienvenida á piporrazos. ¡Cuántas novias que han conocido solteras, y cuyo himeneo han celebrado con la jota de *El postill3n de la Rioja*, han oído después la misma música, al pie de sus balcones, celebrando el primer hijo con el *wals del beso!*

Los empleados recién nombrados, los comerciantes recién establecidos tienen que contar siempre con ellos; y las niñas y niños del barrio les deben de querer muy bien, porque les proporcionan improvisados bailes...

Yo no concibo premio gordo sin murga; sería como una ópera que sólo tuviera libreto. Allí donde la fortuna se cuele por las puertas, la murga se cuele también. En las bodas pobres, allá por los barrios bajos, el organillo ha venido á hacer gran daño á esos cuatro pobres hombres, nacidos para soplar en alabanza de los dichosos, mientras ellos comen malamente en el escondido fig3n, donde alguna vez he visto, al pasar, un figle apoyado contra la pared, junto á la mesa en que el artista malogrado come, de espaldas á la calle, las prosáicas judías.

¡Pobre hombre! Debe soñar con éxitos, y bai-

les, y bodas, y billetes de la lotería... ¿Se puede dar misión más noble que la del que vive persiguiendo dichas ajenas?

Un madrileño que siempre está de buen humor pasó una larga temporada haciendo padecer á esos cuatro profesores ambulantes.

Donde quiera que los encontraba dando su concierto, sacaba del bolsillo un limón, y se lo comía delante de ellos.

Es claro, á los pobres hombres les daba tal dentera, que no podían tocar.

¡Hombre sin entrañas!



COCHE POR AÑOS ⁽¹⁾

Uno de los tipos populares de mi predilección en la madre patria, es el cochero.

Porque el cochero de Madrid no se parece á otro ninguno.

Dicho se está, que en dicha elevada posición, no suele abundar la buena crianza en ningún país de la tierra; en París, en Londres, en Viena, tomar un coche equivale á tomar un disgusto. Ya se sabe que el fin de la carrera será una discusión grave, tal vez una intervención de la autoridad, acaso un garrotazo...

Pero en Madrid, el acto de trasladarse de un punto á otro, tiene algo de familiar que me encanta. No hay más desazones que las inevitables entre personas que no saben entenderse, y dijérase que nuestros cocheros han tomado con

(1) Traduje este artículo para *La Revue Illustrée*, de París, y lo ilustró el eminente artista español D. José Jiménez Aranda.

cierta resignación el desnivel social que á mí me da mucho qué pensar...

Porque el hecho es, que después de tantas revoluciones y del indudable progreso de la humanidad, todavía hay millones de millones de reyes de la creación, que por el módico precio de dos pesetas, llevan á su prójimo sentado y entre cristales, de un punto á otro, aguantando la lluvia y la nieve... Yo supongo que los grandes reformadores sociales no han sabido evitar la amargura que debe causarles obligar al ser humano, podrido de derechos, á que los lleve á casa...

Pero no se trata de despertar las malas pasiones, como dice la prudencia conservadora. Digo y repito, que el cochero de esta, mi tierra, me resulta mejor que el de otras; y lo pruebo.

En primer lugar, le tuteo, no sé por qué, pero me atrevo á ello, y si él no me tutea á mí, será porque no tiene conciencia de que está más alto.

Suele tener, en cambio, conciencia de su triste misión.

Viajero curioso, patriota empedernido, quiero lanzarme á recorrer este pueblo adorado.

—¡Cochero!

—¿Qué hay?—dice él mirándome (forzosamente) de arriba abajo.

—Vamos á dar una vuelta por ahí.

Y él, cogiendo con cierta pereza las riendas:

—Si viera usted qué pocas ganas tengo yo de dar vueltecitas...

Esto es verdaderamente nuevo y no se oye en ninguna parte, ¡y en eso consiste su encanto!

Como quien hace un favor, se dispuso á andar y se arregló la capa.

Y eso de guiar con capa, ¿dónde se ve? ¡Solamente por la dificultad merece pagarse más caro!

—¿A dónde vamos?

—Pásate por la iglesia más cercana.

Aquí el cochero lanzó al aire el nombre de algo que en anatomía se llama de un modo y en el arte culinario de otro.

Y echamos á andar.

La niebla puso velo á los cristales; al poco rato el cochero tocó en los de delante.

Abrí y me asomé.

—¿Le gusta á usted ésta?—dijo mi hombre.

Bajé y entré en el templo: me atraen estas iglesias españolas, con sus tiras de estera y sus misas dichas para siete ú ocho mujeres con mantillas ó pañuelos en la cabeza, la capilla lateral donde el cura está dando la Comunion, los pobres harapientos á la puerta...

Cuando salí me encontré al cochero haciendo un cigarrillo.

—Serrano, 40.

Y sin la menor prisa:

—¿No es en casa del Sr. de Castelar?

—Eso es.

El cochero pegando el papel con la lengua:

—¡Ese sí que tiene letras!

—Bueno, pero anda.

Y entré de nuevo en mi cajón. El cochero continuó la marcha muy despacio. En su misma dirección venía otro coche con otro desgraciado dentro. Los dos cocheros se pusieron á hablar de pescante á pescante.

—¿Ande vas?

—A Recoletos.

—¿No tendrías un misto?

—Hombre, tenía una caja y se la he *dao* á un parroquiano que *tié* mala memoria.

—Aquí hay un estanco.

—Voy yo también por una.

Saltan los dos cocheros á tierra, y nos dejan á los dos parroquianos mirándonos muy tristes.

Yo me atrevo á hablar, y saco la cabeza por la ventanilla.

—¿Pero ha visto usted una cosa igual?

El otro.—Yo, no: ¿y usted?

Yo.—¿Si echáramos una partidita de ajedrez mientras vienen?...

Pero al fin, vienen, y suben entrapajados en

las capas y dan un fustazo á los respectivos caballos.

Los coches siguen á la par, y siempre al paso por supuesto.

—Pues sí, chico, dice el mío, le dí dos bofetadas que la reventé.

—¡Anda y que la peinen!

—¡Ya me llorará!

Me asomo desesperado á la ventanilla.

—Hombre, ¡el que está á punto de llorar soy yo! ¿Quiere usted ir á la calle de Serrano, ó no quiere?

Fustazo y chupada y bocanada de humo.

—Ya voy hombre, ya voy, ¿tampoco se puede hablar?

El coche va un poco más deprisa, llegamos á la calle de Alcalá, vienen por ella corriendo pelotones de chicos que gritan:

—¡La lista grandeee!

El cochero se pone de pie, busca dos cuartos en el bolsillo; para, por supuesto, al caballo...

—¡Eh, chico!

Le traen la lista, va á sacar un décimo y consultar diez y seis mil números... ¡Hombre, *por Dios...* anda! le digo.

No se incomoda, ni se altera. Esta vez me alarga el décimo y la lista, y dice, dando en seguida un latigazo al penco:

—¡Haga usted favor de ver si hemos agarrao algo!

¡Ya esto es otra cosa! Prefiero leer los números con tal de que se me conduzca á donde deseo. Pero con el movimiento del simón, los números se me montan unos encima de otros y no veo claro... parece, sí, que el amigo de delante no ha ganado por *un punto*, pero no estoy seguro. El coche se para, es ya tarde, dejo décimo y lista en los almohadones, salto al suelo, subo los escalones de dos en dos... ¡Maldito cochero!

Mi visita dura más de lo que yo creía, y cuando bajo encuentro á mi hombre rodeado de un guardia, una niñera con dos chiquillos y un vendedor de santos de yeso.

—¿Qué ocurre ahora?—digo.

—¡Miste, miste!

Y la niñera añade:

—¡Jesús, que tío potroso!

El cochero ha ganado cinco duros con el número mil ochocientos sesenta y ocho, que lo toman siempre entre seis amigos y lo van *persiguiendo* porque dicen que en aquel año se declaró al hombre libre, cosa que me choca muchísimo.

—¿Qué me importa á mí de todo eso? le digo; vamos á hacer la cuenta: ¿A qué hora *te tomé*?

—Pues eran... eran... no sé. Usted verá.

—Creo que eran las diez.

—Pues serían.

—Ahí tienes.

—Salú. ¿Quiusté que lo deje en cualquier parte? por una miaja más...

—¡No, hombre, no!

—¡Ande usted, que el gobierno paga!

Y me hace subir. Y vuelve á arreglarse la capa, y á coger las riendas, y á andar al paso, cantando por debajo del embozo de cuadros azules que parecen azulejos:

Al gobernador de Cádiz
le ha dado por la finura,
y le ha puesto campanillas
al carro de la basura.

Y cuando á él le da la gana se para, nada menos que delante de un puesto de agua, y dice como si nos hubiésemos conocido en la escuela:

—Puñales, ¡va usted á tomar algo á la salú de la lotera!

Entre darle una bofetada ó aceptar, opto por lo segundo á riesgo de que pase alguien y crea que estoy sobornando al pueblo por cuenta de esa revolución que nunca llega; porque, bien considerado, ¿dónde hallaré yo otro cochero como éste? le pregunto su nombre, y dice que se llama... ¡Corredor!

¡Esto sí que no me lo esperaba!

Octubre de 1885.



LA CARRERA

CASI todos los madrileños que salieron anteayer á la calle, lo hicieron sin duda alguna con objeto de ver la corte, los coches antiguos y los cocheros empolvados, y los caballos con penachos de todos los colores. ¡Oh, qué bonito! Los que han estado en París recordaban las noches del Hipódromo...

Pero pocos serían los que salieran, como yo, á recorrer eso que en Madrid llamamos *la carrera* y que no tiene igual en el mundo. Poco me importa llegar tarde ó temprano á ver lo que en días tales ha de pasar por enmedio; pero la carrera me interesa extraordinariamente, sobre todo cuando la alumbra este sol brillantísimo de Madrid. En ninguna capital existen ya ni la procesión que pasa por el centro de la ciudad, ni la entrada ó salida tan frecuen-

te de reyes, ni la apertura de Cortes con todo el aparato que la España requiere... Es, en fin, el nuestro, un pueblo, en el que cada seis meses ha de suceder algo extraordinario que exige la formación de las tropas, la aparición de las colgaduras en los balcones, la presencia de esas espectadoras que sólo se ven una vez al año... de modo que la carrera es una manifestación nacional sin preparaciones, con un local encantador.

Todo es risueño, alegre, en tales ocasiones. El cielo azul, los tapices y colgaduras blancas, rojas, amarillas, ya sean banderas nacionales ó escudos de armas de casas solariegas. Nuestra bandera, dicho sea sin ofender á las demás, es la más simpática de todas. A un patriota sincero que no la ha visto en mucho tiempo, no puede menos de alegrarle el alma, y en estos días de fiesta con sol, por donde quiera que se pasa, va recreando la vista y animando el paseo.

¿Y las mujeres llenando los balcones, cubiertas las cabezas con la mantilla que no se quién les ha aconsejado cambiar por el sombrero traspirenaico, que no va bien sino á rostros franceses? Desde una hora antes de la procesión que ha de pasar, ya van apareciendo aquí y allá caras bonitas y ojos españoles; se ven en

todos los pisos sombrillas de mil colores y abanicos que aletean como las mariposas. A lo lejos suena la charanga, y van acudiendo los soldados á paso doble, deteniéndose á la voz de mando y abriéndose la masa de hombres en dos filas para formar la carrera.—; Descansen... arr!

Ya están ahí; los niños corren al balcón, la gente se repliega á la acera; por entre los huecos que los soldados dejan, cruzan y pasan los transeuntes, las familias que van á tal casa dándose prisa: el marido, la mujer y las dos amas con los niños al hombro... todo el mundo vestido de día de fiesta, y contrastando con el público de otras capitales extranjeras, en las que el tono general del vestido es obscuro, vénse aquí los trajes de color, los embozos colorados de las capas, los pañuelos de seda blancos ó rojos tapando el alto moño de las buenas mozas de la tierra...

¿Qué militar español no es mujeriego? El comandante que va recorriendo la línea á caballo, levanta la cabeza á derecha é izquierda para no perder la ocasión de ver el personal bonito de las ventanas. Varas militares, que hacen siempre rasgón, y puestas con la formalidad que el caso pide...

Los soldados... á esos hay que oírles hablando en voz baja y dando su opinión sobre las

barbianas que pasan. No dejarán ellos de echar sus *flores*, así sepan que los han de fusilar mañana temprano...—¡Vaya usted con Dios, número uno!—¡Valiente mujer *estais!*—¡Benditos sean los colorcitos aceitunaos, que nunca pierden!—¿Me deja usted pasar?—dice una.—Pasao estoy yo y no me se conoce.—Señora, aquí hay un hueco pa usted.—Y otro, más difuso, dice volviendo la cara para ver á una que pasa detrás de él:—¡Buena personita pa los *endevidos* que ar respaldo se expresa!

Entretanto ya se va llenando la calle de pañolones y de *moños tiesos*. Van y vienen esas que se cogen el mantón ceniciento con la mano derecha y se tapan la boca con él mientras que el pañolito colorado les cae hasta los ojos.—¡Jesús, hija, y que *sobá* va una á salir, parece que no hay calle... ¡ni las tentaciones de San Antonio!

—¡Mira el *Rafél* que hace como que no ve; á la hora del rancho me lo dirás!—No vayas á estorbar la formación, mujer.—¡Cuidao con el tío Malqueda!—¡Míá que haber yo pasao malas noches por *eso!*

Y detrás, el desocupado de todas las fiestas, el madrileño sin oficio ni beneficio, pero siempre limpio y bien peinado, con el sombrero lustroso y el cigarro en la boca, y su capita de

vueltas blancas y rojas con el embozo á medio echar para que se vea la corbatita...—¡Adiós, niña!—¡Ay qué *proporción* que nos ha salido! ¡Dejusté pasar, hombre, que parece usted un milagro e cera comido de moscas!

La corneta suena á lo lejos el punto de atención; los soldados se agitan involuntariamente. Pasa un oficial de Estado Mayor, á caballo, seguido de un ordenanza, la gente se aparta, los balcones se abren, las caras bonitas se adelantan ó se inclinan, véense en todas las casas cabezas juntas, niños, flores, gemelos y abanicos; en la calle, ya llena, alternan el cura y la chula, el hombre grave y el *guasón* que ha de reirse de cuanto vea, las niñeras y los comerciantes que están delante de la puerta, de pie, encima en las sillas. Suenan las campanas.— ¡¡Firmes!! y las culatas chocan en el suelo...

—¡Ya está ahí!—¿Qué?—¿Quién?—¿Qué más da? Procesión ó coronación, entierro ó jura, ello será lo que quiera; pero su encanto principal está en el marco, en esa calle estrecha y larga y mal alineada con sus balcones volados y sus rejas salientes, cubiertos de telas de mil colores, en las que domina el rojo y el amarillo, símbolo de nuestras glorias y de nuestros grandes recuerdos nacionales: con sus transeuntes que todos se conocen y se hablan,

como si la población fuese una sola familia, cambiando saludos y apretones de manos, y piropos, y sonrisas... Es la *carrera*, es Madrid, es la patria en la calle, tomando el sol y riéndose de todo y sin pensar en el día de mañana...



GENTE DE PAZ

CADA vez que vuelvo á Madrid, comienza á salirme al paso en todas partes la lógica é inevitable serie de comparaciones que producen nuevo fomento al sentimiento nacional.

¡Oh, ventanillo clásico, agujero tradicional, aspillera doméstica, y con qué placer respondo, aplicando las narices á tu reja, á las tres palabras esencialmente españolas!

—¿Quién es?—dice allá adentro la femenina voz.

—¡Gente de paz!

Se abre entonces la puerta, y paso. Ya me dieron el ¡quién vive!, ya lo respondí; ya la criada cerró ese ventanillo á que no han llegado aún muchos pueblos civilizadísimos, en los cuales las puertas no tienen, como los cíclopes, ese ojo en la frente.

Ello es que en el extranjero vivimos confiados, y abrimos nuestra puerta sin precaución alguna. Aquí, á lo menos, antes de abrir, se sabe si el que viene es *gente de pax*, sin duda porque hay costumbre de que llame á la puerta *gente de guerra*. Indudablemente, este ventanillo en las puertas fué invención hija de la necesidad; pero, ¿qué me importa á mí, si en cambio tiene encantos de los que pudiéramos llamar *patrióticos*? Llegar á Madrid, cambiarse de ropa, ir en seguida á visitar al pariente ó al amigo, y encontrarse con que cada casa es un convento, con ese torno *sui géneris* llamado ventanillo, á través del cual os dicen:

—¿Quién es?

Los hay modernos y antiguos, ó sean de rejilla y de tabla. Los primeros me parecen un refinamiento de progreso; el ventanillo clásico ha de ser de aquellos con dos hierros gordos en forma de cruz



y detrás una tablita que por medio de una ra-

nura corre de abajo arriba. Han de ser pequeños, para que no se vea á través de la cruz más que el pañuelo colorado de la criada ó los dos ojos negros de la novia...

¡Ah! Aquí quería yo venir á parar. Ya no hay muros que escalar, ni trovas que cantar al pie de los altos torreones; pero el enamorado español de medio pelo puede tomar por asalto la escalera, subir los escalones de cuatro en cuatro, burlando porteras, padres tiranos y toda especie de alimañas dañidas, y tocar suavemente en la tablita, detrás de la cual le esperará la niña bonita temblando de emoción. Allí cruzarán en voz baja y atropelladamente la media docena de palabras incoherentes que ponen ojeras; allí se dirán siete ú ocho veces:—¿Me quieres?—; Más que á mi vida!—; Dilo, dilo!—; Más que á mi vida!—; Adiós, mi vida!—; Adiós, vida mía!—; Vida... vida! Siete vidas consumirán allí como los gatos. Suprimid el ventanillo, y ¡adiós poesía de las clases medias!

No es esta la sola ventaja del clásico boquete doméstico. En otros países se queda usted solo en su casa, porque la familia y los criados han salido; llaman á la puerta, y tiene usted que abrir. Ya sea una visita de cumplido ó un proveedor cualquiera, el amo de la casa, convertido en criado propio, sufre la humillación consi-

guiente al acto que tiene que realizar. Aquí no puede suceder eso. Con ir de puntillas á la antesala, levantar dulcísicamente la tablilla, para que no haga ruido, y enterarse de quién está al otro lado, queda resuelta la cuestión de vanidad. No digamos nada si dicho amo de su casa está en mala situación de fondos, y *huele* á través de la cruz de hierro al que viene á pedirle dinero... ¿Pues hay más que no abrir hasta que el importuno se harte de llamar y se vaya? Nié-guese-me que bajo este punto de vista estamos mejor organizados que los franceses, alemanes y rusos.

Hasta la criminalidad puede ser menor en un país donde al enemigo se le ve venir. A cubierto de los ataques de cualquier invasor del domicilio, el español puede evitar el asalto y aun defenderse á tiros desde su casa. En el año de 1856 hubo quien hizo del ventanillo aspillera, y vestido de miliciano nacional y todo dentro de su habitación (pues es sabido que había hasta quien dormía con el uniforme puesto en aquella época charreteresca), hizo fuego á las tropas del Gobierno con el mismo entusiasmo con que lo hubiera hecho á los enemigos de la patria.

En uno de mis viajes á España he encontrado á cierto amigo con los labios prolongados hacia adelante, la fisonomía completamente va-

riada. Más que un hombre, me ha parecido una ternera.

Antes de que me explicara las causas de esta transfiguración, creí que el tifus, la erisipela, alguna enfermedad grave ú operación quirúrgica habían echado adelante lo que ya puedo llamar el hocico de mi hombre. Pero él me lo explicó, y quedé convencido.

Español de corazón ardiente y apasionado, mi amigo *está en amores*, como él dice, con una señorita de Corto, es decir, no con una niña, sino con la hija de un D. Pedro Corto, que en sus resoluciones es muy largo. Once años, once, ha que los ex-muchachos se quieren y no se pueden ver, aunque parezca contrasentido. El Corto se opone, y estos once años de campañas contra el déspota merecían un arco de triunfo, como el que los franceses erigieron á las campañas de Bonaparte. No tienen más que un amigo, un protector, un aliado: ¡el ventanillo! Y desde que se conocen y se aman, no tienen otra compensación á la tiranía del Corto que un inocente beso cambiado á través de la cruz de hierro del agujero de la puerta; así es que, dado el espesor de ésta (como de casa antigua) y el poquísimo espacio de que pueden disponer, tienen que poner los labios en forma de O, después de alargarlos hasta lo infinito, y aun así y todo,

el contacto es tan somero y exento de malicia, que al mismo padre le pareciera honesto. Ignoro cómo tendrá la cara la novia, pero repitó que á él le han tomado vicio los labios de tal modo, que no es conocido.

Pruébame, entre otras cosas, el ventanillo español, que en nuestras costumbres ha de quedar algo invariable á pesar del extranjerismo que nos va dominando. Van desapareciendo la mantilla, el brasero, los toldos, las máscaras, una porción de cosas características. El ventanillo no tiene que temer nada; en las nuevas construcciones se cuenta siempre con él. En lugar de la cruz de hierro de nuestros mayores, hacemos el ventanillo redondo, con diversas grietas en forma de flores, á manera de rosetones de catedral antigua. Se abre y se cierra por medio de un resorte; es, en una palabra, la aspillera poetizada, pero subsiste. Suprimid en las escaleras de una casa de Madrid el olor del aceite, las patadas del gallego y el ventanillo, y no hay tal Madrid.

En contraposición á los diálogos de amor y otros excesos, el ventanillo sirve para alargar la tardanza en ver á nuestro prójimo. Sabido es que una de las dificultades primeras con que se encuentran ustedes para tratar con las gentes, consiste en poder verlas. Nadie tiene hora fija;

por la mañana, se duerme; á medio día, el señor ha salido; por la tarde, no está. Esto es esencialmente madrileño, y el que viene á negocios tiene que calcular que lo que en otro país exigiría diez días, aquí exige treinta. A través del ventanillo se establece una batalla de preguntas, que pintan admirablemente las costumbres.

—¿Quién es?

—Gente de paz; (otros dicen, «servidor de usted», pero son los menos, porque á nadie le gusta declararse servidor de la sirvienta).

—¿Qué quería usted?

—¿Está el señor?

—¿Para qué le quería usted?

—¿Pero está?

—¿Qué se le ofrecía á usted?

—Ante todo, saber si está.

—Pues... no está.

Ya sabemos algo. Ya es un principio de relaciones entre la criada y el recién llegado.

—¿Y á qué hora estará?

—Pues... no puedo decirle á usted.

—Entendámonos: ¿es que se lo han prohibido á usted, ó que no lo sabe? ¿No tiene hora fija?

—No, señor.

—¿Y á las horas de comer?

—Pues, mire usted, unas veces come y otras no.

—¡Dichoso él, que puede suprimir á veces cosa tan necesaria! ¿De modo, que no sabe usted nada?

—Ay que Dios, ¡pues ni que *vinia* usted á hacer el padrón!

Y suele oirse el ruido de la tablilla que cae y los pasos de la cocinera que se aleja hablando sola y diciendo:—¡Anda y que te conteste tu madre!

¡Pues sin el ventanillo, estos encantos del perder tiempo no existirían!

Pero, en realidad de verdad, su mayor utilidad consiste en que sirve *para ver venir*. Con tal objeto se inventó, y si sus resultados no son totalmente satisfactorios, culpa es de la lealtad castellana que cree á los hombres por lo que dicen, puesto que de diez veces, ocho, en oyendo el clásico «gente de paz», sin más reflexión abrimos la puerta. Si después el que vino tan pacífico nos salta al cuello y nos ahoga pacíficamente, dígame quien lo sepa de qué nos sirvió el boquetito previsor, centinela alerta de la casa.

Un francés que viajaba conmigo el año pasado, y que hace colección de armas antiguas, encargó á un corredor de cachivaches le busca-

se por Madrid todos los que pudiera. Vino una tarde el hombre tan cargado de hierro viejo, que el ruido que hacía al subir las escaleras sacó de sus casillas á todos los vecinos. Cargado venía con cuatro espadas de cazoleta, dos hachas, un capacete, una rodela, un trabuco naranjero y dos pistolas de arzón del tiempo de Godoy.

—¿Quién es?—preguntó la criada levantando la trampilla.

—¡Gente de paz!—respondió el hombre con voz de sochantre.

—Pues si llega á ser gente de guerra—le dije á mi amigo—, lo primero que hace es asomar la boca de un cañón por el ventanillo.

Gracias al ventanillo, se libra un hombre enérgico de los que vienen decididos á entrar y sacar lo que se pueda. Juntos vivían Narciso Serra y Pastorfido, y uno que venía á preguntar por el segundo encontraba siempre detrás del ventanillo al primero.

—¿Está el señor de Pastorfido?

—No, señor.

—¡Caramba!... ¿me haría usted el favor de un cigarrito?

Narciso, que andaba muy escaso de tabaco, le dió por entre los hierros del ventanillo lo que pedía.

Al día siguiente, á la misma hora, vuelven á llamar. Narciso, siempre á la espera de algún *enemigo oculto*, vuelve á levantar la trampa.

—¿Quién es?

—¿Está el señor de Pastorfido?

—No, señor.

—¡Por vida de!... ¿me haría usted el favor de un cigarrito?

Segundo sacrificio por parte del poeta.

Dos ó tres días después vuelven á llamar. Serra presente que debe ser el mismísimo sujeto, va derecho al ventanillo, levanta la tabla, ve que no se ha equivocado, y sin esperar á que el otro hable, exclama:

—¡No tengo!

Dicho lo cual, cae la tablilla de nuevo.

En nuestras revueltas políticas el ventanillo ha sido protector decidido de gente perseguida. Tal conspirador ó culpable de motín callejero, ha visto que quien llamaba á su puerta era la autoridad, y ha podido escapar por otro lado. En un incendio que hace años presencié, los mangueros empezaron por meter el grifo por el ventanillo de una habitación, cuyos dueños no estaban en Madrid, é inundar de agua la antesala. Era en tiempos de derechos individuales, y el criado del inquilino prefería achicharrarse dentro á abrir la puerta, porque decía que, se-

gún la Constitución, el *domicilio* era *sagrao*. Este mismo debió ser el que encima de su ventanillo tenía un cartelito con este anuncio:

Pedro Curdas,
reclamos de perdiz.

y debajo:

Biba la rePública federal.

Y el día de San Antonio soltaba cohetes por el ventanillo para celebrar la fiesta nacional y dar humazo, como á las zorras, á los reaccionarios del piso segundo.



D. JOSÉ

París, 1887.

I

HAY días—que yo llamo negros—en que el sentimiento de la patria se despierta en mí como de un largo sueño; y en esos días, aborreciendo momentáneamente cuanto me rodea, presa de un verdadero ataque de nostalgia, queriendo olvidar nombres, fechas, aficiones, costumbres, el cielo que me cubre, la tierra que piso, cierro el balcón y después los ojos, me arrojo sobre la revuelta cama, queriendo asfixiarme bajo la almohada, colocada á manera de losa sobre la cabeza, y en este paroseismo repentino, oigo el himno popular, y la jota aragonesa, y los coches que van á los toros, y las campanas de cuarenta iglesias, y los gritos de los vendedores y los brindis de los amigos... y entre las sombrías luces de esta calentura te-

rrible, veo pasar ojos andaluces que abrasan, mantillas blancas que flotan al aire, bandadas de gaviotas siguiendo barcos con banderas amarillas y rojas, y voces distintas que resuenan á un tiempo y dicen piropos en español y repiten el rosario y vociferan por la libertad, y campanillas, y olés, y requiebros, y expansiones sin fin, que se confunden en inmenso coró muy lejano.

En esos días, una vez pasada la violencia primera del ataque, no hay mejor consuelo para mí que irme á buscar á D. José.

¡Ah! D. José.

No diré su apellido; no daré, no, sus señas... este hombre sin igual es para mí una mina y me le reservo para mí solo.

¿Quién es?

No lo sé. Se llama *D. José*, sirve en un almacén de vinos allá muy lejos, al otro lado del agua. Es de *Seviya*, lleva treinta años en París, en la misma casa. De su honradez se hacen lenguas los amos. De su carácter me haré lenguas yo, porque D. José es la nación, es la patria.

Treinta años lleva aquí, como digo, y no habla francés, *porque no quiere*. Viste como sus paisanos de las orillas del Guadalquivir, pantalón ajustado, chaqueta corta, sombrero *pavero*. A

él, que no le vengan con modas ni con costumbres, dónde está un español está España, y en viéndome entrar por las puertas del almacén, se acabó el trabajo; coplitas y cañas.

—D. José, hoy estoy triste.

—¡Naturá!

—Tengo la nostalgia.

—¡Digo!

—Vengo á que hablemos en español.

—Y á tomá una cañita.

—Todas las que usted quiera.

—¡Arza parriba!

II

Hombre admirable, que á los 60 años no ha perdido nada de nuestro carácter nacional y que solo vive lejos de su país porque sus amos, á fuerza de aumentarle sueldos y comisiones, no quieren prescindir de su experiencia ni de su probidad. Una hora de conversación con él, repara las fuerzas morales perdidas. En medio de esta vida vertiginosa con todas sus ventajas y sus inconvenientes, *se descansa del vértigo* como en un oasis, yendo á hablar con D. José, ó *señó José*, como le llamaban en Cádiz.

—D. José, decíamos que estoy triste.

Y D. José, echando por aquella boca negra como la entrada de una caverna, un gran *jipío*:

Compañerita del *arma*
ya no *pueo* con las penas
si tú no me las alivias
tengo que morir con *eyas*!

¿Qué *coupléts*, ni qué música de Gounod, ni qué tirada de versos de Corneille puede producir en el alma la sacudida que estas tristezas cantadas de mi compatriota?

—Así le pasa *asté*, dice él, y así mos pasa á *toos*, porque la compañerita es la tierra, y si *eya* no *mos* cura, ríase usté de cuentos, en Francia la guita y *na* más, y este *recao* que no se *l'orvie*.

—Siga usté, D. José, porque me consuelo mucho, sepa usté que á mi me encanta París y su modo de ser, y la civilización que en él se aspira, como si fuera aire necesario al pulmón... pero...

—Sí, sí, ya estoy ar cabo, exclama el hombre...

Y después de otro gran *jipío* y sus golpes de nudillos en la mesa:

¡Arrastrando po los suelos
has de venir á buscarme,
con el corazón partío
yorando gotas de sangre!

¡Qué sentío tan grande el de la copla, ¿eh?
D. Roque! (Porque señó José tiene la manía
graciosa de llamarle á uno cada vez con un nom-
bre distinto.)

Arrastrando po lo suelos...

¿Eh? Así *tenemos de dir* á buscar aquella
tierrecita de España, créalo *osté*, porque esto no
es tierra. Miste D. *Francisco*, aquí, *de acá* (golpe
en el bolsillo del chaleco), y *de acá* (golpe
en la cabeza), y *de acá* (golpe en otra parte),
pero *de acá...* (golpes repetidos en el corazón),
¡ni esto! (bocado con chasquido en la uña del
dedo pulgar.) ¡Cómo la *tierrecita* no hay nada!

—¡Por la tierra!

—¡Andando!

Nuevas cañas y tercer *jipío*:

Los gitanos de *verdá*
cuando estrenan un *vestío*
no se lo quitan *der cuerpo*
hasta que lo ven rompío.

¡Y *asin* es la querencia por el país, D. Ca-
nuto! Hasta que no *meremos*, no se mos quita-
rá el vestío de cariño de la pura verdá de nues-
tros padres. Vamos, hombre, usté piensa que la
virgen der Pilá se hubiá estableció aquí?

—¡Ah! Es que la virgen del Pilar no quiso
nunca ser francesa.

—Ni la de las Angustias de Graná.

—¡Bah!

—¡Creerá usted que no hay más *virgen* que la suya!

—No nos incomodemos.

—No me toque usted ese punto.

—Ni usted á mí.

—Vaya una cañita.

—Venga.

Jipio prolongadísimo:

¡Por Dios no me *yores*,
por Dios no me *yores*,
que las penitas tan grandes que tengo
no me las redobles!

—¡Eh! Dice D. José, que tiene muy buen gusto con malas palabras. Miste esa *lámina*.

La *lámina* es una fotografía de cierto cuadro de Bonnat, una *chochara* llorando y un muchacho á los pies.

—¿Qué dice ahí, D. Felipe?

—*Ne pleure pas*.

—¡Ajajáy! grita señó José tirándose hacia atrás en la silla. Oiga osté cómo se dise eso pa que sea güeno:

No me *yores* más,
no me *yores* más,
porque si me *yoras*, compañera mía,
me tiro á la *má*!

Y yo... ¿por qué no he confesarlo? Lloro oyendo aquel canto semi-árabe, semi-andaluz que resuena en la bodega como si viniese del centro de la tierra:

A toas las veo
no te veo á tí,
el corasonsito ¡ay! po la boquita
se me quié salir.

Por las mañanitas
cuando me levanto,
con las lagrimitas de los ojos míos
la cara me lavo.

Tu carita blanca
tus lunares negros,
me paresistes la virgen der Carmen,
la que está en San Telmo.

Cuando yo me muera,
por Dios te lo encargo,
¡que con la cintita de tu pelo negro
que me aten las manos!

¡Ay! En estas horas robadas al trabajo y á la lucha, en la soledad de una intimidad hija del sentimiento de la patria más vivo y más ardiente cuanto más lejos vivimos de ella, el alma se dilata y navega en ondas de armonía que parecen venir del fondo de aquel gran Bétis, cuya corriente fiera cantó el poeta, ó del Ebro rugiente, y al salir de aquella cueva donde la nostalgia ha encontrado momentáneo consuelo,

de nuevo las calles de la gran ciudad con sus ómnibus, sus coches fastuosos, su lujo seductor de la vida moderna, resuenan aún en los oídos las últimas endechas del patriota escondido que repiten ecos lejanos... y á manera de improvisación forzosa voy haciendo á mi modo coplas que luego olvido...

Tierrecita mía,
si muero sin verte,
al hoyo escondido en que duermen mis padres,
¡por Dios que me lleven!



EL TRAIADOR DEL AGUA

PERO esta es la casa de los grifos!—exclamaba mi santa madre, recién llegada á París.—Parece que vives de brujería. Grifo del agua, grifo del gas, timbre eléctrico aquí, teléfono allá, gas para hacer un par de huevos fritos, tubo acústico para hablar con la portería... ¡Uf! Se vuelve una loca entre tanta maquinaria... Si mis padres resucitaran, os denunciaban á la Inquisición...

—Pero, señora, ¿no es comodísimo dar vuelta á una llave y que venga el agua desde dos leguas de distancia?

—No lo niego, todo ello es muy cómodo y muy bonito... pero el agua es muy mala.

Acaso dijo con esto lo que no sabemos ver los habitantes de las grandes capitales.

Mujeres elegantísimas, pero sin corazón...

Frutas enormes, pero sin jugo...

Flores lindísimas, pero sin aroma...

¡Oh, agua del Lozoya, mansamente traída á domicilio en una cuba, en hombros del *traidor*, como dicen de la Plaza Mayor abajo!... ¡Oh sin igual auxiliar del pétreo garbanzo castellano!...

Así podría comenzar el elogio que algún madrileño viejo hiciera de nuestras

corrientes aguas, puras, cristalinas,

como dijo el poeta.

El grifo tiene la sequedad del autómeta, la fría gravedad de la máquina. El aguador es como una persona de la familia.

—¿Ha venido el aguador?— Como él no venga, todo el mundo padecerá de sed, sus clásicas patadas, resonando en la escalera, anuncian la hora de comer entre la clase media, allí donde el vino no es artículo de primera necesidad, como aquí.—Ya está ahí el gallego; saque usted la sopa.

Y el gallego entra triunfante en la cocina, oliendo mal y hablando peor, pero trayendo lo que es indispensable para la vida.

Así como el sereno es el amigo nocturno, el aguador es el visitante imprescindible durante el día. Trabaja como una bestia veinticuatro horas para que los bebedores de agua le den ocasión de beber vino. Su cuba es como una

parte de su cuerpo. Diógenes vivía en un tonel; Toribio vive abrazado á una cuba.

Observadle y veréis qué cara de filósofo tiene. Viviendo entre el agua y del agua, no se lava nunca. La desprecia: por eso no la bebe. Desdeña cuanto á su alrededor sucede. Así haya de atravesar por la carrera tendida al paso de los reyes, ó por entre las barricadas que levantan los pueblos, él sigue su camino indiferente. Su piel, que ya es casco, resiste á las balas como á las flores, sube y baja escaleras ricas y pobres, parece en su movimiento cotidiano el secretario particular de la Fortuna.

Averigüenme los naturalistas, dónde acaba el hombre y dónde comienza el aguador. No hay más que visitar uno de esos patios donde viven juntos veinte ó treinta gallegos, para convencerse de que tales individuos no pertenecen á la raza humana. Los propietarios de esas casas donde viven gallegos aguadores, han ideado hacer los suelos de adoquines, en vez de colocar en ellos ladrillos y baldosas.

De este modo los gallegos no envician el aire ni producen epidemias, porque es una clase social que apesta y no tiene conciencia de su asquerosa manera de ser. Vaya todo observador á ver una de estas viviendas y declarará que no exagero. Pero así como son, constituyen una

parte de la población, algo tan integrante como las farolas, y las rejas salientes, y los marmolillos, y los botijos en los balcones, y todo eso, en fin, que da el color local á la villa madrileña.

El traidor de agua desaparecerá, sin embargo, más tarde ó más temprano.

Cada casa tendrá su tubería y su *robinet*, como las casas de Londres, ó París, ó Viena, y entonces no podremos ser el país característico que los extranjeros visitan por curiosidad, y los españoles volvemos á ver con extraordinaria alegría.

El aguador tiene su idioma especial; sí, un idioma en el que se han escrito versos muy hermosos. Habla en gallego, que es casi como hablar en portugués. No quiere aprender el castellano, porque un día ha de volver á su aldea, donde ha dejado á la mujer encargada al cura. Es un gran patriota. Si no oyera en las plazuelas aires de su país, y si no fuese los domingos á la Virgen del Puerto, arca de la alianza de los gallegos residentes en la corte de las Españas... se moriría. Estos mismos aguadores ó sus parientes y paisanos, son los que han necesitado una gaita en el regimiento cuando han sido soldados, porque si no oyen la música popular de su país, la nostalgia los consume y les lleva al sepulcro... Todo esto es muy respetable.

ble, aunque parta de gente astrosa y fea. Por eso del Madrid moderno de mañana, el aguador es una de las grandes instituciones morales urbanas.

Vedle, oidle en sus diálogos con las cocineiras y los porteros; unas y otros se ríen de él, pero respetan su honradez tradicional. Así como el andaluz tiene fama de listo, y el aragonés de franco, y el valenciano de cuco, el gallego la tiene de honrado desde que hay Galicia en el mapa, sucédele lo que á todos los hombres de bien, que son las víctimas de la conversación familiar. La criada que le guarda los restos de la comida, le da bromas pesadas, que el hombre soporta con su acostumbrada calma y sangre fría. Los niños de la calle le saludan con cuchufletas infantiles. Si en esa hora del día en que el sol se pone y la estrecha escalera no está encendida, el gallego le da con la cuba en la cabeza al vecino que baja, oye todos los insultos posibles á los que no contesta ó responde con excusas amables. ¡Oh, gallego infeliz! condenado á traernos el agua cristalina con que se calma la constante irritación de las gargantas madrileñas; paciente servidor de las familias que suelen pagarle tarde y mal; mezcla de hombre y de fiera sin dientes ni garras, ¡cómo te reuerdo yo cuando el agua del Sena viene tur-

bia ó sabe al plomo de la tubería moderna!

¡Oh, *traidor del agua*, elemento esencial de nuestra prosaica y tranquila vida de Madrid! Tocayo amantísimo (pues yo tuve la precaución de nacer el día de Santo Toribio, presintiendo sin duda que había de hacer alguna vez tu apología), yo te saludo desde la extraña tierra, pensando en que á estas horas estarás haciendo tu centésimo viaje desde la plaza de Jesús hasta el quinto piso donde la modista que cose para fuera te echará de menos, exclamando á sus solas: ¡Pero ese bruto del aguador que no viene!

Bruto, sucio, desarrapado, desgarbado, desidiioso, todo lo tienes: pero si un día te pusieras de acuerdo con todos tus camaradas y os propusierais dejar sin beber á doscientas mil familias hiposas de garbanzos con tocino, la sed de Bailén no sería nada en comparación de vuestra obra!

En este momento se me avisa que la tubería del agua *ne va pas*. Durante dos horas, carecerá una familia honrada del agua indispensable para las necesidades de la vida.

La Compañía acaba de prevenir á los vecinos que hacen falta tres horas para llevar á cabo las reparaciones necesarias.

Dejémonos de *Compañías* y de botones de

marfil, y de *maquinarias*, diría la inolvidable abuela. Estuviéramos ahora en Madrid, y con avisar al gallego, todo estaba arreglado!

¿Qué será que estas antiguallas, con ser tales, y no valer lo que las mil invenciones de que se disfruta en pasando los Pirineos, tienen no se qué de atractivo, como la primera canción que oímos cantar en la infancia?

¡Oh, costumbres del país dónde se vió la primera luz, y qué hermosas parecéis desde lejos!

París, 1868.



LA ANTESALA DEL DOCTOR

De cinco á seis, decía la tarjeta del doctor X***, un sabio de reputación europea, que gana cerca de un millón al año, pero del cual no se sabe que haya salvado á nadie la vida.

Entiendo yo por salvar la vida, evitar la muerte. Es así que, los enfermos á quienes éste sabio cura, se mueren, más tarde ó más temprano; luego la vida no está en salvo en sus manos.

Y, á pesar de eso, van... ¿qué digo van? vamos todos á consultarle.

De inapetencia me quejo y en busca de apetito fuí á casa del grande hombre. ¡Ay, amigo mío! exclamaba alguien que ha hecho campañas, al oír mis quejas; para tener apetito, no hay otro remedio que verse privado por fuerza del alimento cotidiano. En pleno sitio de París, y cuando el ánimo debiera estar más abatido,

las gentes devoraban la chuleta de caballo ó el anca de gato... Acaso este filósofo de cuartel tenga razón; pero supuesto que el pan de cada día no me falta, fuerza será que al pan se junte la gana de comerlo.

Y sucedió, pues, que de cinco á seis llamé á la puerta del sabio extranjero, que si no fuera extranjero no pasaría por sabio. En Madrid se desean médicos *de París*; en París creen que los grandes médicos deben ser los ingleses; en Inglaterra acuden á la ciencia alemana; en Rusia á la polaquería científica. ¿Qué más? los blancos oímos siempre con cierta admiración que hay un *doctor negro* que lo cura todo. Eterna infancia en que vivimos los grandes como los chicos, acabando por morirnos todos como tontos.

Declaro que los tres cuartos de hora que hube de esperar á que me llegase mi turno, en la antesala del doctor, me procuraron sabroso estudio, ¡qué de gente, y qué de contrastes encantadores!

Al lado de un fraile, con sus hábitos blancos y negros, estaba sentada una famosísima bribona, de estas que tienen más popularidad que los grandes hombres, y brillan en París como si fueran soberanas. El fraile, mientras esperaba, leía en un libro de oraciones, pero de vez en

cuando distraía la vista para mirar, como al descuido, los pies primorosamente calzados de su vecina. Tal vez como él los llevaba desnudos y mal cubiertos por la sandalia, comparaba su modestia con el despilfarro de la otra. Alguien se atrevió á preguntar al hermano de qué padecía, y éste alguien oyó que de la piedra. Piedras monásticas que hacen contraste con la vida sobrado tranquila del cláustro. La gran cortesana, en cambio, se quejaba del corazón, como si de él hiciera gran uso. ¿Quién puede averiguar los secretos de esta pedestre vida?

Pues no lejos de ellos estaba, con aire de mal humor, porque se le hacía esperar, uno de los hombres más ricos de la ciudad, y aun del mundo, que padece de enfermedad hipócrita y de mal engañoso. Este tal, que vive separado de la mujer, á la cual apenas da para vivir, que ha hecho su gran fortuna explotando á los pobres, y á quien nunca ha conmovido la desdicha ajena, no puede oír el sonido de un violín sin romper á llorar, ni escuchar un drama sin conmoverse hasta caer enfermo y padecer ataques de nervios como la señorita más delicada. He aquí por qué no hay que fiar en lágrimas de ocasión ni en llanto material que da á los hombres fama de sensibles y de píos. Este mónstruo de sensibilidad

sedujo, según pública voz, á una infeliz obrera, que al verse en cinta, y desamparada, se arrojó al Sena. El seductor comió aquel día con buen apetito, pero las canciones de Teresa le provocan raudales de llanto. Fiense de apariencias las almas impresionables.

Qué interesante y que fresca de color estaba también allí la linda alumna del Conservatorio por quien mi amigo Juan, español (español había de ser), estuvo *loco* el año pasado.

Allí estaba, con *mamá*, portera de día y acompañante de noche, y yo, que sé por qué perdió sus ilusiones mi enamorado amigo, veía hacia adentro al observar las miradas tiernas de los caballeros presentes, á la ingénua que iba á curarse.

Pues ¿y el coronel H... herido en un brazo en duelo ocasionado por un suelto de periódico? Él, que ante el enemigo echó á correr hace dos años.

¿Y el abogado Dorval enfermo de ronquera la víspera del primer pleito que ha de defender en su vida?

¿Y la condesa, mi vecina, tísica de apretarse el corsé, y la generala buscando remedios de enflaquecer para parecer más bonita?

Atajo de locos, reunión de ilusos; todos los que estábamos allí me parecían haber perdido

la cabeza, en su confianza de la ciencia de curar que mejor debiera llamarse ciencia de los alivios, y que aquí, como en el resto de la tierra, tiene más adeptos que convencidos. Pero ello es que él que la profesa y la ejerce nos parece en momentos dados salvador del mundo, y al oírme llamar por el criado que va dando su turno á los dolientes, me apresuré á franquear la puerta *del templo*.

—Sí, amigo mío, me dijo el sabio (que me honra con su amistad y me hace gracia de las visitas, por lo cual, sin duda, no me curo), si, amigo mío, hoy ha sido uno de esos días de gran utilidad para un filósofo ó un autor dramático. He tenido militares que padecen de los nervios, madres que no quieren criar, y perdidas que quieren criar, y perdidas que quieren ser madres; curas que padecen de visiones, millonarios que no tienen ganas de comer... ponga usted todo eso en verso.

—¡Oh, no! le dije, los versos son la expresión de la poesía, y la antesala de un médico célebre no es otra cosa que la reproducción de las miserias de la vida; y la vida, ¡oh! querido amigo, es prosa, prosa vil, y eternamente miserable prosa...

Paris, 1888.



¡VIRGEN DEL CARMEN!

QUIÉN podrá entender esto que le pasaba á mi amigo Cristián? Yo no. Cada vez que venía yo á Madrid discutíamos sobre esto. Ni él tampoco lo entendía, ó si lo entendíamos, dijérase que no teníamos el valor de decirlo; porque el hombre es hipócrita en artículos de fe...

Lo prueba este ateo, materialista, *hereje*, según él cree, y sus lectores también.

En un libro que dió á la estampa años ha, decía sobre poco más ó menos, «que no había Dios.» Y el libro se vendió, y se prohibió, y se vendió mucho mejor aún de contrabando, y se tradujo al francés y al italiano... Y aquel mismo año, mi amigo tuvo un duelo á pistola; y al mismo tiempo de hacer fuego, dijo para sí:

¡Virgen del Carmen!

Él mismo se preguntaba á sí mismo á sus solas;—¿Por qué? ¿Acaso no me río yo de todas

esas cosas? Menester es que estuviera ayer asustado y seguro de que mi adversario iba á dejarme en el sitio...

Pero no me dejó. La verdad es que no me dejó...

Durante algún tiempo siguió su campaña atea y sus discursos políticos en el Congreso (porque era Diputado). ¡Libertad de cultos, libertad religiosa, separación de la Iglesia y del Estado; que no nos quede un cura, que el que quiera misa la pague!...

Sale de Madrid á presidir un comité, allá en su pueblo. Ya en el tren, á deshora de la noche, despiértale un espantoso ruido, ayes y lamentos... ¡¡Un choque!! Y Cristián exclama, arrojándose al suelo:—¡Virgen del Carmen!

Sale ileso de aquella catástrofe. Sigue su camino y va diciendo para sus adentros:

—¡Bah! Esto es lo mismo que cuando los jugadores tienen un *fetiché*... mis tres palabras degeneran en costumbre; pero ello es que los viajeros de al lado se han roto la cabeza... y yo no.

Cristián llega á su pueblo, preside el comité radical, hace un discurso demagógico, prueba á los ciudadanos de la localidad que hay que pegarles fuego á todos los conventos y que un Cristo en la escuela es una aberración...

Aquella noche se acuesta satisfecho de su elocuencia y del efecto que ha producido. Está en el primer sueño cuando oye gritar en el piso bajo:

—¡Fuego! ¡Fuego!

Y salta de la cama diciendo sin poderlo remediar:

—¡Virgen del Carmen!

Los mozos, las criadas, el alcalde, los vecinos, hacen prodigios de valor. Él, Cristián, no se ocupa sino de salvar la vida, y á la mañana siguiente, en una alocución que publica el periódico de la localidad, prueba que sin los esfuerzos de aquellos valerosos vecinos, la Providencia no hubiera hecho nada, aunque diga lo contrario el cura...

Vuelve á Madrid. En su casa le esperan grandes amarguras. Su mujer no ha querido avisarle que el único hijo que tienen está enfermo, y en los dos días de viaje, el niño se ha agravado. Cuando Cristián llega, el niño, una criatura angelical, está expirando. Muere del garrotillo... en la casa hay tres médicos célebres, toda la familia reunida al pie de la cama, la madre anegada en llanto, la abuela transida de dolor, el médico de cabecera llora como un chiquillo. No hay remedio, la ciencia es impotente; Cristián cae de rodillas apretando la rubia cabeza entre

las manos, y sin poderlo evitar, como si una voz secreta se lo mandara, exclama:

—¡Oh... Virgen del Carmen!

Uno de los médicos propone que se haga la traqueotomía. El padre accede, el niño se salva...

Y á los dos ó tres meses la casa vuelve á su estado normal, el elocuente orador renueva su propaganda; un nuevo libro suyo da ocasión á grandes polémicas y sufre los rigores de la censura...

Al salir del teatro Real una noche, Cristián coge una pulmonía.

Aquel mismo médico de cabecera se cree en el deber de prevenir á la familia...

¿Pero quién habla de confesión á quien nunca quiso tener contacto con la Iglesia?

Alguien se atreve á indicarle algo. El enfermo mantiene sus ideas de siempre. Quiere morir como librepensador, desea que se le haga un entierro puramente civil. En vano su mujer, su madre política, sus parientes, algún amigo cristiano, le piden que *por el bien parecer* cumpla á lo menos con la sociedad. ¡Nada! Ve venir la muerte con ánimo sereno. Solamente cuando agoniza, el que está más cerca de su cabecera cree oírle balbucear:

—¡Virg... del Car...!

Y expira.

Su entierro atrae gente por la novedad. Su cuerpo va directamente á la tierra, sin intervención de sacerdote alguno.

Sus albaceas comienzan á inventariar la casa. Entre sus papeles reservados hay un pliego que dice:

Última carta de mi madre.

Al abrirla leen:

—«Hijo de mi vida, en todos los momentos graves de tu existencia, encomiéndate á la Virgen del Carmen.

.»

Madrid, 1886.



DRAMA EN TRES PISOS



EN!

—No.

—¡Ven, te digo!

—¡Por Dios!

—Dí con franqueza que no me quieres.

—¿Que no te quiero?

—Mira, allí hay *papeles*.

—¡Por Dios!

—¡Anda!

—Portera, ¿cuánto renta el cuarto?

La portera:—¿Cuál de ellos?

—El... el...

—Porque como hay tres...

—Los veremos los tres.

—El entresuelo seis mil *riales*, el principal
ocho mil *riales*, el tercero, cinco mi *riales*...

—Deme V. las llaves.

—Ahí van.

—¡Ay, Juan, Juan, qué obstinado eres!

La llave:—¡Schrrr... schrrr... schrrr!

—Mira, María, te lo digo como si estuviera en peligro de muerte; no puedo vivir sin tí; si es verdad que te vas á casar, que te casan, como tú dices, dime aquí que nadie nos ve ni nos oye, dime por Dios que al llegar á la iglesia dirás ¡no! Dímelo, dame tu palabra.

—No puedo.

—¿Y serás de otro? ¿Y yo lo he de ver? María...

—¡Déjame!

—María...

—¡Sube gente!

—Vamos al principal.

—¡Corre!

.....
La llave:—¡Schrrr... schrrr... schrrr!

—Ya estamos solos otra vez. ¿Me quieres?

—Más que á mi vida.

—¡Ah!

—Cierra la puerta.

—¿De veras? ¿Soy yo el único amor de tu vida? ¡Dímelo, María, dímelo!

—El único, el solo, el que no podrá borrarse nunca de mi corazón; te quiero más que á mi vida, Juan, pero, ya lo sabes; pasado mañana me caso; no puedo evitarlo; mis padres, tu des-

vío del año pasado, tu viaje á América, las noticias de tu muerte, la fatalidad...

—¡Pero te amo! ¿Lo oyes? ¡Te amo!

—¡Vida de mi vida!

—¿Oyes? Suenan pasos. ¡Por Dios!

—Vámonos al tercero.

.....
La llave:—¡Schrrr... schrrr... schrrr!

—¡Cierra!

—Ya está.

—Te lo repito, Juan mío; te amo como no se ama más que una vez en la vida.

—Pero tu dueño otro va á ser. ¡Otro! Y yo no lo resisto, ¿oyes? Eso es imposible. Júrame que eso no ha de ser.

—No puedo evitarlo.

—¿No?

—No.

—En ese caso... ¡prepárate á morir!

—¡Un cuchillo! ¡Mi muerte! ¡Sea! Pero entonces no digas que me amas; dí que has venido aquí, que me has traído para asesinar-me. ¡Hiere, miserable!

—¿Miserable... yo? ¡Espera! (*Va al balcón*).

—¡Juan!

—¡Adiós!

—¡Juan! ¡Socorrooo! ¡Oh!

La portera, desde abajo:—¿Se van ustedes á pasar ahí la flor de su vida?

—¡Socorrooo!

La portera:—¡Jesús!

Voces, alaridos, un hombre tendido en la acera, un charco de sangre...

Ella:—¡Van á encontrarme!... (*Pasa al principal*).

Ruido de gente que sube, gritos, vecinos que salen del segundo... todo el mundo sube.

Ella:—Van á entrar aquí... (*Pasa al entre-suelo*).

Gran confusión. La escalera se llena de gente; *ella* aprovecha un momento, sale y pregunta temblorosa:

—¿Qué? ¿Qué es?

—Un hombre que se ha arrojado del tercer piso.

La portera:—Ha subido con una señora que debe de estar en las buhardillas.

Ella:—¡Ah! (*Baja: desaparece*).

AL DÍA SIGUIENTE

«Hoy debe verificarse la boda de la virtuosa y elegante señorita de *** con el Sr. D. Fulano de Tal, á la que asistirá el *todo Madrid*, que admira esta unión por amor, cosa rarísima en nuestros tiempos».



DEL NATURAL

París, Enero 1889.

DABAN las diez de la mañana cuando bajaba yo por la avenida de Villiers al boulevard Malesherbes. ¿Qué frío hacía! La estatua de Alejandro Dumas estaba como si el autor de *Monte Cristo* saliera de un baño. Las criadas, con sus gorritos blancos y sus zuecos, corrían en lugar de andar, cruzadas de brazos para esconder las manos en los sobacos. Los cocheros tenían las riendas con la mano izquierda, y con la derecha se daban puñetazos en el costado opuesto. Los caballos parecían locomotoras, echando columnas de vaho por las narices.

Allá, en una obra, en el alero del tejado, varios obreros con sus blusas blancas, acababan de colocar el zinc de los canalones á una altura de sexto piso. Uno de ellos cantaba con una her-

mosa voz de barítono, desafiando al frío:

La Dame blanche
vous regarde;
La Dame blanche
vous regard...

Y un mozo de café que pasaba por debajo con dos ó tres escobas al hombro, salió al medio de la plaza y le dijo:

—¡Eh, Mathieu!

Y el obrero desde arriba:

—¡Hola, amigo!

—¡Mal tiempo para andar por los aires!

—Verdad.

—¿Cómo está María?

—Tan linda.

—¿No hay novedades?

—Pronto irás al bautizo.

—Enhorabuena.

—Gracias.

—¡Cuidado!!!

.....

¡Ay! ¡Ya era tarde!

Al mismotiempo que dijo «gracias» fué á cambiar de posición, resbaló sobre el zinc cubierto de hielo, volteó, dió con el robusto cuerpo en el andamio, quiso agarrarse á una cuerda, no alcanzó, se deslizó de costado y dando una revuel-

ta en el aire cayó sobre la acera con un estruendo que hizo salir á todos los vecinos á puertas y ventanas.

Sonó un alarido general.—*¡Un homme tué!* Vióse bajar apresuradamente por cuerdas y tablones á todos los compañeros, al maestro de obras, á los aprendices, á los obreros todos. Corrieron en todas direcciones hacia el lugar de la catástrofe tenderos, peluqueros, mueblistas, cocheros que saltaban del pescante, criadas, soldados, un sacerdote, dos guardias, el boticario de enfrente, caballeros cubiertos de pieles, una señora que volvía de misa, muchachos, mendigos, yo... doscientas personas en minuto y medio.

¡Oh, qué horror! El infeliz estaba sobre la acera, exánime, rodeado de un gran charco de sangre...

Un hombre realmente hermoso, fuerte, fornido, que apenas tendría veinticinco años, La cabeza, cubierta de sedosa melena rubia, á la manera de los artistas, estaba partida en dos y dejaba ver los sesos.

Pasado el primer momento de terror, se hizo un gran silencio. Los transeuntes curiosos que tenían que hacer se fueron retirando; quedaron custodiando al muerto los guardias, el comisario y los operarios de la casa en construcción.

Trajeron una camilla y entre cuatro compañeros le metieron en ella.

—¿Adónde le llevan?—pregunté.

—A su casa.

Y sin poder resistir al impulso del corazón, me puse detrás y fui á acompañar al triste é improvisado cortejo.

No hay nada más solemne que esa camilla que de vez en cuando se encuentra al paso en las calles de París, y que generalmente va seguida de una mujer que llora y de ocho ó diez trabajadores. A mí me interesa más que el paso de un entierro. Estas víctimas repentinas del trabajo son interesantísimas.

Nos pusimos en marcha. La camilla la llevaban los cuatros camaradas más fuertes. Formando el duelo, los dos guardias con las manos metidas en las mangas contrarias para evitar el frío, baja la cabeza y marchando á compás. Detrás, el arquitecto de la obra, que en el momento de la desgracia se encontraba en ella, dando la mano á un niño, tal vez hijo suyo. En seguida hasta veintitantos obreros, con sus blusas blancas ó azules, y ese aspecto marcial y apuesto del trabajador parisién, cuya bella presencia es célebre, mudos, con las gorras en las manos tenidas de cal ó de bermellón, y haciendo resonar sobre el asfalto las fuertes pisadas.

En voz baja, y con cierto temor de turbar la solemnidad, pregunté al que iba al lado mío:

—Parecía buen muchacho.

—Un excelente hombre y un obrero de mérito.

—¿Cuánto ganaba?

—Seis francos.

—Creo que era casado...

—Hace un mes.

—¡Un mes!

—Sí, señor, un mes. Todos estuvimos en la boda. Su mujer es una muchacha angelical, que trabaja en su casa para un almacén de modas. Dicen que está en cinta...

—¡Pobre hombre!

—Sus padres se morirán de pena. La madre tiene ochenta y cinco años.

—¡Pobre mujer!

—Y vive de lo que él le da.

—¿Adónde vamos?

—A su casa. Ahí, cerca, á la rue de Levis...

Y ya estábamos casi en ella: al paso, en las callejuelas de Batignolles, salían los vecinos á las puertas á contemplar con tristes ojos la silenciosa comitiva. La calle de Levis, larga y estrecha con sus arroyos de agua sucia á lo largo de las angostas aceras, recuerda las provincias de Italia ó de España: el extranjero que viene á pasar quince días alegres en París, no

puede figurarse el aspecto de estos barrios humildes, con sus tabernas de cocheros, sus portales estrechos y sucios, sus casas jorobadas y con los balcones de madera... A las diez de la mañana, el público que recorre el barrio no es de lo más atractivo: carniceros y vendedores ambulantes, chiquillos desarrapados y mujeres que hablan á voces iban viéndonos pasar, haciendo comentarios sobre el triste suceso.

Ya la casa del muerto se ve. Los obreros la indican, la vecindad comienza á suponer que se trata de un amigo, el nombre del muerto corre de boca en boca, la comitiva se agranda, y allá, en el segundo piso, se ve una linda muchacha, rubia como el oro, con una gorrita blanca adornada de puntilla, que adorna primorosamente la preciosa cabeza, y que está dando una hoja de escarola á un pájaro que la saluda dentro de su jaula con amorosos píos.

—¡Es *ella!*

Ella, que al oír el ruido y ver la camilla, inclina el cuerpo fuera de la ventana, mira, no adivina lo que sucede, sonríe á una vecina que le pregunta *quién será*, y contesta que no lo sabe...

¡Ay! Al ver que nos detenemos debajo de la ventana, y al reconocer entre los acompañantes á los amigos que hace un mes estuvieron en su

boda, la desdichada da un penetrante grito, desaparece, la oímos bajar los escalones de dos en dos, llega pálida como la muerte á la camilla, aparta con un violento empujón al guardia que quiere evitarle la impresión primera, y abre con sus diminutas manos la cortina que cubre al amor de su vida...

Cae sin sentido. Sepáranla de allí... ocúpense de ella y del muerto todos y cada uno... ¡Qué afán en todos de ayudar y servir, y cómo se ve que entre los desgraciados la unión siempre está hecha!

El arquitecto saca del bolsillo una pieza de veinte francos y la echa en su propio sombrero. Después va pasando por delante de todos los presentes, y dice: «Señores, para la familia del obrero». Las manos todas se dirigen á los bolsillos, nadie se niega, quien da tres francos, quien dos, quien uno, quien cincuenta céntimos. Un saboyano que pide limosna con un acordeón, se adelanta y da sus dos sueldos... La colecta produce en cinco minutos ciento doce francos, los presentes todos deben volver á trabajar y el patio se queda desierto.

¡Quién sabe lo que será de la pobre viuda, del hijo que ha de venir, de la madre octogenaria, del padre ciego! ¡Quién se ocupa del que muere en estas brechas del trabajo que levanta pala-

cios?... A lo menos, al soldado le dicen que su muerte es gloriosa...

Al salir de allí, oímos retemblar el pavimento bajo las ruedas de un coche particular que viene por la calle arriba. El cochero, cubierto de pieles, apenas puede refrenar el paso de dos magníficos caballos. Por la portezuela asoma un viejecito envuelto en un gabán de nutria, y pregunta lo que ha pasado. El arquitecto le saluda por su nombre, le cuenta lo ocurrido y le tiende el sombrero. El viejo, después de vacilar un momento, le da cinco francos. El coche sigue su carrera.

—¡Cien sueldos!—grita una pescadera que pregona por la calle su mercancía. ¡Oh, *bribones!*

—¿Quién es?—le digo al arquitecto.

Y éste contesta con cierta amarga sonrisa:

—¿Vió usted la casa donde sucedió la desgracia?

—Sí.

—Pues ese es el propietario.



CONVERSACIÓN

SIEMPRE que alguien viene á contarme sus desdichas, como primer consuelo le aconsejo que se suicide.

Desde que he adoptado este procedimiento piadoso, observo que el número de los aburridos, que solían venir á quitarme horas de trabajo, ha disminuído considerablemente.

Y es que todo el que cuenta desdichas, no lo hace por el desahogo que produce contarlas, sino porque se las remediamos en lo posible.

Y como yo me tengo hace veinticinco años por uno de los hombres más desgraciados del universo mundo, diferente de los demás en que soporto la desgracia sonriendo, hay en mi aparente crueldad un fondo de vanidad especialísima, porque no admito, no consiento que nadie se dé tono de más infeliz que mi humilde persona.

Así es que procuro ir destruyendo aquella reputación de bondadoso que tenía años há, y que venía á costarme mil quinientas ó dos mil pesetas anuales, facilitadas en cantidades de *tristes* duros.

Viene un compatriota y me dice:

—Yo no puedo sufrir más, amigo mío:

—Ni yo tampoco.

—Tengo que pagar al casero mañana.

—Yo tengo que pagarle hoy.

—Tengo dos hijos.

—Yo tengo seis.

—No tengo qué comer.

—Yo no tengo apetito, que es peor.

—Ya ve usted; en país extranjero, emigrado...

—Pero es usted emigrado forzoso, mientras que yo lo soy voluntario; de modo, que aún tiene usted el consuelo de sufrir por haber defendido á D. Carlos ó á D. Manuel, pero yo tengo que sufrir *por curioso*. Porque á mí, ¿qué me importa nada de lo que sucede en París? Ya ve usted, pues, que aún soy más desgraciado que usted.

—Yo he buscado trabajo y no le he encontrado.

—Yo lo he encontrado y me hace daño trabajar; ¡ya ve usted si es martirio!

—Mi mujer tiene un pecho...

—La mía tiene dos.

—Un pecho enfermo, y no podemos tomar ama.

—Se ahorra usted tratar con una fiera tetuda, y de pagar ocho duros mensuales.

—En una palabra; mis hijos no pueden comer mañana.

—Los míos devoran; ¡no he visto apetito igual! mi desgracia es más cara.

—No vengo á pedirle á usted dinero, sino consejo. ¡Qué cree usted que debo hacer?

—Creo que en la situación de usted, lo mejor es arrojarse al río, porque usted, como yo, miente, porque usted y yo dormimos á cubierto, comemos tres veces por día, podemos ir al café y al teatro, ¡mientras millares de prójimos nuestros se mueren de hambre!

—Mi hombre se ofende y se va, porque la humanidad es hipócrita hasta en la desesperación. Un año há que se me presentó un individuo y me dijo:

—Vengo á despedirme de tí. A nadie pienso revelar mi resolución, pero quiero que tú la sepas. Mi mujer me engaña; ayer me han echado de la casa; tenía en depósito una cantidad, y me la he jugado. No tengo más remedio que pegarme un tiro.

Mira—le dije—un tiro es cosa violentísima,

Yo tengo ahí un frasquito de láudano, resto del que tomo algunas veces para la jaqueca. Yo me curo con dos gotas; con que si tú tomas diez ó doce, tu muerte es segura. Dejas una carta escrita al comisario, te vas lejos de tu barrio, y en donde te encuentres solo, te bebes todo lo que hay ahí. Adiós, amigo mío, tienes razón; en la situación tuya no hay otra salida.

Mi amigo lloró. Lo ví, lloró.

A los dos días le ví sentado en el Boulevard tomando un bok. No quise acercarme por no picarle el amor propio. Los españoles somos así. Acaso se hubiera matado por probarme que era capaz de ello. Me alejé riendo y cantando.

¡Crueldad! se me dirá; ¡mal corazón!

No; experiencia tristísima. Nadie que se suicida lo anuncia, como nadie que ama á sus hijos los arroja á cada momento á la conversación para pedir favores; como nadie que ama á su mujer está constantemente diciéndoselo al público; como ningún valiente amenaza; como ningún creyente sincero va á misa de dos á darse golpes de pecho, rodeado de conocidos...

Y aun estos de que voy hablando, son desgraciados absolutos. ¿Pero qué diremos de los desgraciados *hipócritas*?

El banquero que se cree desgraciadísimo porque ha perdido un millón en Bolsa, cuando le

quedan tres; el dramaturgo que reniega de su suerte porque los periodistas le tratan mal, cuando el público le aplaude y el despacho de billetes se cierra; el celoso que quisiera morirse cuando su querida mira á otro, sin embargo de que ha de oír las doce de la noche á su lado; el candidato derrotado que se olvida de su renta, de su familia, de su talento, y se considera infeliz porque le ha vencido otro más tonto que él... no solamente es hipócrita el hombre, es mezquino, no sabe conocerse, no ve sino lo que le perjudica en detalle. Todos apreciamos el dinero, nadie sabe apreciar la salud, y cuando un pensador profundísimo aseguró

...que tanto gusto había
en quejarse, un filósofo decía,
que á trueque de quejarse,
habrían las desdichas de buscarse

Tenía razón de sobra.

¡Oh, sí! Parece que hacen las gentes punto de vanidad el quejarse de su condición y de sus desventuras. Ni siquiera saben ser orgullosas. Más lógico era aquel archimillonario que me decía una noche en el hueco de una ventana, mientras sus invitados bailaban al son de un vals:

—Creerá usted que todo esto me satisface.

¡No! Diez mil francos me cuesta el cocinero, que se vuelve loco pensando en lo que ha de presentar á mi mesa. ¡Yo no tengo apetito!

Todas las mujeres bonitas de París me escriben cartas y me piden citas. ¡El médico me prohíbe tales cosas, pena de la vida!

Mi mujer es estéril.

Carezco de oído; la música no me suena. ¡Y mi palco de la Ópera me cuesta quince mil francos!

No puedo ambicionar, porque lo tengo todo. Dinero, honores, consideración social, rentas, coches, caballos... ¡y no puedo dormir sino á fuerza de opio!

Abrí la ventana y le enseñé al obrero cogido del brazo de la fresca muchacha. Iban comiendo un pedazo de pan y unas rodajas de embutido, y entre bocado y beso se decían en alta voz despreciando al público:

—¿Me quieres?

—¡Más que á mi vida!

.....

¡Qué ejemplo tan grande!



EL SOL

(HIMNO EN PROSA VII)

PERO, ¿qué hace usted ahí, cuando ahí no sucede nada?

Así me escribía hace ya una semana alguien que tiene derecho para preguntarme en tal tono y tal cosa.

—¡Pues qué he de hacer—exclamaba yo en una larga carta—tomar el sol!

¡El sol! ¡El sol de España, á ningún otro parecido, que me compensa de las tristezas de la tierra extranjera! ¡Quién me dijera, que ya perdida la costumbre de recibir su luz, había de venir á *beberla* como bálsamo de consuelo!

Tres y cuatro meses suelo ver pasar en el extranjero sin que un rayo de sol penetre por los cristales de mi ventana. ¡Siempre nublado! Cielo plomizo, agua nieve... el carácter se agria,

la imaginación parece que se embota, las relaciones entre los amigos son frías... falta la luz, y la luz es la vida.

El inglés es flemático, padece de *spleen*, tiende al suicidio, vive en el aislamiento...

El alemán es taciturno, reflexivo, tardo en comprender, aficionado á la vida del hogar...

El ruso es ó señor ó esclavo, devoto, guerrero, como resultado de su mal humor.

Todos estos pueblos carecen de expansión. Les falta eso que á nosotros nos torna perezosos, y soñadores, y poetas, y nerviosos, y *peleones*... ¡como que somos hijos de un pueblo que siente y piensa hacia fuera, que vive de su alegría y de su bienestar, logrado con sólo mirar en derredor. Es que la luz nos guía, nos manda, nos excita, nos trastorna, nos echa á la calle!

¿Quién puede permanecer encerrado trabajando cuando al abrir los ojos por la mañana se encuentra inundado de luz, y alzando la mirada ve el cielo más azul que puedan soñar los poetas?

Dijérase que el demonio de la pereza nos murmura al oído:

—¡A paseo!

¡Oh! Sí, vamos á la calle, á esa calle tan fea, con sus casas desiguales, sus aceras estrechas, su piso que destroza los pies, pero inundada de

luz, hasta el punto de que para el que viene de fuera de España, es demasiado fuerte y obliga á entornar los ojos.

—Pero—se me dirá—también en los Pirineos hay hermosa luz, y en Italia, y en Oriente, y en muchas partes. Algunos meses del año, aunque no tan brillante, luce el sol en París...

—Sí, no lo dudo; pero aquel sol no es *el mío*.

Este es aquél que hizo hervir la sangre de nuestros padres; éste es el que tomábamos de muchachos cuando evitábamos ir á la escuela; el que lucía cuando íbamos á ver la procesión del Dos de Mayo, la vuelta de los soldados en África, la entrada de Prim, las manifestaciones nacionales en los grandes días. A esta luz hemos imaginado nuestros libros y hecho nuestros versos; es la que llevan nuestras mujeres en los ojos negros que asoman por entre los festones de la mantilla, ésta es la que da más olor á nuestras flores que á las de los demás países de la tierra, más jugo á nuestros frutos, más oro á nuestras espigas, más colores á las alas de nuestras mariposas. Sus rayos entran por las rejillas del humilde templo donde se reza sin aparato escénico y con íntima fe, bañan la losa donde los nuestros duermen el sueño eterno. Allá, en París, las flores de la tumba de mi ma-

dre, se marchitan muy pronto porque las baña una luz prestada...

Déjame tiempo para gozar de lo primero que al llegar al país me saluda. Después veamos los monumentos, y los hogares, y los amigos. Gozemos del sol, aspirémosle como un perfume... le he dicho varias veces á quien me quiere distraer de la contemplación del cielo *mío*.

«¡Cielo mío!» ¿No se llama así á la novia, enamorados? Y no se la puede llamar así sino donde el cielo es azul y brillante como en España!
¡Oh, quién pudiera llevarse luz y rayos de sol para tres meses!

Quando amaneciera nublado, se abrirían los tubos en que la luz de España estaría guardada, y la gran ciudad se encontraría nueva.

Las grandes vías de comunicación resultarían más hermosas.

Los monumentos célebres más grandiosos.

Brillarían más las miradas femeninas, y el sol, dando en las piezas de oro tan adoradas por allá, las duplicaría de valor.

Sería, en fin, aquél, un verdadero sol *de justicia*, y un consuelo de emigrados, ya voluntarios ó forzosos.

No hay idea de lo que alegra el alma después de larga ausencia *la luz nacional*, según gráfica expresión de un compatriota.

Sin el sol, los regocijos de la multitud no serían nada. Suprimidlo en los toros, y no hay alegría. Suponedlo ausente de las carreras, adiós animación. Coronación de reyes, manifestación popular, desfile de tropas, cita de enamorados en el campo... ¿qué son sin la presidencia indispensable de este padre común de los españoles?

La fábrica, el taller, el almacén, la mina, viven de la sombra y son peculiares de los países ricos y sensatos.

¡El sol es el amigo de los pobres! Alumbra con más intensidad en los pueblos que sienten y cantan. Sólo á nosotros nos era dado poseer este tesoro que se nos reparte continuamente para que lo derrochemos sin tino. ¿Qué nos importan ni el pasado ni el presente, si no necesitamos nada?

—Las gentes andan en Madrid muy despacio por la calle—me decía un inglés.

—Naturalmente. Van disfrutando de la luz que reciben.

—¿Acaso nosotros no tenemos sol?

—Sí; pero es el *sol menor*.

—Pero trabajamos más.

—Por eso, porque no hay más remedio. Además, el sol es como la música, como la poesía, no basta admirarlo, hay que sentirlo. Disfrutar de él al paso, á la vez que se va á despachar un

negocio, es ofender á Dios. Yo tengo hoy muchísimo que hacer, me esperan en tal parte, he de acudir á una cita... ¡Nada! Amaneció con sol, se inundó el alma de su luz, las flores se abren, las mujeres se asoman á las ventanas, suenan las charangas militares, las campanas se echan á vuelo, el termómetro marca veinte grados y estamos en Pascúa. Patriotas, suspended el trabajo, admirad á la naturaleza y sed españoles. A tomar el sol, ¡mañana será otro día! ¡He aquí un gran programa!

Madrid, 1894.



LA MANCHA

Paris, 1882.

PUES que tengo libre una hora—me dije, —busquemos una diversión tranquila, algo que dé lugar á la observación ó al estudio. ¡Documentos humanos! como diría Zola.

En un rinconcito del *Petit Journal* decía:

«*A marier*. Huérfana, diez y ocho años, un millón de dote. Desea un extranjero. *Mancha*.»

—¿Quién me impide pasar por soltero una hora?—pensé.—Veamos esa señorita y esa mancha.

La agencia estaba cerca de la plaza Clichy, en un segundo piso. La directora era, naturalmente, una señora con cierto aire de respetabilidad. Una jamona de invierno.

—¿Deseaba V....?

—Acabo de leer uno de los anuncios de la casa.

—Tenga V. la bondad de pasar.

Pasamos á un saloncito amueblado con buen gusto. Muebles antiguos, cacharros, flores. En las paredes muchas fotografías de mujeres en actitudes melancólicas.

La señora me invita á sentarme á su lado.

—¿Con que venía V. á enterarse...?

—Sin duda.

—¿El interesado es V. mismo?

—Yo mismo, señora.

Un momento de silencio, durante el cual me mira, me escudriña.

—¿Sería indiscreto preguntarle á V. su edad?

La digo.

—¿Y su nacionalidad?

Se la digo también.

La señora va á buscar un cartapacio que hay sobre un velador.

Lo abre y repasa varios papeles.

—Tenemos ya—dice,—para el caso de que se trata, proposiciones de un ruso, dos chilenos, un árabe y un polaco.

—¡Ah!

—Un español sería acaso preferido. El español suele ser buen marido. Además suele tener muchos hijos, y esta señorita desea ser madre.

—Pues por mi parte...

—No sé si es esta la primera vez que acude

usted á mi casa ó á otra del mismo género para tratar de matrimonio.

—La primera vez.

—Entonces tengo que explicarle á V. el procedimiento.

—¿El procedimiento de qué, señora?

—El procedimiento que se usa para conocerse.

—¡Ah!

—Generalmente es un terreno neutral. La agencia no quiere aparecer como acaparadora de estos negocios; así, pues, después de un cambio de fotografías ó de cartas en que se detallan los informes respectivos, las dos personas se encuentran, por ejemplo, en un teatro. Toma usted un palco de cuatro asientos, y una noche yo iré con esta señorita, pues ya sabe V. que es huérfana y no puede ir acompañada de su madre, y V. acude un poco después de comenzada la función. En esa primera entrevista ven ustedes si se establece la simpatía. Después continúan viéndose aquí ó en otro sitio que no sea ocasionado á malas interpretaciones. Se trata de una señorita sumamente distinguida y...

—Eso es, hablemos de la señorita, porque hasta ahora, señora mía, no hemos hablado sino de mí.

—Aunque la casa no tiene por costumbre

enseñar los retratos hasta después que la persona responde sobre los primeros informes, como me es V. simpático, quebrantaré por esta vez el secreto profesional. Vea usted.

La señora me enseña una fotografía grande. La persona es lindísima y así lo declaro.

—Y sin embargo, la fotografía no da bien la idea de ella, si llega V. á conocerla reconocerá que es una verdadera belleza.

—Me lo figuro.

—Diez y ocho años, huérfana de padre y madre, y disponiendo de una dote de un millón de francos en fincas y valores. Si quiere V. repasar los documentos justificativos...

En efecto, los papeles están en regla. Allí hay la justificación de cuatro millones de reales para un aficionado. Casi me pesa haber ido allí como curioso y haber dado un nombre cualquiera.

—Pero—digo—nos falta hablar de lo más importante...

—¿Qué?

—Al fin del anuncio dice... *tâche*.

—¡Ah! sí. Eso lo verá V. todos los días en los anuncios, y eso prueba la lealtad de la persona y la de la agencia. Comprenda V. que esas *tâches* son fáciles de ocultar.

—No tan fácil, señora.

—¡Bah! Bien se conoce que no ha sido usted nunca mujer.

—En efecto, no recuerdo...

—Pero, en fin, lo importante para el que hace una boda es que no se le engañe. Del mismo modo que pediremos todos, absolutamente todos los antecedentes de V. antes de entrar en negociaciones formales, le damos á V. todos los que nos pida. La *casa* no oculta nada.

—De modo que... hay una mancha.

—Sí, señor, pero con un millón de francos se han borrado tantas en este mundo...

Aquí la conversación toma ya un carácter grave. Estas últimas palabras de la *tal*, comienzan á causarme la repugnancia del local y de la persona, ¡la señora habla en lenguaje moderno, en vida práctica!

—Ya ve V.,—añade con toda seriedad,—otros anuncios que puede V. leer á cada momento son más latos. Por ejemplo, este que he de enviar mañana al periódico.

Y la señora lee:

«Viuda, joven, hermosa, veintiocho años, trescientos mil francos, desea un joven con título de nobleza, aunque haya tenido que ver con los tribunales».

—Ya ve V.,—añade,—que para todo hay gustos, que todo se promedia en la vida. El,

percibe trescientos mil francos y una mujer joven y bonita. Ella será, en cambio, marquesa. Con irse al extranjero...

—Pero podía serlo casándose con un título honrado.

—No puede; y por eso transige. Esta señora es una antigua zapatera de la calle de Pigalle. Los títulos son muy difíciles en sus *alianzas*...

—Pero á cambio de una dote como esa...

—¡Uf! Esta boda se hará antes de quince días. Hemos casado más de trescientos marqueses arruinados en año y medio.

—Continuemos con la mancha.

—Es muy sencillo. Esta señorita tuvo, en vida de sus padres, un novio que la sedujo y desapareció dejándola en un estado...

—Comprendo.

—Quiso ocultar á sus padres lo que la ocurría...

—¿Y su hijo?

La señora se mira las uñas de los cuatro dedos de la mano derecha y las recorre con el dedo pulgar.

—Su hijo... acaso en la precipitación de ocultarlo, no se sabe cómo... este niño murió asfixiado.

Como si me hubieran aplicado un hierro candente á la espalda, me puse de pie.

La señora continuaba hablando y mirándose las uñas.

—Y ya comprende V. que estas cosas suelen traer consigo procesos... afortunadamente el jurado fué justo y no la condenaron sino á seis meses de cárcel por homicidio, por imprudencia. Si viera V. qué mala estuvo la pobre...

—¡Luego,—exclamé,—me ofrece usted una infanticida!

La señora, poniéndose los lentes, y mirándome tranquilamente:

—Le ofrezco á usted un millón de francos.

—Es decir, que la mancha que yo creía nada más...

—¡Bah! Esas son tan vulgares, que sólo cuando van acompañadas, como en este caso, de sucesos extraordinarios, las hacemos constar.

—Señora, estoy á los pies de usted.

—Caballero, me debe usted cien francos.

—¡Cien francos!

—Naturalmente, la agencia cobra sus comisiones por adelantado. Si se casa usted nos daría uno por ciento; si no quiere casarse, como parece, me debe usted la consulta, la hora de tiempo que he perdido.

Y alargaba la mano.

—Cien francos á cambio de la proposición... ¡nunca! Prefiero el escándalo; ¡que ven-

ga el comisario, que me ahorquen! ¡Oh, no!

—¡Ah!—gritó entonces la *señora*, ya descompuesta;—¿sabe usted por lo visto que la policía y la justicia nos quitan siempre la razón?

(Declaro que no lo sabía).

—¡Corriente; vaya usted con Dios, no quiero escándalos, pero donde le encuentre á usted, le saco los ojos!

Abrí bruscamente la puerta del salón primero, y la de la escalera después, y salí de aquella horrible madriguera.

Y esto fué hace tres años.

Y anteayer, cruzando el Boulevard Beaumarchais, ví venir hacia mí una mujer en la que reconocí á la señora de antaño.

—¿Cumplirá su palabra?—me dije.—Por si acaso, prefiero afrontar el escándalo. Y fuíme derecho á saludarla.

—¿Va usted á sacarme los ojos?—la dije sonriendo.

—¡Bah! ya aquello pasó, y además el negocio que usted despreció me produjo con otro sesenta mil y pico de francos de corretaje.

—¡Cómo! ¿se casó al fin?

—Lea usted.

Y me tendió un periódico.

Leí: «Brillante soirée anoche en el hotel de

los príncipes de... El *todo París* se dió allí cita.» Y seguían doscientos nombres.

—Luego esta princesa...

—Es nuestra huerfanita. Un príncipe extranjero, pero de veras, no vaya usted á creer, un príncipe *auténtico*, arruinado al *baccarra* y escapado de su país por estafa, ha dado su nombre á la señorita. Se han instalado como unos reyes, dan de comer admirablemente, no niegan mil francos á un amigo apurado... Son estimadísimos. ¿Quién va á recordar ya aquel *accidente*?

Me dió frío oír á esta mujer, que sin duda debió de notar en mi cara mi asombro.

—Pero hombre, ¿de dónde viene usted—exclamó sonriendo,—que todo le choca? ¿Ni qué idea tienen ustedes de la vida práctica?

Me alejé silencioso preguntándome dónde empieza y dónde acaba eso que se llama la *consideración social*...

París, 1897.



OLORES PATRIOS

(PÁGINAS ÍNTIMAS)

No, no hay que reirse! Hay olores que recuerdan la patria, y que cuando uno vuelve á ella parecen decirle: —¿Te acuerdas?

Músicas y olores, han sido en estos pasados días para mí algo como el despertar de un largo sueño. Junto á la copla popular y como envolviéndola con su aroma, encuentro siempre el que parece su inevitable compañero. Sevilla no sería Sevilla sin el olor á azahar, y Madrid no sería Madrid sin el olor de albahaca. Verbenas, procesiones, Viático, toros, cada cosa tiene su olor particular en esta España eternamente goyesca. Dicen los libros de mecánica, que lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad. Así le sucede á la patria española. La fuerza de su color local está en razón inversa de su progre-

so. Pero ¿qué importa, si es la patria? ¿Acaso hay madre defectuosa?

La Plaza de Toros huele á naranjas: el templo donde se rinde culto á la Virgen, á rosas. La escalera de cada casa huele á aceite; las niñas bonitas que van por la calle, á nardos frescos: el teatro, á humo... y todos estos olores son exclusivos de Castilla y de España.

¡Pero esta albahaca! Esta albahaca, perfume ordinario según muchos presumidos de finos, y esencialmente popular, se me ha subido á la cabeza. Sin saber por qué, al aspirar su aroma me acuerdo de los primeros años, y de la verbena de San Juan y de la pradera de San Isidro, y con los ojos cerrados y oliendo, que es figura muy fea, veo yo sombreros anchos y pañuelos de seda, y calderas llenas de pasta de buñuelos, y digo aquellas coplas que cantaba á la puerta un torero de invierno:

Dígale osté á esa mujer,
que güerva pa qui la cara
que la quiero conoser.

y mi ramo de albahaca parece que me está diciendo: —¡Por allí viene!

Del olor de las naranjas no le digo á usted nada. La plaza llena de gente, un calor horro-

roso, gritos, saludos y bastonazos en las piedras de la delantera. ¡Eh, eh, los del agua! Y las naranjas por el aire, yendo á buscar á los caballeros. Yo no he pelado pavas, pero naranjas en el Prado junto á la novia... ¡Jesús, Dios mío!

Los nardos traen á la memoria la entrada del otoño y los pasillos del teatro llenos de abonados que vuelven de su veraneo, una atmósfera caliginosa, y la florera con sus varas de nardos delante del palco bajo, donde hay cuatro ó seis ojos que trastornan como el aroma punzante de aquellas flores aristocráticas. La albahaca y el nardo deben odiarse á muerte, como el obreiro y el grande de España.

Pues ¿y el aceite frito, olor tan nacional como la bandera amarilla y encarnada? Este os sale al encuentro por todas partes; os está diciendo á cada momento que no os olvidéis de que estáis en Madrid, sale por debajo de todas las puertas, se os pega á la ropa, os guisa sin que os enteréis, y es, en fin, necesidad, social y perfume cooperativo... ¡El disgusto que se produjo en mi vecindad y aun en mi barrio de París porque un día en que habían de comer en mi casa españoles se les dispuso un verdadero mapa de huevos fritos en una descomunal fuente de Talavera! ¡Qué de reclamaciones y de quejas! Con

razón pudo decir un banderillero de paso en París á un amigo suyo:—¡Compadre, en esta tierra hasta la Unción la dan con manteca!

Olor tradicional y peculiar del país es el de la cera, que al chisporrotear de los cirios se derrite y exhala su místico aroma, ya perdido en casi todas las naciones modernas. Al ver los templos alumbrados por el gas, decía mi madre:—No parece casa de Dios donde no huele á cera.—Fiesta ó entierro, misa ó boda, ha de ser en vuelta en olor tan inveterado. La procesión, esa procesión clásica de la tierra hispana, con su fila cortada de curas y niños vestidos de angelitos, y los santos de palo moviéndose como quien va á cambiar la peseta, ¿qué sería sin el olor de flores y de cera que va dejando por donde pasa?

A humo de tabaco han de oler el wagón, y el palco, y el café, y la redacción, y hasta el tocador de la dama más melindrosa: y el interior de cualquier familia que se respeta ha de oler en mi tierra española, por la mañana á chocolate quemado, por la tarde á la col del cocido, del mismo modo que la alcoba del cazador huele á tomillo y el portal de la horchatería á chufas mojadas.

Cada país tiene su olor propio; Londres á humo de fábrica, París á gas y á carbón del tren;

París á violetas y á vainilla. En Roma huele á barníz de pinturas por todas partes, y en Berna á establo y á queso. Asfixia el olor del pino en Arcachón, como ensancha el alma el olor del mar en la costa Cantábrica. Lo mismo sucede en cada local, dentro de las cuatro paredes. No es el mismo el olor de perfumería inglesa que se desprende de los concurrentes á un gran baile, que el de caldo que se nota ya en el pórtico del hospital. Ni huele lo mismo el sacristán que el asistente de caballería...

¡Ah! ¡Quién tuviera tiempo y paciencia para hacer un estudio sobre la simpatía ó antipatía que produce en nosotros el olor de cada persona! Los perros conocen á los hombres por el olor que cada uno lleva en sí, y que entre ellos suele pasar desapercibido. Las mujeres limpias y los niños de pecho huelen lo mismo. Y hay olores morales; por eso dijo la pecadora al confesor: —Padre, ¡cómo huele á tabaco!—y el cura dijo: —¡Y tú á otra cosa!

Sí; hay aromas de honradez ó de vicio, de nobleza ó de mala fe, en la conversación de las personas. El estilo tiene algo de esencia, y por eso en ocasiones no puede traducirse; de un país á otro, el aroma literario se pierde en el aire. Así es, que los cantares populares son como los claveles que las sevillanas se ponen

en el moño; aquellas que despiden aroma hasta por los dedos.

Ya no se llaman dedos
los de tu mano
que se llaman claveles,
cinco en un ramo.

Y al compás mismo de estas coplas, que son olores del campo, suenan las campanas, que apenas se oyen ya sino en estos pueblos católicos y devotos. Y sones y olores, y músicas y aromas constituyen la nacionalidad, que surge y penetra en ondas de olor y dan escalofrío de placer al tornar al hogar materno. Las azucenas y la albahaca, el son de la fusta y el olor de la fresa, las emanaciones del heno en la era y el tufo de la lamparilla á la madrugada, el vaho que sale de la tahona y el perfume de jámón de Avilés colgado en la puerta del carnicero... todo esto es español puro, y la patria no sólo se admira con los ojos, sino que se aspira como el ramo de albahaca... Pasando ayer por un templo, oí sonar tristemente las campanas; oíase adentro el canto de los difuntos; entré y recordé aquel cantar que nunca se me olvida:

Las campanas de mi pueblo
sí que me quieren de veras;
tocaron cuando nací
y doblarán cuando muera...

Cantar de patriota que no piensa moverse de su rincón, y que acaso sea más feliz que los que recorremos el mundo...—¡Oh, Dios mío!—pensé aspirando el olor de polvo que despiden los negros paños, y el que arrojaban de sí las amarillas velas,—¡yo no sé dónde he de morir! ¡Haced que no doblen por mí campanas extrañas!



LITERATURA ZURDA

UN sargento pedía licencia á su capitán para ir á pasar la noche en Pozuelo.

—Mi madre me escribe que está enferma.—decía.—*A su corto entender* de V., mi capitán, ¿qué debo hacer?

—*A mi corto entender*,—respondió el capitán,—debe usted de ir.

Estos españoles que hablan sin saber cómo, y que un día serán académicos, podrían dar asunto á muchos libros.

—Téngame usted todo en regla—le decía otro sargento al furriel—y que no falte nada. Usted es muy perezoso, pero la obligación es antes que todo. Yo no le pido á usted que haga *prosélitos*, pero á lo menos la obligación diaria.

Prosélitos por *prodigios* es una aproximación digna de ser notada.

—Hay una *diferencia* muy notable—exclamó un día el jefe del Gobierno en tiempo de la unión liberal...

Carcajada general.

Y el hombre, muy incomodado, y golpeando sobre el pupitre.

—Sí, señores, ¡muy notable!

En París me ha asegurado un chileno riquísimo que tiene un caballo que salta más que Léucades; y un confitero de una calle céntrica de Madrid, me dijo hace años que vendía más dátiles que el Tostado.

«He llegado aquí (comunicaba un capi tán de »caballería al jefe de la Remonta) con la fuerza »de mi digno mando, y estoy dispuesto á cubrir »todas las yeguas que *se neseciten*.»

—¿Está D. Melchor?—preguntaba un catalán en la portería de la casa de D. Melchor García.

—Se ha marchado,—respondía la portera.

—¿Ha comido ya?

—Sí, señor; siempre sale *comido*.

Las monjas de un monasterio de Castilla la Vieja que yo he visitado algunos veranos, rezan la letanía en un latín imposible. Una tarde oí esto:

*Sal de ese arca
Llama á Félix
Tela pa cortinas...*

—¡Qué barbaridad!—decía un viajero andaluz que la oía—¡estas monjas están *empetacadas!*

Cuando cogió un toro al hermano de *Lagar-tijo*, le preguntamos desde la barrera á un banderillero qué ocurría en la enfermería.

—No es nada, nos dijo, una cornaita en un pie; ahora le están haciendo la *autosia*.

Los discursos populares en tiempos de revolución, suelen ser modelos de oratoria. En el año 69, he oído en un club, lo siguiente:

«Señores:

»Ya que por casueliá zemos demócratas, y »esto debiera escribirse con letras de oro en er »Génesis, este es mi primer punto. Por lo de- »más, no puede menos de añadir que too lo »que veo ahí es pueblo.»

Mi paisano D. Valero es un galófobo furioso «no me hable V. de los franceses—me decía ayer.—¿A los franceses? ¡Oscurantísimo á pan y agua, les daría yo!»

¿Y aquel gallego que afirma que Santiago es un santo compontelano?

Los bandos de aquellos pueblos de mi hermo-

sa tierra de Aragón, son modelos de este género de literatura.

«D. Mamerto Gajón, *por la Gracia de Dios*, alcalde de esta villa, ordeno y mando,» dice uno.

Y otro.

«Cendadanos:

De orden de la autoridaz que dignísimamente represento y representaré, si Dios me da salud,» etc.

Un portero hay en la calle del Almirante que le decía á una persona de mi familia, enseñándole un cuarto vacante:

—Aquí estará V. muy bien, porque el cuarto es muy insano, y si tiene V. mujer más, *por que la mujer lo embelleze todo*.

Me parece que para un portero es bastante delicadeza.

—¿Qué opina V. de estas cosas?—le pregunté ayer al *traidor del agua*, vulgo aguador, que viene cotidianamente á calmar la sed de la familia.

—Sin un poco de riguridad y algo de antonomía no habrá nada, y esto acabará como el rosario de la Moncloa. A lo menos esto opinan las personas decentes, es decir, las que llaman, vamos al decir, decentes, ¡por más que sean más indecentes que nosotros!

Por último, ayer un amigo alcarreño que ha

venido á Madrid á asuntos propios, me decía:

—Yo nõ me fío de nadie en Madrid, porque aquí todo el mundo va con segundas nupcias.

—¿Y dónde vive V.?—le pregunté.

—En el hotel de **. Estamos muy bien; ¡nos suben y nos bajan á nuestro cuarto en el suspensorio!



SÁBADO

Así que dan las cinco, ya comienzan á llenarse de trabajadores la plaza de la Villa, la calle de Madrid, la del Rollo, la del Sacramento... El Ayuntamiento va á pagar la semana al pueblo de Madrid que trabaja.

A las seis ya no se puede pasar sin dificultad ni por la plaza ni por las calles. Los trabajadores forman una masa compacta, apretada; están todos esperando que les llegue su turno. Si alguien quiere circular, si un transeunte ha de ir á una de las calles nombradas, tiene que meterse por entre aquel macizo de carne humana, que huele á sudor, á cebolla, á tabaco, á todo lo que es inherente á eso que los aristócratas llaman la *plebe*, y los demócratas el *pueblo soberano*. En otros países se diría «perdone V., haga V. el favor de dejarme pasar.» Aquí dicen por lo general: ¡Que mancho!

En la plaza de la Villa, los hijos de Madrid que van á cobrar están de pie; en las callejuelas adyacentes, unos están de pie, otros, la mayoría, se sientan familiarmente en la acera. Así como así, la calle es suya, es su salón, su tocador, su alcoba; el que ayer no pedía limosna en ella, tal vez tenga que pedir la mañana. Todo depende de una semana sin trabajo.

¿Quién es esta gente? ¿De dónde viene y á dónde va? ¿Quién la juzgará bien no considerándola sino en su traje de blusa ó de chaqueta, la gorrilla echada á un lado, las alpargatas blancas?

Y sin embargo, ¡oh empleados y ministros de ayer, de hoy de mañana! éstos son vuestros electores ó vuestra carne de cañón cuando habéis levantado barricadas con éstos que ahora os dejan pasar en *landeau* de cocheros con galones dorados, y con éstos tenéis que contar siempre. Ahora parecen gentuza; mañana tal vez sean llamados héroes. Hablan ese lenguaje madrileño que no se usa sino en el arroyo; pero así hablaron algunos que después han sido caballeros y diputados, y banqueros, y grandes de España. Del pueblo salieron, y luego fueron señores, y realistas, y defensores del orden, y temerosos de las masas inconscientes... ¡Pobres masas! Ahí están el sábado esperando la paga y riendo y

cantando como si fuesen á recibir un millón.— ¡Manuel!—¿qué?— ¡Vente pá cá!— ¡Vivan los ricos!—Mañana á jugar á los bolos.— ¡Ya lo creo!—Ahí tienes á la Isidra.— ¡Anda y que la mate el Tato!— Buenas tardes, Julián.— ¡Acá estamos *toos!*—A ver esas perras grandes; ¡que ande el movimiento!

También hay mujeres en aquel inmenso grupo. La mitad del obrero, que tiene miedo de que se gaste la semana en vino y le acompaña para coger el jornal de siete días, con el que hay que dar de comer á aquellas criaturas. La *Fulana* que sale del *hospital*, y va á encontrar á su hombre precisamente el día que éste cobra.—Ola, Paca; yo creí que tabías muerto!—Eso quisian algunos!—Aguarda, mujer, que pa todos habrá,—y se sientan juntos en la acera. Más allá aparece la usurera del barrio apartado, que va á robar al pobre obrero el tanto por ciento de siete días. Rozando con éste y con el otro, á éste preguntando, al otro respondiendo, las dos amigas que van á buscar al hermano ó al primo.—No te *desapartes*, porque ese hará noche el jornal en cuanto que lo vea. ¡Como que no vengo yo aquí á nada!—En estas y las otras suena la hora de pagar y se instala la caja.

En cualquier país moderno, esta caja estaría en una oficina, detrás de un *guichet*; los traba-

jadores irían pasando uno por uno, entrarían por una puerta y saldrían por otra... pero si en España se hiciera lo que en otros países, ya no sería España. Aquí hemos de hacerlo todo en familia, en intimidad, de cualquier modo, á la pata la llana... Se abre la puerta-cochera que da al callejón de Madrid; dos empleados se colocan á la puerta delante de una mesa de pino, sentados en dos sillas de Vitoria, medio embozados en sus capas y teniendo delante una lista, un farol y mil paquetitos de moneda contada, y van llamando á cada uno de los mil hombres que han de cobrar. Todo es español puro: la llamada, la respuesta, la cobranza, el dinero, la mesa...

—¡Manuel Pérez!

—¡Aquí hay un *piaxo!*

—¡Sebastián Trujillo!

—¡Allá va, señorito!

—¡Pedro Ortiz!

—¡Aire!

Y unos llegan á tiempo, y otros no, y *desapartan* á puñetazos á todos los que están delante.—Si no vienen á tiempo, no pago.—Eso es, y el pueblo que coma almendrucos!—Los que están delante avisan á los rezagados.—¡El siete!—¡A ver, el siete!—¿No está el siete?—Pnes que pase la sotá.—¡Aquí está el siete!—

—¡Vamos, hombre, que te pierdes ese dinero!

—¿Me quíes comprar las *papeletas*?

Entre tanto, los muchachos, que abundan en esta gran reunión, se divierten en cantar, en fumar colillas, ó en darse de patadas ó en jugar al toro. Desde la infancia nos ha de gustar á los españoles pegarnos ó capear de navarra.—¡Anda, pega!—¡Pega tú!—A ver unos cuarteos... ¡Olé por los Frascuelos abollaos!

Y otros, apoyados en la pared, cantan que se las pelan.

¡Ábrime la puerta
puerta del postigo...

—Eh, niños, á tomar la guita!—¡El dezinueve! ¡Dezinueveeeee!—¡Allá voy, *maestro*! ¡Ole por los bizcos!—¡Que paso! Y uno que ya cobró vuelve pasos atrás «más quemado que Dios» como él dice.—¡Aquí me falta un *perro*!—¡Ya van dos veces que me falta un *perro*! ¡Como que me voy yo sin el *perro*!

Así que cobra, cada cual procura salir lo más pronto posible de aquel haz de seres humanos que desarrollan en torno suyo un vaho indescriptible, y sale codeando y empujando y tan contento como si acabase de recibir millones. ¡Bien dicen que no hay dinero que satisfaga más que el del trabajo! ¡Cuántos de nosotros,

vestidos á la noche de frac y corbata blanca, no sabemos apreciar un duro como estos prójimos desgraciados y alegres, de blusa y sin corbata! Este se aparta y cuenta el dinero de cara á la pared; el otro va á reunirse con la mujer, á la que entrega todo lo recibido.—Si quieres dinero, dilo, exclaman algunas volviendo á ofrecerles lo que reciben. Hombre hay que después de una semana de trabajo rudo se contenta con volver á tomar una peseta! El de más allá sale hablando con otro, y embolsando los cuartos.—Te juego dos medios al *dómino*.—Mucho *domineas* tú.—O á la brisca.—Por mí no ha de quedar.—Anda, anda deja á *aquella*, que nos aguarden, que yo me lo gano, yo me lo como.

Más lejos hay una disputa. *Ella* lo quiere todo; él quiere contentarla con la mitad.—¡Aunque no vieras más que que estoy sin zapatos!—No me vengas con historias ni con ponerte tristurera, que yo debo lo que debo y te doy lo que puedo.—¿Y yo que te he negao á tí?—Que te calles.—¡Miá cómo voy, hombre, ten concencia! Y enseña un pie que acaso bien calzado sería tan bonito! Un pie medio envuelto en una zapatilla de orillo, que deja ver todo el dedo grande...—Anda y tómalo *tó*, si quieres, dice ya el hombre conmovido.—*Tó*, no, pero haz por

mí: que yo hi hecho por tí! Y se separan cogidos del brazo comenzando las paces...

Signe sin cesar el movimiento de pagar en el callejón, y la noche se viene encima, y los que quedaron para los últimos se impacientan y gritan, no sólo porque les corre prisa tomar lo suyo, sino porque hay quien les está esperando.

Mezclados con ellos están los taberneros ó los dueños de esas casas de se *gisa de comer*, y que les hacen crédito toda la semana de la escasa ración con que viven y del terrible vino compuesto, con el cual se embriagan y se pelean con su sombra. Todos ellos pagan religiosamente, y se va oyendo lo de: —El once. —¡Felipe Antón! —¡Trece pesetas! Y los paquetitos de moneda van pasando á las callosas manos, mientras suena detrás la canción popular, la disputa sin consecuencias y el rumor sordo del que llaman algunos *el pueblo bajo*...

Rumor que á veces es terrible, como el del mar agitado que amenaza invadir el puerto, y que á veces suena dulcísicamente en los oídos del ambicioso que oye decir: ¡Viva Fulano! y aclamar su nombre...

Pobres hombres, pobres mujeres, tan alegres el sábado y sin saber en su mayor parte lo que será de ellos el lunes... Nos son tan precisos,

que yo no sé cómo hay quien se atreva á ponerles apodos. Recuerdan el soneto de aquel poeta moderno, que ahora me conviene repetir en prosa:

«Soñé que el labrador me dijo:—Haz tu pan, yo no te alimento más, ara la tierra y siembra.»

«El tejedor me dijo:—Haz tú mismo tus hermosos vestidos.»

«El albañil me dijo:—Coge la piqueta y hazte tu casa.»

«Y solo, abandonado de todo el género humano, sobre el cual había lanzado hasta entonces mil anatemas, cuando imploraba del cielo la suprema piedad, ví los leones en pie á los lados del camino...

»Desperté: al abrir los ojos dudando si el alba era verdad ó sueño, los obreros cantaban sobre las escalas, el ruido del trabajo sonaba en el mundo, los campos estaban sembrados...

»¡Ah! Entonces aprecié mi bienestar y aprendí que en el mundo nadie puede vanagloriarse de no necesitar á los hombres, y desde aquel día les amé á todos!»

Así yo, al contemplar desde mi balcón al anochecer esta negra masa de prójimos rudos, toscos, groseros, mal vestidos, pero alegres, al parecer inofensivos, felices un día á la semana con el producto del sudor cotidiano, siento ga-

nas de descubrirme viéndoles alejarse cantando, y digó para mí: ¡Cuán respetables son estos hombres que han trabajado por nosotros! ¡Oh, vosotros los que les evitáis el paso porque son feos de aspecto y no han llegado á vuestro bienestar y cultura, pensad que éstos son los que os han de elevar ó de hundir el día de mañana!



EL DUQUE DE OSUNA

EL duque de Osuna había muerto en su castillo de Beauring, en Bélgica; la noticia llegó á París á las cuarenta y ocho horas.

Quién no ha oído alguna vez decir á sus padres cuando de niño ha pedido algo que costaba muy caro: ¿Te figuras, muchacho, que eres hijo del duque de Osuna?

¡Más rico que el duque de Osuna! Esto es un proverbio en España. La realidad y el vulgo, unidos, han hecho de esta casa solariega el colmo de la grandeza y de la esplendidez.

Porque la reputación de los Rostchilds, los Mackay, en Europa; de los Manzanedos y de los otros millonarios contemporáneos en España, es pura y sencillamente de dinero, mientras que la fama de los Osunas es de lujo, de ostentación, de algo parecido á lo maravilloso.

La generación actual, como la anterior, han

oído hablar de las mesas puestas en todas las capitales de Europa para recibir al señor duque á cualquier hora que llegase, en sus diferentes palacios y castillos; su palacio de Madrid, cuyas puertas se abrieron hace años, después de una larga clausura, nos pareció la resurrección del feudalismo. Se dan papeletas para visitar su armería, como para ver los establecimientos del Estado; su biblioteca es célebre; en un pueblo de Alemania, donde tiene una casa de campo, nos refirieron hace diez años, que cuando el duque iba á pasar diez ó doce días, nadie podía hacer componer el reloj, porque el relojero del pueblo no podía, según orden-contrato, dedicarse, durante la estancia del duque en el pueblo, más que á los relojes de su excelencia...

Y, sin embargo, se ha dicho que el duque que acaba de morir era el más pobre de los Osunas habidos y por haber. Su testamentaría pasa por el expediente más intrincado de la nación. Los acreedores de esta gran casa, según voz pública, figuran por centenares de millones, y aún así y todo, ha sido el embajador más ostentoso que España ha tenido en la corte más aristocrática del mundo.

—Después de él—decía hace once años un diplomático,—¿quién podrá ir á San Petersburgo?

Asombra, en efecto, la relación de sus larguezas en la corte del Czar.

Se sabe que solamente en abanicos regalados á las damas rusas, gastó allí sesenta mil duros.

En cierta ocasión, el padre del Czar actual, le regaló un perro soberbio.

El duque habló de sus perros de España. El Czar dijo que nunca había visto perros españoles.

Aquella noche los secretarios del duque enviaron á España telegramas que costaron seis mil y pico de reales. A los cinco días el Czar tenía delante de sí un pastor español con seis perros magníficos, llegados todos en trenes exprés, á todo gasto...

¿Quién pudiera referir todas las magnificencias que se cuentan de los Tellez Girón, celeberrimos y potísimos? Hay algo en ellos de fantástico, de legendario; son los últimos restos de aquella nobleza más poderosa que el rey y más fuerte que el clero, ante la que el pueblo, miserable y servil, se humillaba deslumbrado por su esplendor, esencialmente español. Son el mundo antiguo que desaparece...

El duque, de cuya muerte me ocupo, era militar; muy joven aún, fué nombrado Embajador de España en Rusia; y los gobiernos que se sucedían le conservaban allí, convencidos de

que nadie como él podía representarnos *en grande*.

Yo había oído hablar tanto de los Osunas, que nunca me parecían seres reales.

Más de una vez creí que ya no existían sino en los retratos ahumados del Palacio de las Vistillas...

Un día, hace años, me dijo Grilo:

—Ven esta tarde á casa de la condesa del Montijo. Va el duque de Osuna...

Me apresuré á visitar á nuestra ilustre amiga. Efectivamente, á eso de las cuatro, el criado anunció al duque, que acababa de llegar de Alemania.

¡Qué efecto nos produjo aquel hombre!

Era un viejo algo rechoncho, pálido, qué digo pálido, amarillo como la cera, con los ojos muertos; entró arrastrando los pies; no veía, iba casi á tientas... no habló más que de su mala salud y de un sin fin de baños y aguas minerales que había tomado ó pensado tomar; unas aguas con nombres imposibles.

Grilo y yo nos consideramos más ricos que él.

Yo lo dije poco después en unos versos á mi amigo, en los que me he declarado *pobre y contento*...

¡Y pensar que ese hombre es ese duque de

Osuna, con cuya fortuna sueña tanta gente! Decía el poeta de las ermitas, y añadía:

—Dí la verdad: ¿Qué le encuentras de envidiable?

—¡La mujer! exclamé.

Era, en efecto, la duquesa, su esposa, una hermosísima dama en todo el *éclat* de la belleza. Al retirarse del salón, ella le ofreció el brazo á él, porque, ya lo he dicho antes, el duque no veía.

A los dos ó tres días le volví á ver en un baile.

—Osuna, Osuna, decían los convidados en voz baja; y le abrían paso.

Iba cargado de placas, bandas, estrellas y rosetas de todas las órdenes del mundo.

Se le admiraba como si á todos nos hubieran dicho:

—Ese que viene por allí, toma chocolate con diamantes, y en lugar de pastillas para la tos, traga monedas de cinco duros...

Los mismos nobles, los aristócratas de raza, le miraban como á superior.

Era un español sesenta veces conde, duque y marqués, veinte ó treinta veces grande de España. Desde Cádiz, hasta la última aldea rusa ha sonado su nombre como derrochador de oro... era *el duque de Osuna y del Infantado*, lo cual es como llamarse Madrazo en las

artes, ó Alcalá Galiano en la política, ó Salamanca en los negocios, ó Saavedra en la literatura, ó Curro Guillén en la tauromaquia.

Su residencia de Beauring, en Bélgica, donde ha muerto á los setenta y dos años, después de una gloriosa existencia, dedicada á gastar dinero, es esplendidísima. En ella han pasado temporadas algunos soberanos de Europa sin echar nada de menos de lo que abunda en sus palacios.

Una gran parte de su fortuna, decía un periódico parisién, al anunciar su muerte, va á parar á la marquesa de Javalquinto, una dama que tiene las manos más bonitas de España.

Ya es algo.



¡BARRUTIA!

Diciembre, 25 de 1882.

HA muerto en España un personaje que deja tras de sí cierta celebridad.

Y sin embargo, no era ni literato, ni artista, ni hombre político, ni filósofo, ni *nada*.

Había sido en sus juventudes guardia de Corps. Pertenecía á una familia distinguida. Contaba con amigos en todas las clases de la sociedad, especialmente en el mundo de los poetas y de los actores. Se había retirado del servicio y vivía de sus rentas.

¿A qué debía su popularidad, esencialmente madrileña, este Sr. D. Joaquín Barrutia (pues á él me refiero), popularidad que ningún habitante de la villa y corte pondrá en duda?

A su conocimiento de la vida.

Barrutia era... el sentido común. Era un filósofo alegre, que con su conversación amenísima y

su gracia especial, solía decir cosas que *quedaban*. A su muerte, la prensa de Madrid ha reproducido las frases más conocidas de aquel viejo limpio hasta la exageración, sonriente con todo el mundo y conocedor de los hombres y de las cosas como pocos. Los autores dramáticos que le rodeaban han aprendido de sus labios no pocos chistes y no menos sentencias. Otros, con una falta de respeto censurable, le han copiado en escena, ayudados por los cómicos que se vestían á la manera original, sin dejar de ser distinguida, del ex-buen mozo que á los sesenta y pico de años conservaba una figura militar de las más correctas.

Era, en fin, un tipo madrileño que ha podido repetir al expirar lo de *non omnis moriar*.

No hace aún un mes que los diarios de Madrid trajeron la noticia de haber hecho un periodista conocido una ascensión en globo.

Se dió al acto gran importancia, porque realmente era un acto de arrojo, y porque era la primera vez que sucedía.

—Antes de quince días, le decía yo á un amigo, leyendo los detalles de la ascensión, habrán subido veinte ó treinta españoles más.

Y sin querer me acordé de Barrutia, que repetía constantemente una frase suya exactísima: La envidia—decía—es entre nosotros *el vicio*

nacional. ¡Cuántas veces ha podido y podrá explicarse esta observación de hombre de mundo!

Acaso ha perjudicado á su notoriedad no haber sido escritor ó poeta. Ya él lo sabía. En otros países, exclamaba con su habitual buen humor en cierta ocasión, para llegar á los primeros puestos de la nación hay que ser político eminente, hombre de ciencia; en España hay que empezar por hacer versos!

El que no sabe hacer versos está perdido. ¡Espartero cayó por eso!

Una noche, en el saloncillo del teatro de los Bufos Arderius, reinaba grande animación. Por aquellos días se había sublevado Prim y se decía que había escrito un programa político, pero nadie lo conocía. Llegó un periodista y aseguró que él lo había recibido y que iba á ofrecer á los concurrentes las primicias de su lectura.

En aquel momento Barrutia se marchaba sin dar, al parecer, la menor importancia al asunto.

—Quédese usted, D. Joaquín, le dijo el periodista, conocerá usted el programa de Prim.

—¡Le conozco! (Y siguió andando).

—No puede ser.

—¡Le conozco!

—Le digo á usted que no puede ser, porque este es el primero que ha llegado á Madrid y yo no se lo he enseñado á nadie.

Y Barrutia, sin cesar de andar, ni volver siquiera la cara, repitió, ya lejos:

—Le conozco. ¡Desde el año 23 todos dicen lo mismo!

Sus opiniones sobre la mujer en general eran duras, pero expresadas con suma gracia. Observador profundo, estudiaba el corazón humano en sus propias hijas, de las cuales contaba lo siguiente, sumamente práctico:

—Cuando yo sacaba á las niñas á pasear—decía—solía observar cosas como esta:

Pasaba junto á nosotros un muchacho, nos saludaba; una de las niñas decía:

—Papá, ¿quién es ese?

—Un excelente muchacho, que vive de su modesto sueldo, con el cual mantiene á su madre. Ni una deuda, ni un vicio, nada. ¡Un hombre de bien!

Las niñas seguían su paseo sin darle gran importancia á la respuesta.

Pasaba otro joven que me saludaba también.

—Y ese, ¿quién es?—volvían á preguntar.

—¿Ese? Un perdido, un calavera deshecho, un engañador de mujeres...

¡Las dos niñas se volvían á mirarle inmediatamente!

.

Sus observaciones sobre el arte de la escena, eran siempre nuevas.

—Ustedes se equivocan siempre, exclamaba, al juzgar sus propias comedias. El público piensa siempre de ellas lo contrario que el autor. ¿Y sabe usted por qué? Porque el público ve la comedia de cara, mientras que ustedes la ven de espalda!

Y hay mucho de verdad en esto.

Había en su conversación mucho de efecto cómico. Por ejemplo, al encontrarse con un joven para él desconocido que le decía:

—Sr. D. Joaquín, usted no se acordará de mí.

—No recuerdo, en efecto...

—Yo soy el hijo de Doña Fulana...

—¿Doña Fulana...?

—La señora del Intendente.

—¿De D. Manuel?

—Justo.

—¿De Valladolid?

—¡Eso es!

—¡Fulana! ¡Ya recuerdo, la he conocido mucho!

—Mucho, ¿verdad?

—¡Muchísimo! ¡Se la pegamos á su papá de usted el año del cólera!

Sería interminable la colección de sus frases, que en todos los teatros y *restaurants* de moda

han quedado como recuerdo indeleble de aquel excelente hombre, que después de todo se ha muerto sin hacer daño á nadie, lo cual es, dados los tiempos que corren, mérito muy raro.



FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

No es *verdá*, Eusebio?—decía siempre el gran español de las letras, al caer de la tarde, en nuestra reunión íntima del Ateneo.

Los socios que allí acuden á gobernar el mundo en torno á la chimenea le recordarán siempre. Manuel mentía con un descaro aterrador; pero mentía con tan pintoresco estilo y con tal brillantez de imágenes, que se le oía con mucho gusto.

A veces las invenciones pasaban ya de castaño oscuro, y entonces, sin verme, me buscaba con la voz y exclamaba para que yo garantizase la exactitud de su relato:

—¿No es *verdá*, Eusebio?

Y yo le daba siempre la razón:—Es verdad. Yo lo ví. ¡Delante de mí pasó! Y Manuel, muy contento, decía:

—¡Ahí lo tienen ustedes!

Llenaría volúmenes si hubiera de referir las mil anécdotas de su vida, que conozco muy bien porque siempre fuimos íntimos amigos, y yo fui, además, de los pocos á quienes permitió opinar de cosas suyas. ¡Qué de cuestiones hemos tenido! ¡Qué discusiones de doce á cuatro de la madrugada, en sitios imposibles, adonde me llevaba para leerme cosas estupendas, todas magníficas, todas grandes, porque ya que se ha muerto lo reconocerá todo el mundo: Manuel Fernández y González ha sido el único autor de gran imaginación esencialmente español, que hemos tenido!

Ahora se hacen rapsodias de invenciones francesas, imitaciones de Zola, *estudios*, naturalismo, todas esas novedades absurdas, pobrísimas de invención y de estilo; pero el gran novelista *nuestro* era él, y á la vez un poeta de grandísima inspiración, un loco suelto, constantemente atacado de la manía de las grandezas...

—Vente conmigo.

—¿Adónde?

—¡A cualquier parte, á cenar y á hablar!

—Pero hombre, mira que es la una y media de la noche...

—¡Vente conmigo!

Y daba un alarido que hacía venir al sereno corriendo y haciendo sonar las llaves y la pica,

y creyendo que nos matábamos. Y había que ceder y meterse á veces en unos *restaurants*, en unos cafés... ¡me valga Dios! como diría Peña y Goñi.

En aquellas cenas se ha gastado el gran novelista *más de un millón de reales*. No, no exagero; y los que le hayan conocido íntimamente sabrán que durante ocho ó diez años Fernández y González ganó dos ó tres mil reales diarios, que percibía todas las tardes en la librería de Guijarro y que se gastaba en cenar y en hablar. ¡Cuántas veces le he acompañado á la librería, y al bajar del coche me decía:

—¡Paga!

—Pero oye, ¿no tienes dinero?

—Oye tú, vanidoso, ¿lo tienes tú?

—Pero yo no cobré ayer 100 duros.

—Pues yo los cobré y me los gasté; luego soy más gran señor que tú.

—No grites, que se para la gente.

—¡Y qué! ¡Oirán la voz de D. Manuel Fernández y González y tendrán el honor de oirla de baldeee!!

Y así todos los días.

Se levantaba, por aquel entonces, muy tarde, en su casa del barrio de Argüelles, donde tenía dos ó tres secretarios y quince ó veinte perros. Dictaba dos ó tres novelas á un tiempo, novelas

de aquellas que le hicieron inmortal, y que, pese á los franceses, están á la altura de las mejores de Dumas ó de Sué, novelas que se llaman *Men Rodríguez de Sanabria*, *El cocinero de Su Majestad*, *Los Siete Infantes de Lara*, *María*, *Los Monjes de las Alpujarras* y tantas otras, hasta trescientas ó más que escribió. Vivía á la vez como un pordiosero y como un Príncipe; todo era en él desaseo y lujo, desorden y fastuosidad, desarreglo y esplendor. Gastaba diariamente doscientas pesetas en *champagne...* y no había muebles en su casa!

Los perros y los secretarios le consumían dos ó tres mil reales al mes, y el casero le citaba á juicio porque no le pagaba. Dedicado exclusivamente á la vida intelectual, absorbido por sus imaginaciones y fantasías, aquel hombre no tenía tiempo material para pensar en la prosa de la vida; creía haber hecho la conquista de una gran señora, y acudía á una cita, (que él había soñado) con los pantalones rotos, la cara y las manos sucias y mil duros en el bolsillo, que luego pasaban á manos de un hostelero cualquiera ó de un cobrador de cuentas atrasadas.

Lo importante para él, lo necesario, lo *indispensable*, era crear, pensar alto y hablar gordo y convertirse él mismo en un personaje de sus novelas.

—¡Oyes, tú!—me decía—me ha escrito la Duquesa de... que está *enamora* de mí.

—¡Mentira!

Y esto le exasperaba.... y allí se armaban unas disputas que algunas veces acabaron con los platos y las botellas por el aire... pero como al fin y al cabo reconocía que había querido hacerme una *novela personal*, andando ó cenando quedábamos tan amigos.

Era el andaluz más andaluz de todos los andaluces, como yo pretendo ser el aragonés más aragonés de todos los aragoneses, de modo que, adornado él con la exageración, que yo detesto, no podíamos entendernos, y tal vez por eso nos quisimos tanto. En la amistad, como en el matrimonio, los caracteres iguales no se llevan bien.

—Yo paso porque me hagas observaciones, decía; pero no me desmientas delante de la gente, porque me ofenderé, y yo, cuando me ofendo, soy terrible!

—Bueno, me comprometo á darte siempre la razón en público.

Y de ahí vino á quedar en costumbre mi obligado testimonio en el Ateneo, en la calle, en París, en todas partes.

—En París he tenido yo más éxito que aquí—decía.—Dumas me pidió á mí consejo... ¿Verdá, Eusebio?

—¡Verdad!

—¡Ahí lo tiene usted! Este me conoce.

¡Y él era feliz así y yo feliz de que él lo fuese!

Pasarán muchos años, muchos, antes de que tengamos otro poeta y novelista nacional como éste que todos lloramos, y á cuya memoria hay que rendir forzoso culto. ¡Qué asombrosa facilidad en la inspiración robusta, grandilocuente, española, de sus versos! ¡Qué pasmoso conocimiento, casi instintivo, de épocas, hombres, costumbres y cosas! No es posible pintar la época de Felipe III con más colorido que en aquella novela del cocinero Montaña, donde los incidentes dramáticos se suceden con admirable rapidez.

Conocedor de nuestros romanceros y cancioneros populares como ninguno de los contemporáneos, con su hermoso drama el *Cid* los ha continuado, confundándose con los originales sus versos legendarios. Y siempre era él el autor de aquellas concepciones dramáticas, por cima de las cuales estaba siempre su personalidad originalísima. Subía jadeante, muerto de fatiga, el actor Delgado á su cuarto, después de haber hecho el segundo acto del drama entre frenéticos aplausos, y decía el autor, como si tratara de una cosa de poco más ó menos:

—¡*Ma gustao ese finaliyo!*

Le perdió su carácter, que ahora parecerá del gusto de todos. Hubiera sido correcto, cuidadoso de su persona, y le hubiéramos visto tal vez diputado, embajador, académico... pero ya no hubiera sido *él*, y las letras lo hubieran perdido. *Él* se creía superior á la humanidad; pero sus vanidades y orgullos nos complacían á todos, y se los perdonábamos con sumo gusto en gracia de su talento, tan digno de admiración y de respeto.

¡Pobre amigo! Murió pobre después de haber ganado una fortuna. Los comerciantes y los banqueros, los hombres arreglados y los pobres de espíritu dirán que le estuvo bien empleado. Los amantes del genio y de las glorias patrias rendirán culto á la memoria de este español ilustre, cuyo nombre no morirá, porque representa las glorias de una generación, de la que ya vamos quedando pocos... y sólo quedamos los más humildes...



GAYARRE DE PASO

París, Octubre de 1884.

EL sábado, á las ocho de la mañana, me despertó una voz conocida.

¡Y qué voz!

La primera del mundo.

Era la de Julián Gayarre, el cual, como de costumbre, se detenía veinticuatro horas en París para que las pasáramos juntos.

Vuelve de Italia, va á Lisboa. Cantará en San Carlos hasta fin de Diciembre; el 15 de Enero deberá estar en Nápoles y allí pasará el invierno.

Le prometí ir á verle á Nápoles, porque declaró á fuer de hombre sincero, que en el invierno de París tan animado, tan fastuoso, tan abundante en espectáculos y diversiones, y en medio de una sociedad española y americana que, casi casi pone olvido de la patria como vida social, hay para mí dos necesidades del alma que no pueden llenar París, Londres, Roma, Viena,

Berlín, San Petersburgo, ni otra cualquier gran ciudad en Europa. El palco de María Buschental y la voz de Gayarre.

Aquel palco, que es una casa, y cuya dueña es un amigo; aquella voz, que sale de los labios de un tenor, que además es un amigo íntimo, me hacen olvidar todas las penas, contrariedades y amarguras que paso.

*
* *

Gayarre es la esperanza de Vaucorbeil. Más tarde ó más temprano nuestro tenor cantará en la Grande Ópera, y entonces, como el arte que nuestro compatriota cultiva es el que más pronto llega á la multitud, el que el público siente más y el que está más en moda, nuestro orgullo patrio llegará á su colmo, porque después del renombre alcanzado en París por Madrazo, Fortuny, Villegas, Domingo, Vierge, Sarasate, Salmerón, Algarra, Olózaga, Miranda, Palmaroli, Arcos, Calzado, y tantos otros españoles que se han apoderado del idioma y del gusto de este centro del mundo para brillar en él como periodistas, literatos, letrados, artistas, filósofos, hombres de negocios, diplomáticos, pintores, músicos, y cuanto han querido ser, el día en que el cantor navarro, repito, llegue por

derecho propio á la escena de la Grande Ópera, París y su población flotante reconocerán que los elogios de toda la prensa de Europa y América, no han sido exagerados cuando han declarado á Gayarre el primer tenor del mundo.

Una vez, el invierno pasado, quiso mi buena fortuna proporcionarme la ocasión de pasar un rato en aquel *foyer* de las bailarinas de la Grande Opera. Hay que vivir en París para saber las dificultades que se oponen á la entrada de un simple mortal en aquel salón donde cien mujeres bonitas adornadas de brillantes, representan á la Francia moderna en su lado frívolo y á la vez importante. Hay que ser abonado, ó persona de calidad, ó recomendado de la dirección, que se niega á facilitar permisos, ó diplomático extranjero... ¡qué sé yo! Se llega con más facilidad al salón de una Princesa que al de estas señoritas del baile. Verdi, el gran Verdi, fué despedido á la puerta no hace cuatro meses porque quiso entrar vestido de levita.

Cogidos del brazo de Camilo Bloch y á fuerza de súplicas y de referencias entramos dos extranjeros en el *foyer* y pasamos todo un acto allí dentro. Una hora que me diera motivo á muchas *causeries* si no temiera nuevas acusaciones de inmoralidad de estilo por parte de nuestro público.

Y una vez allí, y hablando con éste y con el otro, y con la otra y con ésta, decía yo contemplando el lujo y la grandeza del teatro:

—Todo esto es muy notable, local, bailarinas, decoraciones, óperas; pero falta un artista. Falta Gayarre.

—Tan cierto es eso—observó un abonado hereditario—que la dirección piensa siempre en él; Ambrosio Thomas quiso que fuese él quien estrenase su *Francesca*; pero hay un grave inconveniente en el que ustedes los extranjeros no se han fijado, y que parece absurdo para dicho aquí. ¡Gayarre es muy caro!

—Y así es, en efecto. Los enormes ingresos de la Grande Opera y la subvención oficial, no permiten á la dirección, el lujo de un tenor como el nuestro, que se disputan todos los años cuatro ó cinco empresarios de grandes teatros, dándole cuanto quiere. Hasta la fecha, nadie ha ganado en París lo que Gayarre gana en Londres, San Petersburgo, Lisboa, Viena ó Madrid. Si quisiera volver á América le recibirían en triunfo. Hablando yo con el redactor de un periódico americano, del cual soy corresponsal aquí, sobre los asuntos que convendría tratar en mis cartas, me dijo:

—Puesto que conoce usted á Gayarre, hable de él siempre que tenga ocasión, y aquel núme-

ro en que se le trate bien se venderá doble. ¡En la América del Sud le queremos como á un Sér sobrenatural!

A pesar de lo que el abonado decía, Vaucorbeil haría sacrificios grandes por presentar al público parisiense nuestro tenor, y acaso este día no está lejano. Gayarre, sin embargo, no tiene prisa... Sabe que, á pesar de ser la Grande Opera el *desideratum* de tantos artistas, las compañías que en este teatro cantan las obras, son generalmente medianísimas; la dirección y el público, aunque á los madrileños les parezca extraño, le dan aún más importancia al baile que á la ópera, y en esto hay mucha culpa de la dirección misma, porque no cuenta con un artista verdaderamente *extraordinario*. La ópera necesita á Gayarre y él no la necesita á ella, de modo que debe repetir á sus solas aquello de que lo que está de Dios, á la mano se viene.

En cambio adora á Italia, recuerda sus triunfos de Viena y de Rusia, tiene cariño verdaderamente filial á Madrid... ¡Oh! ¡Madrid! Algo ha pasado en él que ha producido á Julián cierta amarga sonrisa. Yo no sé quien ha dicho en un periódico, hablando de un tenor extranjero, que al cantar los *Hugonotes* había hecho olvidar á todos los que habían cantado antes que Gayarre.

—¡Pronto me han olvidado!—exclamaba hace tiempo...

En honor de la verdad, el patriotismo obligaba á no olvidar; pero en estas apreciaciones particulares no entra el público, aquel público que cuando nos aplaude á todos, autores, actores, cantantes, oradores ó lo que seamos, ni consulta periódicos ni obra más que por sentimiento. No, Madrid es un pueblo artista, hay cosas en la vida que no se olvidan, y aquel silencioso recogimiento del público cada vez que Julián se prepara á cantar la romanza del último acto de la *Favorita*, aquel éxtasis que se apodera de la multitud mientras el canto dura, y aquel aplauso atronador que estalla al terminar la última nota... tienen algo de la primera hora que todos hemos pasado en nuestros primeros amores, algo de la poesía que se siente y no se explica, del sueño que no quisiéramos ver convertido en realidad... ¿Cómo es posible olvidar eso?

Una noche, el otoño anterior, Gayarre vino desde Irún para pasar el día siguiente en Biarritz conmigo; comimos en mi casita del campo recordando nuestros orígenes, nuestras intimidades, nuestros primeros pasos en la vida. Yo tengo por sistema no pedirle nunca que cante. No hay nada que le contrarie más, y cuantas personas le hablan una vez, han de fastidiarle

con la pretensión de que cante para ellas solas. Previne, pues, á las señoras, que de ninguna manera se le hablara ni de tararear siquiera.

La comida se prolongó hasta bien entrada la noche. Estabamos solos, en familia, en medio del campo, oyendo el susurrar de las hojas, y lejos del ruido y la animación de aquel pueblo de moda. Gayarre, otros dos amigos y yo, pasamos al saloncito de junto al comedor para tomar el café y fumar charlando de todo un poco.

La taza de café estaba sobre el piano. Gayarre se sentó, y mientras yo le servía, comenzó á deslizar los dedos por el teclado descuidadamente.

—He encontrado en Italia unas romanzas muy antiguas—nos dijo—pero muy lindas... hay una de un soldado que se va á la guerra y vuelve y encuentra á la novia casada... que tiene una melodía tan dulce... veréis... una cosa así...

Y empezó á cantar á media voz, acompañándose, y una vez comenzado el canto, siguió, siempre á media voz, la romanza toda; y entonces, las señoras se fueron acercando de puntillas al corredor, y los niños que estaban ya arriba, se asomaron también de puntillas, cogidos de las manos del aya, á la barandilla de la escalera; los vecinos de la casita de al lado salieron á las

ventanas sin hacer ruido, y las hojas secas desparramadas por el jardín comenzaron á crujir como cuando llueve, bajo el peso de los pies de los aldeanos que pasaban por el camino y que invadían tímidamente la casa. Y así todos, sobre las puntas de los pies para no interrumpirle, las manos en las orejas, conteniendo el aliento, oyeron la preciosa melodía maravillosamente dicha allí en la soledad del campo y rompiendo el silencio de la noche, de modo que al acabarla resonó un aplauso inesperado, íntimo, salido del corazón de unos admiradores que parecieron surgir de la tierra... ¿Cómo pueden olvidarse estas impresiones?

El artista que produce estos efectos llega á ver que toda Europa le conoce hasta en su vida privada y se desvive por servirle. Una vez le escribió una rusa desde Moscou y puso en el sobre *Sr. Gayarre. Roncal*. No puso en qué nación estaba el pueblo, pero la carta llegó á los seis días. ¡Ya lo creo!

—El Czar quiere que cante usted mañana en el palacio de Invierno—le dijo un empleado de la real casa—en San Petersburgo.

—¡Ah! ¿Él quiere? ¡Pues yo no!—dijo nuestro tenor.

Allí, donde siempre que se nombra al Czar hay que quitarse el sombrero, esta respuesta era

un delito de lesa majestad. Pero el alto funcionario volvió al escenario.

—Su Majestad desearía saber á qué hora tendría usted la bondad de honrarle cantando.

—¡Eso es ya otra cosa!

Su carácter independientísimo se parece tanto al mío, que tantos disgustos me cuesta, que no es extraña nuestra intimidación, aparte de mi admiración como español y como amante de la música, por este tenor excepcional.

Las veinticuatro horas que pasamos juntos enteras cada vez que pasa por aquí, son, como antes he dicho, un descanso, una expansión... expansión sobre todo, aquí donde esa palabra apenas se usa.

La otra noche hacían *Faust* en la Opera.—¿Lo oiremos?—le dije.—¿Pero hombre, es posible oír en calma que á Faust le llamen *Monsieur*?—exclamaba riendo.

¡Ah, Monsieur
je ne suis pas demoiselle!...

¡Y Gayarre tiene razón! Hay cosas que no pueden ser y el francés no es el idioma de la música ni lo será nunca. Cuando Elena Sanz me hace oír el *Lago* como ella lo canta, la poesía de Lamartine no me parece tal. La música, al

viajar por Europa, salta desde los Pirineos á los Abruzzos; si se detiene aquí se pone mala.

Gayarre llegó á Lisboa anteayer. Este tenor sí que será remedio á toda pena, y no aquel médico que se anuncia en Lisboa como curador *dos homes empozoñaos!*



AL DOCTOR THEBUSSEM

PUES yo, señor mío, que sigo con verdadero interés las rarezas interesantes que usted publica y colecciona, voy á añadirlas con unas cuantas, que no le desagradarán si por acaso no las conoce, y si las conoce, perdóneme la falta de novedad en gracia de la buena atención.

Son recetas y secretos que me ha enseñado un compañero de redacción que sabe mil cosas menudas, pero todas útiles.

De fijo que ahí, en su huerta, tiene usted muchas moscas; pues yo le diré á usted con qué las matará sin necesidad de recurrir á ningún veneno, que se lo pudiera beber un perro ó algún muchacho de la casa, porque los chicos son el demonio. No tiene usted más que hacer un cocimiento de *quasi-amara* lo mismo que si fuera para usted ó para mí, si estuviéramos inapetentes. Lo echa usted en un jarrón de los que ador-

narán su salón, cuidando de que los bordes de la vasija queden impregnados, y verá usted cómo todas las moscas irán derechitas allí y se morirán todas.

Las hormigas deben abundar por ahí y hacer daño al jardín.

Receta infalible para exterminarlas: Cójanse conchas de caracoles, quémense con estoraque, pulverícese todo y échese sobre las flores. Esto no las perjudica y ahuyenta á las hormigas.

Pues este amigo mío, que vive en el campo, hace cantar por la noche al ruiseñor sentándose al piano y preludiando unas cuantas notas. El ruiseñor, como los canarios cantores, se deja influir por las notas agudas. Ya lo había yo observado el verano último en una casa de campo de los alrededores de París, donde el ruiseñor solía cantar entre once y doce de la noche. Notando la señora de la casa que hacía varias noches que no cantaba, creyó que había cambiado de sitio. Una noche en que dicha señora se puso al piano y comenzó á recorrer las teclas haciendo escalas en las notas agudas, oímos de pronto al pajarito, que parecía responder á un amigo.

Vaya un plato de cazador que acaso por ahí no conocen ustedes:

Aplástese queso blando, mezclándole con miga de pan y mucha pimienta, hasta hacer una

pasta. Rellénesese con ella una perdiz y póngase ésta al asador, y verán lo que es bueno.

Para conservar el pescado cuando hay que enviarlo de un punto á otro muy lejano:

No hay más que envolverlo en papel de plata, de modo que cubra completamente todo el pescado, lo mismo ni más ni menos que los cigarros de la Habana que vienen forrados de ese papel. Así durará hasta tres ó cuatro días aunque haga calor.

Vaya, ¿á que no sabe usted que la vaca cocida, no en agua, sino en cerveza, es exquisita? Así me lo ha enseñado un diplomático alemán, por el cual sé que éste era el plato preferido del Emperador Federico III de Alemania, que acaba de morir. La Emperatriz Augusta come siempre las anguilas con una salsa en la que el elemento principal es la cerveza, y el Emperador Guillermo, abuelo del actual, prefería á todas la sopa de cerveza.

Esta sopa, según dicho diplomático me ha contado, se condimenta con mucho azúcar; es decir, primero se corta el pan en pedazos pequeños, se le coloca en una sopera *de plata* (no de otro metal, porque no resulta) y se echa encima la cerveza bien caliente.

—¡Hay que saberlo todo!

Ahora, cuando venga el otoño, puede usted

ensayar un postre exquisito. Allá va la receta (esta es golosina bretona): «Cogerás varias hojas de parra y las macerarás durante una hora en aguardiente, echarás por encima un aliño odorífero cualquiera (hierbabuena) ó un poco de eso que llaman en Andalucía *ajonjolí*, arrollarás las hojas como barquillos, las mojarás ó cubrirás en pasta de harina y las freirás en seguida».

En Bretaña también he aprendido cómo se deben llevar los niños de pecho en brazos. Las nodrizas bretonas no tienen nunca el chiquillo en un brazo más de media hora, y en seguida lo pasan al otro. Dicen que si no se hace así, una pierna adquiere más desarrollo que la otra, y casi siempre las cojeras inexplicables de la infancia provienen de que una pierna se ha quedado más corta que su compañera por la presión del brazo de la nodriza durante meses.

Pasando á otro orden de rarezas, voy á copiar para usted un documento curioso que me procuró el año pasado un artista eminente, compatriota nuestro. Es la exposición que los gaiteros del Ayuntamiento de Pamplona elevaron á la Corporación hace algún tiempo. Va usted á ver qué literatura tan excepcional. Copio á la letra:

«Excmo. Ayuntamiento de Pamplona.
»X*** y X*** (aquí los nombres de los dos

músicos municipales) casados, vecinos de esta ciudad, con el debido respeto exponen:

»Que cuando en el año de 1879 fueron nombrados gaiteros perpetuos de la Corporación municipal, llegaron á persuadirse que al servir ese ramo tan necesario en los negocios públicos habrían de ser privilegiados sobre los demás artistas, tanto en miramientos y dignidad como en el pago de salarios por las funciones á que fueron llamados; pero hoy se han convencido de que sus servicios no gozan de prelación y son considerados al nivel de otros gaiteros adocenados que se buscan en los pueblos rurales de nuestras aldeas; así es que al satisfacerles sus trabajos por los festejos celebrados con motivo del natalicio del Rey (q. D. g.) D. Alfonso XIII, ninguna diferencia han encontrado en la cuantía de sueldos ó emolumentos, y á todos los que concurrieron al llamamiento se les ha pagado igual suma.

»Este suceso contrista las esperanzas que tenían los recurrentes, fiados en el mayor mérito de sus trabajos, que han conseguido en fuerza de estudios y vigiliass en el manejo del instrumento que se llama gaita, y cuya potente fuerza han llegado á dominar por virtud del constante ejercicio y asiduidad en buscar los puntos flacos y débiles de la repetida gaita, consiguien-

do que sus ecos potentes se mezclan ya y busquen en una orquesta de teatro ó música militar; y tales adelantos, que desconocen los demás hombres dedicados á tocar aquel antiguo instrumento, bien merecen el privilegio que concedió el Ayuntamiento del año 1879 al considerar á los exponentes dignos de figurar los primeros con sus gaitas en las expansiones que el mismo proporciona á los vecinos de la capital y á la gente aldeana que concurren á nuestras funciones populares. Los recurrentes no son menguados juglares que en lo antiguo se repelían de la sociedad: son profesores consumados en su instrumento ó gaita, particularmente cuando en orquesta demuestran los puntos más culminantes de largos ensayos y estudios sin cuento.

»Por ello, pues:

»A V. E. suplican se sirva tomar en consideración esta reverente solicitud y ordenar que sus trabajos se paguen en armonía al mayor mérito que revisten sobre los demás llamados á tocar la gaita municipal».

(Aquí la fecha y los nombres).

Y ya que le he molestado bastante, y ofreciéndole, si pueden serle útiles, otras varias curiosidades para nueva ocasión, queda de su merced devotísimo.

París, Julio de 1888.



EL CAMINO VECINAL

COMIENZA enfrente de mi casa y va derecho á la Estación del camino de hierro de Anglet.

Es un camino recto; cuidado, llano como la palma de la mano, limpio de polvo y paja.

A los lados forman espeso y continuado muro los zarzales, que ya en estos primeros días de Octubre comienzan á brindar con su maduro fruto á los aldeanos de la comarca, que merodean al pasar, las sabrosas moras.

Diferentes casas de campo y de labor, á cuyas puertas hay siempre muchachas bonitas y hermosos niños medio desnudos, que juegan con los perros, sirven de adorno á esta tranquila vía de comunicación entre la carretera nacional y la *Commune* vecina.

Después de la sencilla comida hecha en familia á la una de la tarde, suelo yo emprender esta corta jornada de veinte minutos, que tie-

ne para mí todo el encanto apetecido después de la agitación de dos meses.

El Otoño, con todos sus aromas y todas sus melancolías, convida á dar estos paseos, que hemos dado en llamar solitarios porque no los ameniza la distinguida concurrencia de la ciudad ó de la playa en pleno Agosto.

El caballejo emprende su carrera á medio trote, y el carricoche, de movimiento duro y acompasado, parece que rueda mejor por este lindo camino, que se separa de la animada carretera de Bayona.

Los perros, que duermen ó juegan al sol junto á las verjas de las propiedades, salen presurosos al encuentro del coche, ladrando con furia y persiguiéndonos durante un corto trecho, á convencerse de que somos los antiguos amigos que más de una vez les hemos arrojado los restos de la merienda en los pinares.

Á la izquierda, á pocos pasos de la entrada, hay una carpintería, en cuyo patio, resguardado del sol y de la lluvia por un cobertizo de madera, trabajan cinco ó seis obreros, haciendo sonar las herramientas que ahogan con su chirrido el canto popular de los trabajadores.

La hirviente cola que agita en un caldero un muchacho, cantando como sus compañeros, lanza el humo indispensable en todo taller, y

el cepillo y la sierra, con acompasado son, parecen el reloj de aquella reunión de gente, que vive allí el año entero, ignorante de las pasiones y de los vicios de la cercana playa.

A medida que avanzamos se va viendo más gente. Aquí encuentro una aldeana que va sentada en su carreta, haciendo labor y dejando caminar á su gusto al pacífico borriquillo que la conduce. Más allá al ciego, á quien lleva de la mano la niña de cinco años, y que, al oír el son de las ruedas, se para en la ladera extendiendo la mano.

Por entre las zarzamoras asoman de trecho en trecho, su rubia cabeza las mansas vacas que pastan en los campos lindantes, haciendo sonar la campanilla con que las adorna el infantil vaquero, cuya voz se oye á lo lejos llamándolas de vez en cuando.

Ya más adelante aparecen en una plazoleta, tapizada de musgo verde, donde aún brilla el rocío de la mañana, las patrullas de ánades, que se forman en fila y avanzan contemplando al viandante, moviendo á compás las anchas patas.

A veces una nube de polvo anuncia que se acerca un caballo, sobre el cual viene montando en pelo, y á todo galopar, un zagalón vasco, con su boina bearnesa echada hacia atrás, y que va saludando al pasar á cuantos vecinos encuentra.

A la mitad del camino hay una senda estrecha y tortuosa, que se extiende hacia la izquierda, dejando ver el principio, pero no el fin. En su verde tapiz de hierba y hojas secas rebuscan las gallinas de algún vecino algo que complete la diaria ración, y el enhiesto gallo, con su rojo birrete y su garboso andar, salta y huye por el zarzal arriba al oír el chascar de la fusta, contemplándome después desde la altura cacareando iracundo. Algunos pasos más, y aparece la pesada carreta que arrastran penosamente los enormes bueyes envueltos en la red que les preserva de moscas y avispas. Colmada va de heno, en cuya altura se ve tendido, boca arriba, con las manos cruzadas tras de la nuca, al carromatero, que va dormido, dejándose llevar adonde los bueyes le lleven.

Continúa el camino solitario un gran trecho. Nada turba la paz del campo, dorado por el sol de Octubre, cuyos resplandores se extienden sobre los maizales, entre cuyas varas se vislumbra el ancho sombrero de paja de la labradora, que desaparece de cuando en cuando bajo las panochas de anchas hojas. Allá, á lo lejos, se ve la banda de codornices que huye espantada. Suena un tiro; luego otro. Los perros atraviesan corriendo el camino.

Acá se deja ver un hombre, á la derecha que,

al oír el son de las ruedas, deja el medio del camino para irse á la sombra de los morales, volviendo la vista para convencerse de que no ha de ser atropellado.

Le conozco á distancia. Conozco su kepis militar, y su levita verde de uniforme, y su cartera colgada de los hombros cayendo hacia el costado izquierdo. Es el cartero.

Es el peatón del campo, con su paquete de cartas y periódicos excedentes de la cartera, que también va colmada. Es el mensajero de alegrías y penas, esperado siempre en estos voluntarios retiros, á donde sólo llega la voz del mundo en papel manuscrito ó impreso. Más de una vez ha querido detenerme anunciándome cartas de París ó Madrid, que yo me he negado á recibir, rogándole me las dejara en casa, porque en estas horas de las melancólicas tardes de Otoño yo pongo empeño en aislarme de todo lo que sea movimiento y ruido mundano.

Y, sin embargo, el pensamiento vuela; y al dejar atrás al peatón, la mente se transporta, siquiera sea por un momento, á Madrid, á París, al hogar materno, á la reunión íntima de los amigos... Se ve á las personas queridas allá en el suelo patrio; se oye dentro de uno mismo el ruido de los coches de las grandes calles, la animación de los cafés, el aplauso de los tea-

tros, el rigodón de la *soirée* primera... Pero olvidemos, olvidemos; el caballejo remolón parece que se entera de nuestras distracciones... ¡Andando! ¡Arre, perezoso!

Y el camino vecinal se va acabando poco á poco. Ya se ve la casita blanca, á cuya puerta hace calceta la viejecita, viendo correr á su alrededor á los rubios nietos, que se persiguen por entre las ramas de los castaños. Ya se divisa el palomar de la casa de enfrente y se oye el revoloteo de las tórtolas, que lanzan triste arrullo; un poco más, y la Virgen blanca asomará... hela allí, á la derecha, coronando la fachada del convento. ¡Salve, Señora nuestra!

El caballo apresura la carrera, sin necesidad de que se le hostigue; estamos ya en la Estación del camino de hierro, el tren acaba de pasar, el guarda-agujas abre la verja de madera, y el cochecillo atraviesa los rails con estrépito, salvando la línea férrea para pasar al camino de enfrente. Subimos la cuesta á todo trote; pasamos junto á la posada; dejamos atrás las blancas bardas de las casas primeras, por cuyos rebordes asoman los álamos y los plátanos, que han crecido en un año como niños en libertad... A veinte pasos está la entrada de *Notre Dame*, que es un camino cuidadosamente replanteado y por el que ya se divisan hermanas vaqueras

y monjas pastoras... Aparece un escuadrón de ánales, que se dispersan al vernos; dejamos á la derecha la gran plaza con su templo grandioso, blanco como la nieve, en cuyo coronamiento está la santa imagen con las manos juntas, dominándolo todo...

Torcemos á la izquierda; el caballo sabe ya el camino y vuelve sin que la rienda se lo avise. Una vez doblada la esquina, entramos por un largo paseo, que forman dos filas de plátanos, cuyas ramas se juntan formando la más grata sombra que puedan desear los solitarios habitantes de la gran casa que ya divisamos al fin, de arquitectura vulgarísima, pero grande, severa, llena de ventanas en los tres pisos... Es la *pensión*... la pensión con su amoroso pinar al lado, su jardín de entrada, sus tapias blancas y su soledad atractiva: ¡la *pensión*, que ya está ahí y aún parece lejos! El viento remueve las hojas de los árboles, que empiezan ya á desprenderse, cayendo perezosas... El caballo trota, trota cada vez más y agita la cabeza como regocijado; salvamos la distancia; llegamos á la puerta grande, siempre cerrada, y á pocos pasos el inteligente animal se detiene junto á la puerta chica, volviendo la cabeza para mirarme, como invitándome á bajar. Suelto las riendas; salto apresurado; franqueo los santos um-

brales; el jardinito está desierto; á la derecha hay una campana, de la que pende una larga cuerda; mis manos se apoderan de esta cuerda con impaciencia nerviosa; la campana suena; la hermana portera aparece un momento, y así que me ve se aleja presurosa; va á avisar... Mientras vuelve, oigo dentro los acordes de un piano, que una mano infantil hace sonar con dulce lentitud... Apoyado en la verja que separa el colegio del mundo, veo allá á lo lejos un bulto negro, que viene corriendo... Es *ella*, mi Rosa, la reconozco; adivino los lazos azules del cuello, que se agitan al impulso de la carrera; dobla la esquina; desaparece; va á venir por la sala de las visitas, me acerco á la puerta; ya suena la cerradura presurosamente abierta... ¡ahí está!

El piano de adentro suena más; sus notas son más delicadas; la niña salta los tres escalones y me arroja los brazos al cuello, y al impulso de este abrazo filial caemos unidos en el banco de piedra cercano, y allí, sobre mis rodillas, recibiendo mil besos á la vez, nos confundimos en silencioso abrazo, mientras en torno nuestro no turba la escondida dicha más ruido indiscreto que la dulce melodía cercana y el constante resonar de las hojas, que van cayendo á nuestros pies al impulso de la brisa de Otoño...

Anglet, 10 de Octubre 1888.



MIS NOCHEBUENAS

(NOTAS ÍNTIMAS)

ME pide el entrañable amigo Moya un cuento de Nochebuena para *El Liberal*, periódico que es para mí como un hogar de familia, que recuerdo por las noches en el *Figaro*, cuando comparo mis afecciones españolas con mis afecciones francesas. ¡Oh quién me diera— exclamo á veces en español (y mis compañeros de por acá se quedan con tanta boca abierta)— estar ahora en la calle de la Almudena entre Cavia y Moya escribiendo cuartillas y cenando mi buen jamón y mis almendras tostadas, y echando por aquella boca, entre mi familia literaria!

¡Un cuento! No; un suspiro patriótico, una sucesión de recuerdos, una serie de estudios comparativos. Alarcón escribió *La nochebuena del poeta...*; pues á mí me da hoy la gana de escribir las mías.

Español y nada más, independiente por carácter, trato y me codeo, y me complazco en ver aquí á todos los españoles, blancos y negros, liberales y conservadores, ricos y pobres, modestos y vanidosos. Desde el millonario hasta el emigrado, desde el carlista hasta el anarquista, todos me parecen unos. ¿Qué me importan á mí los cambios políticos y las diferencias que entre unos y otros existen? Fuera de España yo no soy más que un grande agradador de todos los Segismundos que hablen mi lengua y sientan como yo.

Por eso mis nochebuenas han sido tan diferentes en once años.

De las cien invitaciones que recibo, elijo cada año una diferente, y una cena anual me hace recordar nuestra manera de ser en tal día del año.

Porque nosotros los españoles, tenemos, además de otras muchísimas buenas cualidades, la de saber solemnizar las fiestas del calendario.

Yo voy á donde se coma besugo y turrón y se cante el clásico *carrasclás*, y se brinde por la patria. Tiempo me quedará todo el año de hablar francés y escribirlo y oirlo, y hacer como que me convenzo. Pero, como dicen en Filipinas, *yo cuidao!*

Mis primeras nochebuenas las pasé con don Manuel Ruiz Zorrilla, en el año de 81. ¡Qué diablo! Las diferencias políticas, las cosas que les pasan á los hombres, las miserias humanas y los derechos divinos, todo eso que se llama la política, y que, según mi ilustre amigo Magnard, es una cosa inmoralísima, porque nadie sabe hoy lo que será mañana, no me han impedido nunca querer muy de veras á este hombre de bien, patriota si los hay, español á machamartillo, que nos dió hace once años una cena de familia á todos los que estábamos sin ella en París, y que éramos lo menos treinta. Allí se brindó por todos los grandes ideales de la humanidad, y, como dijo mi inolvidable amigo Becquer:

recuerdo que aún tengo la ropa á secar,

sin perjuicio de reconocer la buena fe de los que aún esperan desde hace dieciocho años. ¡Y... quién sabe! Ocho embajadores he conocido en estos once años, y aquí me quedo esperandó al que nos envíen alguna vez D. Carlos ó el Petróleo. Nadie puede decir de esta agua no beberé, y todo pasa, y sólo Dios es eterno, decía Santa Teresa.

Pues aquella noche, D. Manuel nos rehizo la patria en París; nos creímos durante cuatro

horas en pleno 68, y la cena no nos hizo daño por eso.

Mi segunda nochebuena se pasó... en un palacio.

También aquí hay palacios, y reinas que son eternamente españolas, reinas que viven aún, de lejos, la vida del país donde nacieron, y sienten y hablan en español, y suspiran, como yo, por la Virgen de la Paloma y por las rosquillas bañadas de la plaza Mayor, y hacen de su mesa, mesa nacional, donde se come siempre el arroz á la valenciana, y las criadillas (plato desconocido en Francia, y que, cuando se les explica á los franceses, dicen que no lo comerán jamás, porque les da lástima del buey); y el buen pajarete, y el clásico arroz con leche. Allí se piensa siempre en el país, y se recibe á todo español con los brazos abiertos, y se hace el bien por el gusto de hacerlo, y no se echa jamás en cara, y la casa tiene color de familia y se vive del corazón, y la dueña de la casa tutea á todo el mundo y le dice, empujando al hablar y metiéndose en el alma:—Porque ¿tú sabes? yo soy así, y el que no me quiera, que no me quiera, y lo que siento allá va, y conmigo se cuenta siempre, y á española no me gana nadie! Y recuerda, sin saberlo, el cantar que dice:

«Me dijiste bajando
por la escalera:
¡como por tí no quede,
por mí no queda!»

Y en los grandes días del año, la patria surge como por ensalmo allí, y se olvida todo, revoluciones, guerras civiles, grandes catástrofes nacionales. Esta segunda nochebuena fué tan memorable como la anterior, y los dos patriotas eran vecinos.

La tercera... la pasé en casa de un *indiano*, un tipo originalísimo, que, como ya se ha muerto, no se ofenderá porque se lo diga. Supongo yo que los muertos no oyen nada, con permiso de Aristóteles y de Papus. Este hombre había salido de España el año 38, por carcunda. Había hecho una fortuna en la América del Sur, y vino á Francia á pasar un invierno. Se instaló en grande, y quiso celebrar la nochebuena á la española.

Mire usted, me dijo; va usted á organizarme una fiesta nacional, porque yo estoy rabiando por volver á mi país, y entre tanto quiero que tengamos una nochebuena esencialmente española.

Y allá fui yo con una escolta de guitarristas y cantantes y bailadoras, y me cargué de comestibles y *bebestibles* del país, capaces de

acabar con el estómago de todos los concejales del Ayuntamiento de Madrid y de todos los diputados franceses. Eramos cincuenta *cenadores*, todos españoles ó americanos, y al son de los panderos y de las zambombas, traídas expresamente de Madrid para el caso, bailaron juntos los viejos y los niños, y se representó en un nacimiento con sus pastores de barro y sus surtidores de agua natural, y sus reyes magos y todo, una escena de *Chibatón en la selva encantada*, drama tan popular entre la gente menuda, como lo es el *Don Juan Tenorio* entre la grande, y se repitió aquello que le dice San José al Diablo:

...Ya te conozgo,
que se te va la coleta
por debajo del ranglán!

Y el indiano, que llevaba veinte años de hablar inglés en los Estados Unidos, ó griego en nuestras antiguas Américas, lloraba de gusto y decía, como todos los que vienen de por allá:

—¡Lindo, lindo! Mire como se divierten los mocositos y como conversan ellos de las cosas del *páys* (acento en la *a*).

Y la señora, amabilísima, indicando el camino del comedor, le decía á todo el mundo:

—¡Vengan á tomar!—Y allí se ostentaban

recordando la fraternidad hispano-americana, los pavos trufados y el jamón, las chirimoyas venidas de lejos, el aceite de Ojén y el café de Caracas. Las doncellas, cogidas de las manos, formaban ronda dejando á los niños en medio, y cantaban todos juntos aquello de

Yo tengo una casa
para la Tomasa,
yo tengo un clavel
para la Isabel!

Y las personas mayores, aunque vestidas de frac y corbata blanca, y las señoras descotadas, cogían la clásica pandera, y con vivas á España, repetían el coro infantil:

Yo tengo una casa
para la Tomasa,
yo tengo un clavel
para la Isabel!

Después se leyeron versos de Grilo y de Zorrilla y se cantaron villancicos; y para que mi amigo recordase su infancia, y con ella las oraciones olvidadas, le acosté los niños haciéndoles coro los míos, recitando las cosas místicas de los niños españoles:

Señora Santa Ana,
señor San Joaquín,
guardadme mi sueño
que voy á dormir...

Cuatro esquinitas
tiene mi cama,
cuatro angelitos
que me la guardan.

Dos á los pies,
dos á la cabecera,
la Virgen María
es mi compañera.

Y allá dentro se oía el coro:

¡Carrasclás, qué niño tan guapo;
carrasclás, qué gordito está!...

La cuarta nochebuena se pasó en familia; la cena la presidió la madre amorosa, cuyo fin avanzaba... La muerte estaba sentada en el primer rellano de la escalera y nos dejó aquella noche libre para brindar por la santa mujer á quien los nietos ofrecían Champagne, que ella rechazaba porque no era vino español. Alma patriota, que vino á Francia á despertar en nosotros el amor de la tierra natal! En Alsacia dan nombres á los inviernos según el suceso magno que en ellos ocurre. El «invierno de las cigüeñas, el invierno del judío polaco...» Para mí el de 1884 se llama el «invierno de doña Rosa.» Doña Rosa no quería reconocer las grandezas de París, no quiso nunca hablar francés, tenía el odio aragonés, era la representación viva de las mujeres del sitio de Zaragoza. Aquella noche fué

solemne, conmovedora... El brindis maternal fué como un testamento: «¡Las riquezas no importan nada, los honores y las vanidades son el sueño de los tontos; sed siempre cristianos, sed siempre honrados, sed siempre españoles!» Y se alzaron los vasos y corrieron las lágrimas y la muerte subió hasta el segundo rellano...

La nochebuena siguiente la pasé en Madrid, en casa de Castelar. ¡Oh! Ésta fué de las magnas, porque este entrañable amigo sabe solemnizar las fiestas nacionales, reúne á los suyos, rinde culto á la tradición: es la patria hecha hombre. Mi buena fortuna quiso que el día 24 de Diciembre estuviese en Madrid, y allí, en el comedor de la calle de Serrano, evocando recuerdos y arreglando el mundo, se pasaron deliciosamente las horas. Dichoso país el nuestro, en que la política que los hombres hacen no ha influido nunca en sus afecciones personales! Esto sólo se ve en España, y hay que reconocerlo como gran cualidad de los españoles.

Allá, en Flandes, á donde me llevó un asunto particular, me sorprendió la nochebuena siguiente: y en medio de la plaza del Hotel de Ville de Bruselas, que es sin duda una de las grandes impresiones de viaje del mundo, pensaba yo á las cuatro de la tarde: ¡Solo! ¡Dios mío, solo en un hotel en una noche como ésta!...

Caía el sol, parecióme ver aparecer en las ventanas del Ayuntamiento la figura del Duque de Alba, presidiendo á la ejecución los condes aquéllos... La plaza es un sueño, es la evocación de todo un siglo... Para un español, Bruselas es la España antigua... ¡Solo! ¡Solo aquí!

Algún ángel que vela por mí me mandó, sin duda, acercarme á un grupo de obreros, y oí estas palabras en español:

—¡Qué quieres! Está uno solo, pasaremos la noche tú y yo; si quieres, traeré á la *chica*.

—Sí—decía el otro,—pero la *chica* no es familia.

Sin más ni más, y como movido por un resorte, me metí en el grupo diciendo: buenas tardes, señores.

Fué un cambio de sorpresas.

Los dos obreros, que estaban en un grupo de belgas, me contestaron, pero no francamente. Era natural que la presencia de un extraño les alarmara, sobre todo en un país donde el obrero es vigilado. Saqué mi tarjeta y la dí. Uno de aquellos hombres me conocía; no es extraño, ni debo decirlo por vanidad; pero en treinta años de emborronar papel y de escribir en varias lenguas, ¿cómo no ha de conocerme mucha gente?

Propuse una cena. Así como lo digo. ¿Cuántos españoles pueden ustedes reunir?—De *ami-*

gos, somos nueve.—Los había tipógrafos, corretores de comercio, mineros sin trabajo. Dos carlistas, un republicano, seis indiferentes. Todos ausentes de España desde muchos años; todos pensando en sus familias y convertidos, por el momento, en familia mía.—¡A las once de la noche en el hotel de Flandes!

El hotel de Flandes es el más aristocrático de la ciudad y el dueño no quería permitir la entrada de los obreros. Me tomó por un loco cuando se lo propuse. Fué preciso preparar un salón aparte; la cena costaría muy cara, ¿qué me importaba á mí? A las once en punto llegaron todos, limpios, aseados, vestidos de negro. Les hice un discurso patriótico, les recordé sus hogares y sus familias; más de uno se conmovió hasta el extremo de llorar... Uno de los emigrantes, no se cuál, levantó una copa y dijo: —A lo que todos deseamos.—Brindé.

Las dos otras nochebuenas que siguieron á ésta no tuvieron gran *saliente*, como se dice ahora; la antepasada la celebré en la embajada española. Los diplomáticos la suelen llamar la casa del Rey; yo la llamo la casa de España. La bandera amarilla y encarnada está á la puerta, y la bandera no es propiedad de uno, es de todos.

Era embajador el que vuelve ahora, un hom-

bre de estado salido de nuestra profesión, periodista, literato, orador, excelente amigo, español si los hay, popular entre la colonia. Su señora es la única posible en esta casa oficial, por donde han pasado tantas vanidosas. Se brindó por el Rey, por la Reina, por la Patria, por todo lo que hace vibrar el sentimiento nacional, como siempre que se está al lado de tan buenos amigos.

Este año... ¡oh! este año he de hacer las cosas en grande, y después de reunir á la familia en torno mío, he de organizar mi árbol de *Noël* internacional y distribuir los regalos de año nuevo para enviarlos á Madrid. Ya están preparados y con las etiquetas puestas. Como han de ir por el correo y yo conozco á mi gente, temo que se pierdan, y por eso los publico con anticipación. Así, pues, enviaremos desde aquí por *colis postal*:

Al conde de Casa-Miranda un tratado de domesticar leones para cuando vuelva á ser subsecretario con el propio cosechero.

A Emilio Castelar un paquete de enhorabuenas.

Al Marqués de Cerralbo un álbum con mil firmas de artistas expatriados que dicen todos que se va á armar... y *bien puede*.

A D. Francisco (cuando digo D. Francisco,

digo Romero) una caja de pastillas de Géraudel para poder discursar este verano por esas costas.

A D. Práxedes la maquineta de afeitarse solo, que es muy socorrida.

A D. Segismundo, varios autógrafos de Bismark, Crispi, el emperador Guillermo, el Papa y Mlle. Yvette Guilbert.

Al maestro Arrieta, la partitura de *Rascón y Danvila*.

A la Srta. Guerrero, una fotografía de Susana Reichemberg, con esta firma: Reichemberg, de la Comédie française... si vous le permettez.

Y los demás regalos los cantaremos á coro al son de las zambombas y los panderos, parodiando aquellas coplas de marras:

Una hermosa dalia
para doña Eulalia;
un tarro de miel
á doña Isabel;
un saco de *cisco*
para D. Francisco,
y un cajón de pasas
para D. Manuel!

París, 22 de Diciembre de 1893.



LA CARMEN

EA otra noche, en el *Figaro*, hubo, organizada por mí, una fiesta española.

Cantaba Gayarre, daba á conocer Massenet fragmentos del *Cid*, tocaban los bandurristas madrileños y bailaba la *Carmen*.

La *Carmen* en París, porque en Madrid se llama la Adela.

Es aquella Adela Iglesias, la hermana menor de las tres famosas por lo bonitas. Encarnación de la sal de Madrid, representación de nuestro baile popular, algo, en fin, que á mí me saca de mis casillas y que después de un mes pasado en la madre patria, parecía ser una prolongación del placer experimentado en mi tierra.

Apareció radiante de color local, con sus flores en la cabeza y su pañolón de Manila bordado de flores, los brazos en jarra y la sonrisa en

los labios, esperando las primeras palabras del *zapateado* que iba á cantar el maestro Giró, para jalearse aquel cuerpo salado.

—¡Ole!—grité.

Blowitz, la Patti, Massenet y Magnard, vuelven la cabeza y me miran. ¿Qué quiere decir ole? ¡Vaya usted á traducir estas cosas! *Ole...* es *ole*, no tengo tiempo ni ganas de explicar lo que nadie puede entender sino los españoles que están en la sala, y que comprenden por qué he de turbar la solemnidad de la fiesta con una exclamación que sale del alma...

La Carmen sale por *zapateado*. El cuerpo es esbelto, los pies diminutos, las anchas caderas se retuercen y tornan y giran en movimientos nunca vistos, y todas las manifestaciones del amor español íntimo y escondido, salen á vistas en desviaciones y maneras que excitan á la juventud y despiertan á la vejez allí en diferentes celebridades representadas. La gitana de Sevilla y la chula madrileña van apareciendo sucesivamente en los diferentes cambios del cuerpo que se agita en revueltas fantásticas, completamente nuevas; no es aquello el baile francés correcto y clásico, ni el italiano elegante y movido, es nuestro país que baila y ama y sonrío y amenaza y confunde y domina.

¡Oh, qué ovación tan espontánea y tan sincera!

ra! Dijérase que aplaudían los corazones. La seriedad oficial tuvo que olvidarse por un momento. El embajador de su Majestad Católica aplaudía. La nación, representada en banqueros, periodistas y particulares, se dejaba llevar por los acordes de la guitarra y las caderas de la niña bonita.

—¡Ole!—dijimos ya dos ó tres.

Y los franceses comenzaron á exigir la explicación de la palabra.

—¿Por qué no? Mientras el entreacto nos prepara para emociones nuevas, voy á tener el honor de explicar á ustedes esas tres letras.

La Carmen me extasía, me excita, me conmueve y me trae á la memoria el Guadalquivir, la feria sevillana, la calle de Toledo en Madrid, las verbenas, la chula que va á los toros, España, mi patria, mis aficiones y mis alegrías...
¡Ole!

—Pero...

—¿Que eso no es una traducción? ¡ya lo sé! Los italianos dicen *¡bravo!*, los franceses dicen *¡bis!*, los árabes dicen *¡tae!*, y sin embargo, estas palabras sueltas no quieren decir sino que se desea la repetición de lo que nos agrada. El *¡ole!* es algo más. El *¡ole!* es satisfacción íntima, resumen de elogios en tres letras, recuerdo del país que nos vió nacer; equivale, por ejem-

plo, á decir: «Bendita sea tu madre, alza parriba, venga de ahí, adelante con ella, toma circunstancias, échalo *tó*, uy, uy, uy, las niñas bonitas, viva España, no te me pares, vamos andando, quién te quiere á tí, maldita sea mi suerte, ahí va Madrid, desnudita vengo, la sangretorera, que siga y que dure, *ole, ole, ole!*»

Los franceses estaban asustados. No comprendían una palabra; sin embargo, hay un idioma universal que no consta en gramáticas y que se aprende en los ojos, en el acento, en los movimientos de las manos. Yo podría explicarme mal, pero mis palabras se comunicaban como por una corriente magnética.

Y la Carmen volvió á salir y se preparó á bailar el *Vito*. Con el diminuto calañés en la cabeza, los brazos serpenteando alrededor del cuerpo garboso, mi resalada compatriota mataba la araña, por más que los franceses no veían la araña ni comprendían cómo la mataba. Daba la vuelta entera al tablado con deliciosos remangos de falda y se retorció como una culebra, trastornando sentidos. Como movidos por un resorte, los corazones palpitaban, los ojos se abrían desmesuradamente, la chiquilla tornaba y volvía, y ya todos éramos unos. Al acabar, mi *ole* fué el primero, y sin entenderlo ni discutirlo, sin saber por qué ni para qué, los espectadores

todos prorrumpieron en la exclamación nacional: ¡Ole, ole, ole!

Desde aquel momento, el *ole* ha quedado consagrado, y, ó poco hemos de poder, ó hemos de incluirlo en la primera edición del Diccionario que prepara esta Academia, para que conste en él una palabra que por singular composición se siente y no se explica.

La *bailaora* y el *ole* irán siempre juntos en la patria del can-can y del baile con argumento; porque este baile español, excepción del arte por el arte y reproducción muda de nuestras pasiones escondidas, ha de hacer su camino, como todo lo que habla al alma. Tiempo hacía que pedíamos á la madre patria una expresión de sus más íntimos recuerdos, y ahí está. La Carmen viene á despertar en nosotros el sentimiento de nuestras costumbres populares, el amor del país que siente y que ama, el recuerdo de aquellas expansiones que constituyen el modo de ser nacional... Parece que no, y el baile puede ser algo muy importante. Al compás de la copla que dice:

Cádiz no se llama Cádiz
que se llama relicario
porque tiene por patrona
á la Virgen del Rosario,

La Carmen baila lo que bailaban al son de

los cañones de Soult las gaditanas del tiempo
glorioso. Cuando el que las jalea diga

Toma castañas
verás qué gusto tienen
á resaladas...

el buen pueblo de *Madrid* se nos aparecerá al
son de las seguillas y viviremos lejos y cerca del
sol madrileño y de los ojos que dan vahidos...

¡Salve! decían los antiguos.

Los modernos decimos *jole!*

París, 1886.



EN EL CEMENTERIO

EL carácter francés tiene grandes cualidades, y una de ellas, á mis ojos, consiste en el culto que los franceses rinden á sus muertos.

No iréis á ningún cementerio de París, ya sea día de fiesta ó de trabajo, sin hallar siempre mucha gente, público simpático, mudo, triste, melancólico, que va allí á cuidar la tumba de sus seres queridos sin ocuparse de otra cosa.

Dijérase que todos los que vamos con frecuencia nos comprendemos con una mirada. La juventud, la hermosura, la elegancia, nada nos llama la atención. Si al cruzar una calle de sepulturas un hombre y una mujer se encuentran cara á cara, no se miran como lo harían en la calle ó en un salón. La atmósfera de los muertos disipa todo sentimiento mundano.

Aunqu yo hubiera sido muy rico, no habría

hecho enterrar á mi madre en el Père Lachaise, inmensa ciudad de tumbas magnificas, donde la vanidad ajena puede distraer del dolor que requiere recogimiento. Los cementerios humildes me encantan. Losas funerarias, cruces y flores. ¿Para qué más? Elevar un monumento suntuoso sobre el cadáver de un sér adorado, es acto de soberbia que se compadece muy mal con la poquedad del sér humano.

Qué agradable tranquilidad la que se respira en este Camposanto del barrio de Clichy, á la sombra de los frondosos árboles de la plazoleta que rodean los sencillos monumentos elevados por los que quedaron á los que fueron!

Mi madre está allí; su cuerpo reposa bajo un sencillísimo jardín que mis amorosas penas han creado. Los heliotropos y las margaritas se entrelazan con las campanillas y los jazmines. En medio se alza la naciente palmera que sus santas manos cuidaban en el salón y que hemos trasplantado á la sepultura. Dijérase que del fondo de la tierra se eleva aquel hálito puro dando su vida á las flores.

La tumba está allá, al fin del largo paseo en que el cementerio termina. Por detrás de la tapia se oye pasar con profano estruendo el tren, y el humo de la locomotora penetra á veces en el sagrado asilo. Después, queda todo en calma

y sólo se oyen las tímidas pisadas de otros tristes como yo, que van con su modesta regadera en la mano á cuidar el jardín de la madre, el hijo ó la esposa.

Santa paz, refugio adorado de las almas tristes. Bien sé yo que el alma voló á otras regiones y que el culto á la materia, que ya será pasto de las orugas, no es si no refinamiento de pesar íntimo ó incurable; pero allí, en el hoyo profundo que ahora cubren las flores, la vi caer y desaparecer para siempre. Allí está, aunque no esté. Lo que en esta miserable vida vemos, oímos y tocamos, los labios que buscaron mi frente, las manos que me enseñaron á andar, los ojos que siguieron mis pasos en la vida, cayeron en aquel hoyo negro que á paletadas de tierra cubrieron indiferentes extraños en tristísimo día.

Por eso mi salón, mi teatro, mi biblioteca, mi gran mundo, cuanto representa la vida material, está allí y á ello me llevan sin querer los pies que me arrastran hacia lugar tan preferido. ¿Dónde pudiera estar mejor, sino junto á la sombra de la única amiga sincera?

Es aquel el único lugar donde mi corazón no se siente morir, como le sucede al tornar al bullicio de la ciudad, que es inmenso desierto desde el día de la soledad que sin consuelo lloro.

Contemplando la tierra que la cubre, paréceme que la siento latir debajo. Su amor maternal en el silencio de la muerte, despierta en mi memoria los versos del poeta:

*¡Oh, qué amor tan callado el de la tumba,
qué sueño el de la muerte tan tranquilo!*

Sueño y amor dulcísimos á ningunos otros parecidos, amores desinteresados, cariño que ya en nadie hemos de hallar, muerta aquella cuyo solo nombre es calificativo de todas las cosas grandes. «La madre tierra, la madre patria». *¡Madre mía!* Suprema expresión de ternura ó dolor, de creencias ó de esperanzas. *¡Madre mía!* decimos á la Virgen, cuyo gran encanto divino es ser Madre de Dios. *¡Madre mía!* resuena por doquier en el sangriento campo de batalla. Yo no hallo ya respuesta para esta exclamación, yo estoy solo.

Al encontrar al paso tumbas y sepulturas, he podido observar cuán diferente es la tristeza humana expresada sin un epitafio, según se aplique á tal ó cual sér. Las inscripciones de padres, hijos ó hermanos, no expresan el inmenso dolor que se observa en todas aquellas que anuncian una madre perdida. Los viudos son poco expresivos para sus esposas; los hijos todos son poetas.

Cuatro días há, que no lejos de la santa sepultura que mis hijos visitan todos los domingos, estaban enterrando á un pobre. En la fosa común caía la negra tierra sobre un féretro de madera sin pintar, y toda una familia de obreros en silencio contemplaba con ese dolor mudo que da frío en el alma, la tristísima operación postrera.

Hombres, mujeres y niños seguían el movimiento de las toscas manos que arrojaban á compás las paletadas. Inmóviles y callados, todos aquellos prójimos afligidos me interesaban y á ellos me atrajo la simpatía instantánea que se crea entre los desgraciados.

Cuando ya el féretro desapareció y la familia toda comenzó á retirarse, me atreví á acercarme al que me pareció más abatido y aun á dirigirle palabras de consuelo.

—Ya ve usted—me dijo aquel hombre, que era el viudo de la pobre obrera que acababan de enterrar—la desgracia es así, nunca viene sola. En un año he perdido mi modesto capital, dos hermanas, un hijo, ahora mi esposa. Mi madre dice que nos han echado una maldición...

—¡Ah! ¿Pero tiene usted aún madre?—exclamé.—¿Pues de qué se queja su corazón? Trabajando podrá usted recuperar lo perdido, acaso dentro de un año esté usted casado otra vez y

la mujer le dará nuevos hijos; pero si esa madre que aún vive desaparece, ¿quién la reemplazará? Y el hombre acabó por convencerse.

Y me separé de él, viéndole alejarse con íntima envidia. Un hombre que tiene madre, me decía, un hombre que aún puede ser dichoso. Allá en España cantan:

Ya se me murió mi madre,
ya se acabó mi ventura,
nadie sabe qué son penas
mientras su madre le dura.

Yo he desafiado siempre á la adversa fortuna. La vida es batalla, la lucha es inevitable, desdichado de aquel á quien le vencen las amarguras. ¡Ay! Pero estas penas no tienen defensa, este dolor es el único que no consiente lenitivo...

París, Octubre de 1885.



EL ARTE POR EL ARTE

EL tiempo que hace que yo no vea osos madrileños!

Ayer ví uno. Uno que me recordó mis buenos tiempos de estudiante.

Un *oso* en toda regla; embozado en su capa, pegado á la esquina, mirando al balcón del cuarto bajo, detrás del que estaba *ella* bordando un pañuelo.

Y según me dijo un vecino, este enamorado lleva haciendo tal vida *seis* meses.

Hacer el oso á la bellísima compatriota y paisana durante medio año; esperarla cuando se sabe que ha de salir á misa; pasearse por la acera con frío y calor, mirando hacia arriba... este, este es el amor clásico y tradicional que lleva derecho á la Vicaría después de meses y años de pasión con buen fin. Alegrémonos—me dije observando al simpático joven—podrá Es-

pañá variar de Constitución, de gobiernos y de sistemas políticos. Continuarán sus campos yermos, sus árboles por tierra, su industria agonizando, su comercio paralizado y víctima de las perturbaciones políticas; pero su sol y sus pasiones no han variado. ¡Patria, te reconozco; *oso*, te saludo!

Porque, después de todo, aquella facilidad con que el amor se ejerce en las capitales de dos millones de almas, donde el ideal del amor apenas existe, no satisface á corazones españoles. Verse, hablarse y entenderse es todo uno; la mujer, menos considerada por el hombre que aquí, no es objeto de una corte asidua y platónica... ¡Platonismo! ¡Buena anda Europa para perder tiempo en amar! Ni los hombres están por eso, ni las mujeres comprenden que se pelen pavas.

—Diez años, señora, diez años están á veces en relaciones un hombre y una mujer españoles que han de casarse—le decía yo en cierta ocasión á una amiga mía parisiense.

—Pero, ¿qué hacen en esos diez años?

—Se aman.

—Pero, ¿qué se dicen?

—Se preguntan si se quieren y se responden que sí. Además de verse, se escriben todos los días.

—¡No puede ser!

—¡Vaya si puede ser!

—¡Enfermarán!

—No diré que no, pero entre nosotros el amor por el amor constituye la base de nuestra vida. Nos queremos á distancia, de balcón á esquina, de rejas adentro á rejas afuera: ¡si usted viera *pelar la pava!*

Y aquí entraban explicaciones que no entendía la pobre mujer.

—¿Qué pava es esa, y cómo se pela?

—Se pela de noche, lo mismo en Sevilla que en Madrid, y se pela de diferentes modos, por eso dice aquel cantar nacional que

¡Eso de pelar la pava
tiene mucho que entender,
unos la pelan sentados
y otros la pelan de pie!

De pie, sobre todo, es más sabrosa.

El oso de ayer no se contenta con ser oso de día, es pelador de pava mientras las gentes duermen. Ya le he sorprendido dos noches, siempre embozado en su capa y con el sombrero hasta los ojos, las manos en los hierros de la reja del cuarto bajo y cuchicheando con la niña bonita.

Por muy bajo que hablen, los oigo al pasar:

—¡Anda, dímelo!

—No seas tonto.

—¡Dímelo, por Dios!

No es cosa de detenerse, pero yo sigo andando, convencido de que *se lo dirá*.

Y sé lo que le dirá también. Le dirá «te quiero,» no una, sino mil veces, y el hombre sentirá un escalofrío interior, algo que vendrá, aunque en sentido honesto, á comprobar la definición que Plinio daba de la pasión alma del mundo. «El amor no es más que una débil convulsión.» Para mi oso, á quien envidia más que á los millonarios y poderosos de la tierra, porque esas impresiones ni se sienten, más que una vez, ni se dan como los gobiernos de provincias ó las encomiendas de Isabel la Católica; para mi oso, repito, las horas de pava pelada, son de felicidad impagable, de placeres subjetivos, personales, imprescriptibles é inalienables como los derechos de marras.

Y puede estar seguro de que del otro lado del Pirineo, estas cosas apenas rigen ya ni las comprende la humanidad material y egoísta. Hay algo de la procreación animal sin idealismo preventivo, en la manera de ser de las sociedades que pretenden de más civilizadas. El amor es una cosa práctica, como una buena comida ó un vaso de excelente vino.

En cambio entre nosotros es un expediente,

y acaso el único cuya tramitación lenta resulta grata.

Solicitud del interesado. (Miradas tiernas.)

Informe de la sección. (Coqueterías de la niña.)

Pase á la Junta Consultiva. (Dificultades de la familia.)

Nota oficial... (¿Me quieres?)

Aprobación de la subsecretaría. (Más que á mi vida.)

Firma del ministro. (¿Quiere usted por esposa á doña Fulana de tal?)

Y así sucesivamente. Y en todo esto se emplean meses, años, lustros, quinquenios... y aun á veces resulta lo que á un amigo mío, que después de once años de amores con su adorada X, se separó de ella por caso de fuerza mayor á los ocho días de matrimonio.

Pero, ¿qué le importaba á él, si ya en once años había derrochado todos los tesoros de amor que encierra el corazón humano?

Decididamente hay que amar porque sí, y emplear en ello el mayor tiempo posible. Lo demás no es sino un cruce de palomos. Hay que defender el arte por el arte!



MANERAS DE VIAJAR

SALGO de París. El vagón, ya sea de primera ó *sleeping-car*, va lleno. Viajeros de diferentes aspectos y seguramente de distintas condiciones. Todos muy limpios, todos muy serios. Cada cual lleva un paquete de periódicos y un libro.

Me separan dieciséis mortales horas de la frontera española. Pensar que yo las pase sin hablar, es pensar boberías. Alguno de los compañeros de viaje debe ser comunicativo...

¿Lo será este joven con aspecto de militar? Podrá tener veinticinco años. A esa edad el hombre es expansivo. Le dirigiré la palabra con cualquier pretexto...

Lee. Y lee la primera hora, y la segunda, y la tercera... Apenas me contesta al preguntarle si le molesta el humo, ¿A un hombre tal pregunta? se me dirá. ¡Oh, sí! En Francia hay caballeros que reclaman cuando uno fuma; los

reglamentos se cumplen al pie de la letra, y para fumar está el vagón dedicado á eso.

No debo serle simpático á mi hombre. Acaso el viajero de enfrente, que lee también, pero que interrumpe su lectura de vez en cuando, desea distraerse... Le pregunto cualquier cosa. Responde *sí ó no*, y nada más. Le ofrezco un cigarro. Da las gracias con un movimiento de cabeza negativo. ¡Al diablo el grosero!

Con las dos señoras que van también en el vagón no quiero ni intentar siquiera un cambio de frases. Van juntas, y llevamos cuatro horas de camino y no se hablan. Leen; cuando se cansan de un periódico, se lo pasa una á otra, ó toman el libro.

El otro viajero, que fuma y ve salir el humo por la media ventanilla abierta, alterna entre cigarrillo y cabezada. Éste ni nos mira á los demás. Mira al campo ó mete la cabeza en un rincón y cierra los ojos.

Y así se pasan seis horas, y la noche, y las primeras horas de la mañana...

¡Qué desesperación! Viajero casi mensual, esto me sucede constantemente. Mis compañeros son siempre gentes que leen ó que miran al camino. Entre ellos y yo no se establece corriente alguna simpática. Por el contrario, creo que al fin del viaje nos odiamos.

Ellos deben pensar:

—¡Qué lástima que las *convenances* francesas impidan hablarse á personas que no se conocen! Y después de todo, está eso bien entendido. ¿Quién me dice á mí que este viajero no es algún bandido? ¿Pues no estamos oyendo todos los días relaciones de robos, de asesinatos en vagón?

Deben pensar esto ó algo parecido, porque he observado que el viajero en Francia mira á su compañero de coche con cierto desdén mezclado de sospecha.

¡Y leen, y leen, y leen! Y así vamos ganando kilómetros y contando todos las horas que nos faltan para apearnos. Cuando alguno se queda en una estación del camino, saluda sin hablar y se va. Entonces se nota en los que se quedan, un gesto de satisfacción, porque tienen más sitio en que moverse. Se extienden en el asiento y vuelven á leer. Pero la lectura se acaba. Hasta el *Times* se agota cuando se ha leído durante todo el día. La reserva y aislamiento de relaciones generales en que todo francés vive, convierte los viajes en tránsitos por autoridad de policía. Parece que vamos todos presos... pero no, yo he visto trenes de prisioneros, y estos iban cantando.

Ya pronto se acabará la enojosa situación de

no saber á dónde mirar, ni qué decir; ya el sol de la mañana va subiendo, subiendo, y ya se ve á lo lejos el Pirineo... Pronto será medio día. Hemos pasado Burdeos, Dax, Bayona, Biarritz, y estamos en Hendaya; pasamos el puente internacional y vemos soldados españoles.— ¡Irúuuuunn! ¡sesenta minutos!— ¡Aaaaah!— Como si el alma fuese un reloj y la lengua la cuerda, saltamos á hablar con todo el mundo, á preguntar cualquier cosa por el gusto de oír que nos contestan, y que nos contestan en la lengua patria, y esperamos en Dios que desde aquí á Madrid nos desquitaremos del silencio pasado, y nos desaparecerán las telarañas que se nos habían hecho en los labios...

—¿Hay sitio aquí?—dice un viajero cargado de bastones y de mantas, abriendo la ventanilla del vagón.—Y á este siguen otros dos, marido y mujer, gordos entrambos, y alegres de serlo, porque suben riéndose de que apenas pueden. Y detrás viene un teniente de la guardia civil con botas y espuelas, capote, sable, una manta arrollada á otra espada, una caja de cigarros, una botella envuelta en un papel y una jaula con una cotorra. Y tras él, escala el coche un guipuzcoano de chaqueta y boina azul de esas chiquitas y recogidas, que trae dos maletas más grandes que el vagón y que coloca en medio

para que nadie se pueda mover. Y luego sube un cura vestido de paisano, con la cara azul de tanto afeitarse, el alzacuello aceitoso, la levita enorme, un sombrero de paja de color de café con unas alas como un quitasol, un buen cigarro del gobierno en los labios y un papelón lleno de bizcochos. Y todo el mundo habla á la vez, riendo, pidiendo permiso para colocar cosas, entrando y saliendo mil veces antes de partir, hablando á gritos desde el coche con los amigos que se quedan, fumando, tosiendo, y rompiendo el hielo de la conversación desde el primer momento. ¿Periódicos? ¿Libros? No hay nada de eso. El cura es el que tiene en el bolsillo del levitón un número de *La Lidia*, colocado de tal modo que la cabeza del *Espartero* asoma como para darnos los buenos días.

Ya no hay manera de aburrirse, porque á la hora de viaje somos todos una familia.

—¿Ustedes gustan?—dice el teniente sacando un panecillo partido en dos, dentro del cual aparece un palmo de longaniza.

—Vaya un *sigarrito*—dice el de la boina.

—Gracias.

—Fume *usté pues*, hombre.

Y fumamos pues. La señora gorda se quita las botinas y se pone sus buenas zapatillas de cañamazo, diciéndonos que en viaje hay que dis-

pensar. Su marido habla de política, y al pasar por cada pueblo del país vasco echa pestes contra los carcondas y contra la guerra que han dado.—¡Y la que darán!—exclama el cura metiéndose un bizcocho entero en la boca, porque en este vagón todo el mundo come y va prevenido como para un sitio.—El viajero que entró primero, y que es catalán y viene de hacer sus compras en París, habla de lo mal que andan los negocios. El gordo dice que de eso tiene la culpa el Gobierno; el militar dice que lo que falta es seguridad, y el vasco le dice que tiene razón, pues. Y así vamos todos abriendo el corazón y la boca, y al bajar á comer en Miranda, ya somos todos amigos, y nos disputamos y estamos á punto de pegarnos, porque todos queremos pagar la comida del vecino, agarrándonos por las manos para no dejarlas llegar al bolsillo.—¡Déjeme usted!—¡Haga usted el favor!—¡Que no lo permito!—¡Otra vez pagará usted!—¡Que no! Casi salimos de la fonda reñidos. Los chiquillos venden billetes de la lotería en el andén, y el cura propone que tomemos uno entre todos. Entonces, y al comenzar á andar de nuevo el tren, se cuentan mil anécdotas de premios gordos, y de números soñados, y de billetes de combinación, y de personas que nacen de pie, y de no haber ganado veinte mil duros por un punto.

Y yo, que tengo mi cama reservada en el *sleeping* y me metí en el vagón para darme un verde de conversación y de intimidad patriótica, dejo correr las horas encantado de oír á toda aquella gente. El vasco ha sacado una barajita y se pone á jugar al *mus* con el cura.—¡Envido! —¡Quiero!—¡Órdago á la grande!—Padre, ¿con órdago se viene *pues?*—¡En estando yo de buenas, ni Dios puede conmigo!—El teniente ronca hasta ahogar el ruido del tren, y el matrimonio se ha hecho un lío en una manta. A las doce todos duermen y trompetean, y yo me voy al panteón de familia con honores de vagón-cama, donde ya el empleado está arreglando los cuatro lechos de dolor donde hemos de pasar la noche cuatro viajeros mudos. Con sólo ver á mis compañeros, que de pie en el corredor esperan á que las camas estén hechas, mirando á la pared con cara de pocos amigos, ya sé que son extranjeros. ¡Dos ingleses y un alemán! Ya se acabó toda expansión y todo cambio de palabras cordiales. A dormir y á callar, y á esperar el día para leer y mirarse de reojo. ¡Oh, no! A la mañana invadiré un vagón cualquiera, donde habrá seguramente conversación y buen acuerdo, y comienzos tal vez de alguna amistad que durará años; porque entre la manera de viajar de España y las demás, hay esta diferen-

cia: ve uno en el boulevard de París ó en la Puerta del Sol de Madrid á un individuo que pasa cerca de nosotros, y nos decimos:—Este es aquel *ogro* que viajó conmigo hace dos años.

Encontramos en la Puerta del Sol ó en el boulevard á otro individuo que así que nos ve abre los brazos, y viene hacia nosotros dando voces:—¡Querido amigo! ¡Cómo va! ¿Cuándo hacemos otro viaje tan divertido como aquel de marras? ¿Vamos á comer juntos?

El primero es el viajero de la civilización; pero el segundo es el compañero de camino, que se convirtió tal vez en amigo sincero.



FLORES

LA galantería existe en todas partes, pero es en privado, del caballero á la señora, del novio á la novia, de él á ella... Esta galantería pública, sin miramientos ni respetos, que brota del corazón y no repara en nada ni en nadie, es esencialmente peculiar del andaluz ó del castellano, del hijo de un pueblo para el que ante todo hay que rendir culto á las mujeres.

Cada vez que paso la frontera, quisiera ir apuntando las flores que revelan este modo de ser... Ya en el camino, desde el vagón de tercera, el viajero echa flores á gritos á las muchachas que se pasean por delante de ésta ó la otra estación.

—¡Vivan las indígenas!—decía el otro día un soldado en Venta de Baños, echando besos á dos niñas bonitas que veían pasar el tren.

Y un compañero suyo:

—¡Que me tiro! ¡Que me tiro!

Y sacaba el cuerpo por fuera de la ventanilla.

En París tengo yo un amigo andaluz, hombre formal, pero que no puede olvidar dónde nació. Cada vez que le encuentro ha de hablarme de cosas muy interesantes; pero como no quita ojo á derecha é izquierda, suele interrumpir la conversación más interesante con apartes brevísimos, que como suele decirse, no vienen á pelo. Y es que ha visto pasar á alguna de esas lindas personas que ponen carne de gallina.

—Sí, señor—decía hace un mes.—La situación de España es grave. Figúrese usted que falte la representación más alta de la monarquía (¡ole las francesitas con gracia!) y que en un momento dado la nación vuelva á los desastres que todos los hombres de orden hemos deplorado (¡mire usted qué mujer!), en cuyo caso, adiós tranquilidad, adiós negocios... le aseguro á usted que esto me quita el sueño (¡señores, qué pierna!) y que no tengo humor para nada. (¡Uy, uy, uy, las barbianas!)

No hay medio de entenderse con él. Un día le detuve y le dije:

—Ya sé la desgracia que han tenido ustedes...

—¡Ah! mi madre política... sí, yo la quería como á una madre... ¡Vea usted esa chiquilla!

—¿Cómo?

—Como á una madre. Mi mujer está todavía

en la cama del disgusto, tenemos un niño con dolor de costado, en fin, una serie de penas... ¡Benditas sean las personitas *de veras!*

Ya no sabe uno á qué atenerse con este hombre. Y es que el tal, se cree en España y en la Puerta del Sol ó en la calle de las Sierpes, de Sevilla...

—Cochero, á la calle del Príncipe, 14,—decía ayer una señora.

Y el cochero, inmediatamente:

—A *la fin* del mundo la llevo yo á usted. ¡Ya lo creo!

En cualquier país esto sería una insolencia. Aquí no puede ni debe serlo. La costumbre es ley, es una segunda naturaleza. Qué gobierno se atrevería á prohibir que en plena calle diga un hombre de bien á la buena moza que ve venir:

—¡Bendita sea la madrecita que echa al mundo esas cosas, vaya usted con Dios y vaya usted despacio pa que se la vea!

Maridos, hermanos, novios, no os ofendáis cuando el hombre del pueblo, sin respeto á la compañía, dice piropos á la mujer bonita que va á vuestro lado. En esto, ni hay malicia ni ofensa, es la patria española, la poesía popular que ha creado esos cien mil cantares, los cuales, sin las flores, no existirían. La Empera-

triz Eugenia iba con varias de sus damas camino de la Alhambra, y un gitano que venía en dirección opuesta montado en un burro, al ver aquellas siete ú ocho mujeres, todas guapas, se quitó su sombrero de catite, sabiendo quienes eran, y dijo:

—¡A modo que se alegra uno de haber nacido!

¿No es esto más espontáneo, más grande que un viva!

¡Hip, hip, hip, hurra! hubiera dicho un inglés. El gitano dijo lo que procedía en tal caso.

¡Qué de ternezas en nuestros piropos, que yo no vacilo en calificar de nacionales!—¿Has visto á la novia del amo?—le preguntaba un cortijero á otro.—¡Na más que una ves, poi que me dejó siego!

Los soldados son únicos para estas cosas.—No deje usted pasar á nadie, hombre ni mujer, sin dar aviso,—le dijo el cabo á un centinela,—deseo saber quién viene.—Al poco rato llega al cuartel una guapa chica.—¡Cabo é guardia—grita el centinela—la Virgen der Carmen!

La religión, confundida con la galantería, ha producido millones de requiebros sacrilegos, pero preciosos. El pueblo devoto ha de llamar á la mujer bonita Virgen de algo. Lo de Virgen ó reina es frecuentísimo. Reina mía, reina del mundo, reina de mi corazón... ¡La monarquía

contribuye mucho á esta floricultura callejera!

Delante de la Duquesa de*** se puso un marinero en Cádiz con un cigarrillo de papel apagado.

—¿Pero qué quiere usted?—dijo ella.

Y él, señalando con el cigarrillo á los grandes ojos negros de la gaditana:

—¡Si me había usted el favó de darme fuego!

En vida y en muerte hemos de ser galantes. En el hospital de San Antonio, de París, se estaba muriendo un emigrado español á quien fuimos á dar un socorro, y mirando á la Hermana de la Caridad, que no le entendía, estaba diciéndole y dando boqueadas:

—¡Como me ponga bueno te saco del oficio!

Pero el rey de estos jardineros de flores *morales* fué aquel suicida que se arrojó de un sexto piso, y al pasar por delante del principal, cabeza abajo, vió á una rubia y dijo:

—¡Ole las vecinitas!

Un segundo después estaba hecho pedazos.



¡IRÚN!

DE París á Madrid, los ojos y el deseo, van buscando, así que amanece, las montañas navarras que han de anunciar la presencia de la patria española.

—¡Aún no!—dicen con su mudo lenguaje los pinos de las Landas, los árboles de las cercanías de Bayona, las villas y los lagos de Biarritz, que se ven al paso...

—¡Aún no! Hay que soportar todavía tres ó cuatro horas de vida francesa, y de cielo nublado, y de lluvia menuda...

Pero, á las once y media, el tren pasa por el puente del Bidasoa; gendarmes y carabineros, están confundidos: allí, está la barca; allá, Fuenterrabía...

—¡Irún!—gritan los mozos—¡Ya estamos en España!

Si supieran aquellos vascos españoles de las boinas azules, y los migueletes de las boinas

coloradas, y las alegres muchachas que se pasean por el andén, y los guardias civiles que se cuadran á la llegada de la extensa fila de coches, si supieran cómo los quiero yo, y la satisfacción íntima que siento al verlos, creo que todos acabarían por ser amigos míos.

¡Ya lo son!

Sin conocerles me dirijo siempre á ellos, les pregunto cualquier cosa, les pido fuego, ¡qué sé yo! La cuestión es apresurarse á estar entre los nuestros. Un compañero de viaje me estaba observando dos meses há, desde la puerta del restaurant de la estación, con cierto asombro mezclado de temor. Habíamos venido juntos desde París y el hombre no había notado en mí el menor fenómeno nervioso. Nuestra conversación había sido tranquila, reposada; bajamos en las estaciones francesas á comer ó almorzar, y, el compañero (que era un italiano), me hizo notar la limpieza, la elegancia, la grandiosidad de esta *gare* ó de la otra, la compostura de las gentes, la riqueza del país. Yo asentía á todo, porque, la verdad, no se puede negar, pero solía decirle:—En España no encontrará usted nada de esto, pero hay otra cosa.—¿Qué cosa?—Ya verá usted, ya.—Y mi hombre estaba preñado de curiosidad.

Llegamos á Irún. Bajo de mi vagón precipi-

tadamente, corro al vendedor de los periódicos. A ver, *El Liberal*, *El Imparcial*, *La Correspondencia*, ¡vengan todos los que *tengas*! Allí ya tuteo á casi todo el mundo. A ver, ¡fósforos! Esos fósforos que tienen pintados en las cajas toros y toreros...—¿Me hace usted favor de fuego?—digo á uno—¿Qué hay de nuevo por aquí?—digo á otro—¡Aguadora!—¡Agua!—Vamos á comer cosas del país.—Hola, mozo, ¿cómo va?—Yo conozco á ese...—¿Está ahí Gayarre?—Chico, ¡eh! toma la llave, hazlo tú todo, factura, registra, tráeme al comedor eso.—¡Eh, Fulano!—¡Chica!

Mi compañero de viaje creía que me había vuelto loco.—Pero hombre, ¿qué es lo que busca usted, qué quiere, qué le pasa?—decía—¿Qué he de querer? ¡hablar con los míos, volver á pronunciar en español, fumar *mi* tabaco, encender *mis* fósforos, leer *mis* periódicos, saludar á *mis* aldeanas, dar la mano á *mis* conocidos! Esto es lo que iba usted á ver, esto es lo que no hay del otro lado, ¿ve usted? Aquí me conoce todo el mundo, aunque sólo sea de vista; aquí no estoy ya lejos de familia y amigos, ni puedo pasar apuros, ni enfermar sin ser asistido, ni preguntar sin que se me responda, ni llorar sin que se me consuele... ¿Ve usted allá, aquella villa, pueblo, ciudad, ó como quiera usted

llamarla? Pues eso es Irún. Y, ¿sabe usted lo que es Irún? Creerá usted, porque lo dice la *Guía*, que es el último pueblo de la nación cuando se sale y el primero cuando se entra, y que tiene tantos habitantes, y demás explicaciones para viajeros de poco más ó menos...

—¡No, señor! Para mí, este es el pueblo más grande de la Península, y en él veo yo al entrar la Giralda de Sevilla, y la Catedral de Toledo, y la Virgen del Pilar, y el obelisco del Dos de Mayo. Es la patria, amigo, es el país con que se sueña todos los días cuando se vive lejos, y al entrar por el puente del Bidasoa, yo siento en el aire algo como millones de besos que vienen á despertarme de un largo sueño; comamos, bebamos, riamos; el sol brilla más, las gentes son más simpáticas, la lengua es más sonora, la música más grata...

Y mientras hablo así (porque este lenguaje es casi siempre el mismo en cada viaje), pasan y repasan por el andén los fornidos muchachos que llevan y traen maletas y baules: admiro los rostros curtidos y la expresión varonil de los muchachos que pasean, y oigo á lo lejos la guitarra, y el corazón parece querersaltar del pecho...

¡Ay! pero á la vuelta, ¡qué hondísima tristeza! Ya desde San Sebastián comienza el alma á sufrir, temerosa del fin del viaje.

—Ya queda poco!—dicen ó parecen decir las pescadoras de Pasajes, los guardias encapotados, los carteros del campo, las vecinas que asoman por las ventanas de los caseríos á ver pasar el tren, los chiquillos que gritan á coro saludando desde la carretera, allá abajo...

—¡Ya queda menos!—indica el reloj de la estación de Rentería...

—¡Irún!

Esta vez no bajamos; nos detenemos algunos minutos. Allí se quedan boinas y tricorpios, sombreros de teja y uniformes azules, niñas bonitas y rebaños tranquilos, las montañas de Navarra van desapareciendo á la vista, á los caseríos suceden las casitas francesas, entramos en el puente; al bullicio y alegría del pueblo español, franco y risueño, suceden la seriedad y los cumplimientos, el silencio y el orden en todo. Quedóse Irún detrás, ya no se ven caras conocidas ni se cambian sonrisas ó saludos... ¡Hendaya! Otro país grande, rico, frondoso, elegante, limpio, atractivo, pobladísima, cuidado, espléndido, sí, todo lo que se quiera... ¡pero no es el mío!

—Al venir, desde las primeras horas de la mañana, me siento desasosegado, inquieto, impaciente, todo me parece mejor, algo dentro de mí me manda reir y celebrar el viaje...

Al volver, y una vez pasado Irún, sólo siento la necesidad de entrar en el vagón, arrojarme sobre los almohadones, ocultar la cara en ellos y dejarme seducir por el recuerdo de lo pasado... Así durante dos horas, voy recordando la última canción, el último aroma, los chistes del amigo, los versos del poeta, la puesta del sol, los acordes de la guitarra, las carcajadas de la alegre comida, la discusión apasionada, los campanarios, y los árboles, y las montañas, y los baños, y las aldeanas, y los chiquillos del camino...

¡Bah! ¡No hay más remedio! Adiós la franqueza y la espontaneidad y toda comunicación de afectos y pasiones. Hagamos nuestro papel lo mejor posible...

Aún se ven allá detrás los picos de los montes. Aún se ve Irún, ¡adiós, madre España, hasta la vuelta!

Al paso, suelo ver en los alrededores de las poblaciones los cementerios sembrados de tumbas y columnas blancas, alrededor de las que se ven plantas y flores...

—¡Oh, Dios mío!—me digo en la soledad de mi vagón, que aunque vaya lleno para mí está vacío...—Si muero en tierra extranjera... ¡que por primera medida los habitantes de Irún me lleven á la ansiada frontera!



ABUELITA

(PÁGINAS ÍNTIMAS)

A MI madre de mi alma la llamábamos todos *abuelita*, nombre que habían puesto de moda en la casa mis seis hijos, llamándola así desde las seis de la mañana, hora en que despertándose todos, cantando y riendo como las alondras del campo, iban á buscarla rodeándola amorosos á manera de pollos que buscan la llueca.

—¡Abuelita, buenos días!—Abuelita, chocolate!—¡Abuelita, vamos al campo!

La palabra había cundido al cuarto de abajo y al de arriba, aquí donde las construcciones, como el carácter del país, son ligeras y frágiles, y dejan paso á la conversación de los vecinos. Todos ellos sabían que abuelita era la *gran madre* de mis hijos, y desde que Dios amanecía dejábase oír en la casa aquel coro infantil reflejando la felicidad de un interior tan pobre como dichoso.

¡ Vivíamos tan contentos en nuestra modestia! Respirábase en mi hogar la dicha que proporciona el trabajo cotidiano, y en el año que la abuelita presidió la familia, todo fué tranquilidad y alegría.

Para eso vino. Fué nuestro pabellón y nuestra defensa, nuestra autoridad y nuestro ánimo. Sola y sin conocer un idioma que detestaba, emprendió el camino de Madrid á París, deseando morir entre los suyos, y el patriotismo que comenzaba á desfallecer en nuestros corazones, lo hizo renacer y lo fortificó con el ejemplo.

Los niños, que habían olvidado el español, comenzaron á aprenderlo de nuevo, sentados en redor suyo, mientras la madre y yo cumplíamos con los frívolos deberes del mundo.

Las ideas religiosas que la atmósfera de París quebranta renacieron con ella. Una Virgen del Pilar y una bandera española constituyeron todo su equipaje. La imagen en el salón para que cuantos llegaran supieran que este es el hogar de una familia aragonesa, oriunda de un país donde el odio francés es innato; la bandera amarilla y roja sobre su cama, para que mantuviera vivo en los ojos el amor de la patria.

Venía herida de muerte, y sabiéndolo, y sin

temor alguno al fin de la vida, con tal de que éste se realizara al lado de los seres queridos.

Un médico español, célebre en Francia, se encargó de ella, porque la enferma no hubiera consentido que manos francesas la tocaran; á este doctor eminente le debemos un año más de vida de la santa mujer que nos dió el ser, un año de felicidad, el único acaso que le hemos visto pasar dichoso.

Durante este tiempo, la casa fué el reflejo de todos los amores. Niños, flores y pájaros, palabras de dulzura, leyendas del país, intimidades de las que el escritor no puede disponer en provecho del público, porque los sucesos particulares sólo interesan cuando revisten carácter dramático.

La abuelita vivía dedicada á amar y á ser amada. Que los niños se quieran, que los pájaros no se queden de noche en la ventana, que las flores de las macetas no se marchiten, que delante de ella no se hagan comparaciones perjudiciales para el país que nos vió nacer, que la hermosa lengua patria no se olvide. «Yo soy vieja y estoy enferma y desahuciada, y sin embargo me quieren los míos; la patria es así, hay que amarla por lo que es y estas cosas no se discuten; aprendísteis á amar y á rezar en mi regazo; si no creéis es como si me despreciarais

y no me quisiérais... Así, pues, cuando los tiempos no sean buenos, volved los ojos á lo ideal». «Virgen Santísima, Dios mío»... los niños convertían en leyes los deseos de la *gran madre*. «Abuelita no quiere, abuelita se enfada, abuelita era Dios, patria y familia; abuelita era sostén, consuelo y esperanza».

Un día el doctor nos llamó aparte á los *grandes*, porque la familia se divide en grandes y pequeños, almas que sienten y almas inconscientes, y nos dijo:

—Abuelita (también él la llamaba así) no tiene remedio. Hasta donde se puede alargar la vida la hemos alargado. La vida huye, la vida se va; abuelita se muere á toda prisa.

Entonces hubo que pensar en sus necesidades espirituales; se discutió lo que habría que hacer; se calculó el susto que produce siempre al enfermo la presencia del sacerdote.

Pero abuelita nos salió al encuentro.

El médico os ha hablado aparte. Llamad á un cura.

Era indispensable que este cura fuere español, porque mi madre creyó siempre que la misa dicha por franceses no era misa. Entonces la casualidad ó la Providencia nos hicieron conocer á un sacerdote, único para nuestro caso.

Llegó, la vió, la confesó en media hora. Al salir del cuarto nos dijo:

—¿Quién es esta señora y de dónde viene? Su vida es una continua tendencia al bien y una serie de contrariedades llevadas con resignación admirable. Benditos sean los hijos que hubieron conocido tal madre.

Pero la confesión no era bastante y la enferma pidió el viático para el día siguiente.

—Mañana á las ocho estaré aquí, nos dijo el sacerdote, para darle la comunión delante de la Virgen del Pilar, su patrona; y se despidió hasta el día siguiente.

Abuelita quiso recibir á Dios rodeada de sus nietos. Aquella alegría de todas las mañanas cuando los niños se levantaban con el sol para recibir el desayuno de manos de la madre de su padre, debió convertirse en fiesta silenciosa y tranquila, solemne é ignorada.

A las seis pasamos todos al mercado de enfrente, compramos manojos de lilas blancas y moradas, rosas y heliotropos frescos, nardos y violetas; llenamos de ellas todos los jarrones, vasos y cacharros antiguos del salón; improvisamos un altar cubierto de paños y encajes blancos al pie de la Virgen del Pilar que hay en el testero, y esperamos la llegada del minis-

tro de Dios que debía pedir en la iglesia de al lado la sagrada forma.

Al dar las ocho, abuelita, vestida de día de fiesta, se arrodilló delante de la imagen á cuyo nombre sus mayores derrotaron las águilas francesas; los niños, mi mujer y yo nos pusimos detrás, y detrás de nosotros los criados; sonó la campanilla, abrióse la puerta, entró el señor cura, y allí, á tres días de distancia de la patria adorada, sin que la numerosa vecindad de nuestra casa se enterase, asistimos todos á la conmovedora ceremonia religiosa.

Abuelita que se sentía á pesar de su gravísimo estado y podía andar por su pie, apoyóse en el brazo del sacerdote, pasó al comedor, la siguieron todos, y presidió el desayuno de toda la familia con santa resignación y sin igual dulzura.

—Mañana ó pasado, dijo, ¿tendrá usted la bondad de darme la Extrema Unción?...

Y al oír que tratábamos de convencerla de su precipitación en evocar la muerte:

—¡Cómo! nos dijo. ¿Pensáis, hijos míos, que á mi edad y con una familia numerosa no debo abandonar la vida cumpliendo con aquellos deberes que son la base de toda sociedad y de toda familia? En una familia como esta donde no hay otros capitales que la honradez y la

virtud, la pobreza ha de ser compañera de la fe, y aunque yo fuese atea, que nunca lo fui, pondría empeño en dar ejemplo á estos niños que viven en una sociedad sin creencias... ¡Mañana á las once, señor cura!

Y á las once del día siguiente, recostada en su lecho (que ya la enfermedad iba minando toda energía), los ojos cerrados, el semblante sereno, el pensamiento en Dios, las manos cruzadas sobre el pecho, teniendo alrededor hijos y nietos, y algún amigo cariñoso, oyó con nosotros las santas palabras de la Iglesia: *Percipiam sanctam emtionem*, decía el cura, y la solemnidad no fué interrumpida sino por los sollozos entrecortados de grandes y chicos.

Pasó todo aquel día en los comienzos de la agonía, que fué larga y penosa, durando hasta tres días más; pero sin la menor pena de morir, antes aconsejando á todos la mayor conformidad y energía para las luchas de esta miserable existencia y despidiéndose uno por uno de los inocentes niños, que no se daban cuenta de lo que pasaba; para ellos todas estas ceremonias postreras eran sucesos extraordinarios cuya transcendencia no alcanzaban.

Llegó el 14 de Junio, y con él la noche, que fué de prueba para la moribunda y para mí, desdichado mortal, impotente contra la muerte.

Al amanecer, un rayo de sol penetró en el aposento, yendo á dar en la cama. «¡Qué hermoso día!» exclamó la infeliz, y tendió sus grandes y hermosos ojos hacia mí, dándome en esta postrera mirada último adiós y eterno desconsuelo. Faltóle el aliento, sobrevino la última angustia, precipitóse la respiración, los ojos se cerraron, llamóse á toda la familia, acudió el doctor, que, mirándonos, hizo un fatal movimiento de cabeza, arrodillámonos todos en torno á la cabecera, comenzó el aliento á ser difícil, dieron las nueve, y con la última campanada desapareció su vida y la mía...

Entonces, y apartando á los niños, que la creyeron dormida y se retiraron de puntillas, y quedándonos con los grandes, cuyos sollozos hicieron último coro á esta existencia tan preciosa, comenzamos á cumplir los últimos deberes. Arrancamos de la pared la bandera española... y la amortajamos con ella.

Trajeron vecinos, deudos y amigos, coronas y ramos de flores, sembramos el cuarto de fresca hierba y de verdes hojas, cubrimos el lecho con una tapicería de seda, dejamos la cabeza descubierta, y la muerte parecía sueño. Los niños entraron varias veces durante el día y por la noche. «Abuelita duerme, ¿por qué duerme tanto? ¡Abuelita, despierta!» ¡Ay! abuelita no respondía...

Dormía eternamente el sueño de los justos; el alma había volado á otras regiones... Cuando al siguiente día, en el coro de la iglesia los cánticos postreros repetían el *Dies iræ*, allí, arrodillado junto al féretro, sintiendo que el corazón se me hacía pedazos, pensaba yo que no era aquel el día de la venganza que la iglesia recuerda, sino día de fiesta en el cielo.

Con la última paletada de tierra que ví caer en el humilde Camposanto sobre la santa mujer desaparecida, cayeron de mi corazón todas las humanas ilusiones y todas las esperanzas y todas las alegrías... El cuarto vacío, el lecho desierto, la virgen muda, el asta de la bandera apoyada sobre el muro; todo parece decir con distinta voz: «No esperes ya nada.» Se reemplaza la mujer, se engendran nuevos hijos, se sustituyen los amigos, se halla nueva patria, se cambia de religión; todo, todo puede renovarse en la vida; la madre perdida no se recobra nunca. Este dolor es forzosamente eterno, debe ser el comienzo de la melancolía que influye en la salud y nos lleva al fin deseado en que se funden las almas, allá, sabe Dios dónde!

FIN



ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
PRÓLOGO.....	I
¡Mi Madrid!.....	5
La Pepa.....	13
La Murga.....	19
Coche por años.....	25
La Carrera.....	33
Gente de paz.....	39
D. José.....	51
El traidor del agua.....	59
La antesala del doctor.....	67
¡Virgen del Carmen!.....	73
Drama en tres pisos.....	79
Del natural.....	83
Conversación.....	91
El sol.....	97
La mancha.....	103
Olores patrios.....	113
Literatura zurda.....	121
Sábado.....	127
El Duque de Osuna.....	137
¡Barrutial!.....	143
Fernández y González.....	149
Gayarre de paso.....	157
Al Doctor Thebussem.....	167
El camino vecinal.....	173
Mis nochebuenas.....	181
La Carmen.....	195
En el cementerio.....	201
El arte por el arte.....	207
Maneras de viajar.....	213
Flores.....	221
¡Irún!.....	227
Abuelita.....	233

M.C.D. 2022

AF